3 1761 09373432 5

SHOUT
SHARE
IT

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

Aruba 42

LS
N3228d.2

DOÑA BLANCA DE NAVARRA,

CRONICA DEL SIGLO XV.

POR

D. FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

MADRID:
Imprenta á cargo de D. Anselmo Santa Coloma.
Calle del Sordo, número 11.
1846.

459625
20. 3. 47

DOÑA ELVIRA DE NAVARRA,

POR D. FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

MADRID:
IMPRENTA DE D. MANUEL G. HERNANDEZ,
Calle de Fuencarral, número 45.
1866.

DOÑA BLANCA DE NAVARRA.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo Mosen Pierres de Peralta conoció que la villana de Mendavia no era lo que parecia.

Iba se precipitando el otoño de 1461 en los áridos brazos del invierno, cuando á la puerta de una cabaña del arrabal de Mendavia, pequeña villa de Navarra, donde tuvieron principio los estraordinarios acontecimientos que vamos á referir, apareció una gentil y apuesta villana, que fué á sentarse en un banco de tosca piedra que al lado yacía, guareciéndose de la cernida lluvia bajo el frondoso toldo de pámpanos y dorados racimos que coronaba el pajizo techo de la cabaña. Púsose luego á retorcer con su pequeña y delicada mano el pardo lino, sugeto á la recien labrada rueca, pero sus dedos,

cuya blancura hacía resaltar el moreno copo, se mostraban algo torpes en tan grosero ejercicio.

Aparentaba ser la hilandera de unos treinta años de edad, y por su altivo continente, peregrina perfeccion y dignidad de sus facciones, hubiérasela tenido por una de aquellas matronas romanas, que desde los primeros puestos de la república dominadora del mundo, pasaban sin pena á la oscuridad de la vida doméstica.

Contaba en aquella época la muy noble villa de Mendavia con unos ochenta y dos vecinos cristianos, y algunos judíos, de los cuales se iban descontando lindamente los primeros; y pertenecia al muy magnífico señor don Luis de Beaumont, conde de Lerin, por la sencilla razon de que al rey D. Juan II, que á favor de las revueltas y disturbios se burlaba ya de las córtes y de los fueros, se le habia antojado quitársela á don Iñigo de Stúñiga su legítimo dueño. No hacía mucho tiempo que la villa tenia doble número de habitantes, pues amen de los nobles, pasarian de mil los labradores; pero las guerras intestinas en que estaba ardiendo el reino de Navarra, asolaron de tal manera á Mendavia, que los vecinos pecheros quedaron r educidos á diez, y estos muy pobres

Mencionamos este hecho para que el discreto lector, despues de saber que en igual proporcion se amenguaba la poblacion de todo el reino, pueda hacerse cargo de lo mal parado que estaría entonces aquel pais infortunado.

Uno de los diez labradores pobres que habian sobrevivido á los desastres de una guerra civil, al parecer interminable, era Fortuño Garcés,

que en compañia de Aldonza, su legítima consorte, ejercía aquella honrosa y venerable profesion, considerada entonces como una de las mas viles y despreciables de la tierra. ¡Tal era el vuelco que habian recibido las ideas, cuando en tiempos no muy lejanos se vieron reyes que al empuñar el cetro, tenian que soltar la esteva de sus manos!

Pero ni su pobreza, ni su degradacion social eran obstáculos bastantes para impedir que Fortuño y Aldonza tubiesen virtudes, y lo que es mas, virtudes como la hospitalidad que suelen costar dinero.

Una mañana apareció á la puerta de su casa la gentil labradora de quien vamos hablando, desconocida entonces de toda la vecindad, y sus honrados huéspedes decian á cuantos iban á informarse de lo que no debia importarles, que la recien venida era una cuñada de la tia de la suegra de un hermano suyo, avecindado en Dueñas, y que habiéndose muerto el hermano de la suegra, de la tia de su cuñada, venia la infeliz á refugiarse al único abrigo que la quedaba... al seno de sus mas próximos parientes! Quedaban ellos, al parecer, enteramente convencidos, lo cual no depone muy en favor de su caletre; bien que algunas crónicas afirman que aunque no les satisfacian mucho que digamos tan contundentes contestaciones, cuando menos guardaban silencio, lo cual indica que debia sobrarles circunspeccion y prudencia.

La misma soberana hermosura y melancólica, dignidad del semblante de la castellana, bastaban para imponerles respeto, y por otra parte,

su mucha gravedad y retraimiento la ponian al abrigo de las murmuraciones.

En aquella tarde habia quedado momentáneamente sola, y queriendo acaso respirar el aire del campo, ó temiendo que la tristeza se apoderase de su corazon dentro de aquel angosto, oscuro y miserable recinto; salió con la rueca en la cintura, á continuar su tarea fuera de la puerta de la cabaña, desde la cual, se descubria una dilatada pradera, que el Ebro regaba con sus bulliciosas ondas, y coronaban las frondosas colinas, que en escalones gigantescos subian hasta convertirse en azuladas montañas. Bañaba la gentil labradora las pardas hebras de lino mas bien con lágrimas de sus ojos que con la humedad de sus labios, volviendo el rostro á cada instante recelosa y estremecida al mas leve rumor que en torno resonase, como corcilla temerosa que mas de una vez ha burlado la activa persecucion de los cazadores. Pero como viese que nadie la miraba, como creyese vanos sus recelos, dejó caer el huso de las manos; sacó la rueca de la cintura, arrojándola lejos de sí, con cierto magestuoso desden, y tendió sus miradas por la dilatada llanura, elevándolas de vez en cuando al firmamento.

Los ojos de la villana brillaron entonces con un rayo de melancólica alegria, y se dilataron ávidamente sus negras pupilas, como si quisiesen abarcar el inmenso panorama, y el encantador conjunto de aquella fecunda naturaleza.

El tosco, pero cándido lino que cubria su seno, retemblaba como las blancas hojas del chopo, como la instable superficie de la cuajada

leche, revelando la agitacion de su pecho cada vez mas estremada, hasta que no pudiendo contenerse, prorrumpió con lastimera voz en estas sentidas palabras:

—¡Qué hermoso es el campo, Dios mio, para quien puede verle exente de cuidados, y disfrutar con tranquilidad y holgura de sus encantos! ¡Oh! si alguna cosa es capaz de hacerme olvidar los amargos dias de mi pasada vida, es sin duda este suave perfume que exhalan las flores escondidas al abrir sus cálices sedientos cuando con plácida lluvia las regala el cielo! Bello es este ambiente que dilata mi pecho, esta luz que ilumina mi corazon, esta soledad que nada me hace temer. ¡Sola! Dios mio, siempre sola, y á merced de estraños; contrariada en todos mis gustos, aun los mas inocentes y sencillos; repudiada por mi marido; perseguida de muerte por mi padre, y privada hasta de los consuelos de un hermano, del único ser á quien amo y á quien sin duda por eso tan cobarde y vilmente han engañado para tenerle sumido en un calabozo. No hay quizás en el mundo un palmo de tierra donde pueda ocultarme á mis perseguidores, y sin embargo... añadió estremeciéndose súbitamente al ocurrirla este pensamiento, y sin embargo... quizá todo cuanto veo, todo es mio!

Sin duda la posesion de lo que miraba no podia verificarse sin alguna terrible y nueva desgracia, pues que al tropezar su alma con aquella idea, habia sentido una conmocion moral semejante á la conmocion física que se esperimenta al contacto de un cuerpo electrizado.

—¡Cárlos! prosiguió la labradora con los ojos arrasados de lágrimas. ¡Cárlos, hermano mio! ¿Se contentarán nuestros enemigos con retenerte á tí en prisiones, y con buscarme á mí para privarme de la libertad? ¿Qué presiente mi corazon con esta melancolía que le devora? ¡Cárlos! Escucharás tal vez estos sentidos acentos de tu hermana, sonriéndote de las amarguras del mundo desde el lugar que Dios ha destinado á los justos para su descanso eterno? ¿Me habrás dejado en herencia con todos tus derechos, toda tu desventura?

Mas dijera la gentil villana, mas hubiese aclarado el enigma de sus primeras palabras si creyendo escuchar algun rumor estraño no se hubiese levantado de repente.

—¡Gran Dios! esclamó con inquietud, creo haber oido pasos dentro de casa: será tal vez la pobre anciana que cuida de mí con tanto esmero. Mis enemigos deben ignorar que yo me oculto en este sitio: es el miedo, es el sobresalto en que vivo hace tantos años que exalta mi imaginacion, y finge estos rumores.

Los rumores, sin embargo, eran ciertos. Dos caballeros completamente armados de pies á cabeza, habian penetrado en la casa por la puerta trasera que daba á unos corrales, donde á la sazon Aldonza se encontraba. Quiso la vieja dar voces: pero al verse con una daga en la garganta, tuvo que guardar silencio.

La disfrazada labradora hubiera sentido el roce de las armaduras, si en aquel mismo instante no le llamara la atencion un gallardo mancebo, que por la parte del campo venia hácia ella contemplándola con inefable dulzura.

Era este el hijo de Samuel, uno de los vecinos judíos de la villa, que al poco tiempo de la aparicion de la castellana, se habia convertido al cristianismo, bautizándose con el nombre de Gimeno, porque Gimena se hacia llamar la desconocida.

Estos dos hechos referidos sencillamente, nos ahorran algunos párrafos de ponderaciones hiperbólicas acerca del profundo amor que atesoraba el corazon del antiguo israelita. Solo tenemos que advertir, que su pasion, tal vez por ser tan grande, estaba contenida dentro de los límites del respeto. Pudieron en buen hora revelarla las deslumbrantes miradas de sus ojos; pero jamás osó romper el sello de sus labios. Acaso la villana descubrió la profunda impresion que su hermosura causaba; tal vez no la enojaba el descubrimiento, pero se guardaba muy bien de alentar una pasion imposible... desatinada, loca.

¡Pobre Gimeno, si hubiera llegado á sospecharlo! Afortunadamante lo ignoraba, y la ignorancia es el bálsamo consolador de la mitad del género humano.

Mientras fuera de la casa departian ambos amigablemente, uno de los caballeros observaba en el interior, por entre los calados hierros de la visera, el rostro de Gimena, y aun aplicando el oido, maldecia en sus adentros del artífice que habia cargado la celada con tanto acero, que le impedia entender ni una sola de las incompletas frases de la conversacion de los villanos.

Todas las apariencias indicaban que el compañero del curioso observador, no tenia el ma-

yor empeño en hacer descubrimiento alguno, y limitándose á vigilar á la amedrantada dueña, daba de cuando en cuando evidentes señales de impaciencia, y aun de fastidio.

—Ella es, Sancho, dijo el primero en voz baja, y con acento conmovido.

—Imposible, mosen Pierres, contestó él aburrido con el mismo tono.

—¿Empiezas ya con tu sempiterna manía de contradecir?

—Empie o y concluyo sosteniendo contra cualquier bien-nacido, que esa no es la persona que á quien buscamos.

—Pues qué; ¿la conoces tú, Sancho, por ventura?

—No la conozco, ni he menester conocerla.

—Pero; ¿sabes á quien venimos buscando?

—¡Voto al diablo! cómo quereis que lo sepa, cuando solo me habeis dicho: "Sancho amigo, tal vez tengamos que andar á cuchilladas con los Beamonteses, porqne vamos á robarles la mas hermosa dama que se pasea orillas del Ebro; sé que te pintas solo para estos lances...» Monto á caballo, vengo, y... yo no veo que *eso* tenga trazas de dama, sino de una miserable labradora, indigna de los honores de un rapto...

—¡Ah! sino tienes otras pruebas, Sancho, creo que te engañan las apariencias. *Eso*, como tú has dicho con tan enérgico desprecio, *eso*, que te parece una villana, es una señora.

—Imposible!

—Una gran señora....

—¿Me teneis por un niño?

—Una princesa...

—¡Condestable!

—Y quizá, quizá, es una reina.

—Proseguid, y acabareis por hacerla diosa.

—Sancho hermano, si yo fuese partidario suyo, te diría: "esa es tu reina» y tendrias que hincarte de rodillas delante de ella, y venerarla como á Dios, dijo Mosen Pierres de Peralta, con todo el entusiasmo monárquico de aquella época en que se miraba á los reyes como divinos, y se les trataba peor que á humanos.

—¿Por quien teneis, pues, á esa villana que no parece sino que os ha hechizado? preguntó el guerrero con la curiosidad y asombro suficientes, para colocarse cerca del ahujero desde donde miraba el Condestable á los de afuera, que platicaban sosegados.

—Si mal no me engañan mis ojos, que no la han visto hace muchos años, es la hija de nuestró rey señor don Juan II de Aragon y de Navarra.

—¿Doña Leonor de Fox?

—Doña Blanca de Navarra.

—¡Cómo! ¡La princesa de Viana!

—Sí, la hermana y heredera del infortunado y rebelde Cárlos, Príncipe de Viana, á quien el partido Beamontés ha reconocido y aclamado por nuestro legítimo rey y natural señor.

—Os repito, que no puede ser. La princesa doña Blanca, debe estar ahora en no sé qué pueblo de Castilla... Y sobre todo, que sea, que no sea, poco se pierde en robarla, trasladándola por algunos dias á vuestro castillo de Peralta, donde tendrá un hospedaje mas digno, ó de su escelso linaje, ó de su hermosura.

—Es que, si esta no fuese doña Blanca, de quien debo apoderarme en nombre del rey su

padre, maldita la gracia que tendria esponernos por una villana á entrar en combate con toda la guarnicion del castillo de Mendavia, reforzada ahora por la llegada del conde de Lerin.

—Pronto saldremos de dudas, dijo Sancho; y luego dando tres pasos en la choza y amarrando á la dueña por la garganta, con una sola mano, añadió brutalmente: ¡Ea! bruja maldita, dinos la verdad, ó con dos dedos te ahogo lo mismo que á un pichon: ¿quién es la moza que tienes en casa?

—Señor, deuda mia es, Aldonza respondió temblando.

—Mientes, vieja de Satanás, le interrumpió Sancho, apretando un poco el dedo pulgar y el índice, que parecian una tenaza de hierro. Y no me chilles, continuó; que si aprieto un poco mas, no vuelves á murmurar en lo poco que te falta de vida.

—¡Por Dios!... suélteme su merced... Señor caballero... Es cierto que no es parienta mia... pero, no la conozco... Créame vuesa merced: aquí la trajo un caballero... como vos... calada la visera: entregó un bolson á mi marido Fortuño... habló con él... y se marchó sin descubrirse...

—¿Qué señas tenia? preguntó mosen Pierres.

—No le ví la cara, á fé de Aldonza... como no se la veo á sus mercedes.

—¿Era pequeño, no muy gordo... de voz áspera... seca...?

—Si, señor... si...

—El conde de Lerin, dijo Peralta. Sin embar-

go, todavia temo equivocarme. Es muy espuesto habérnoslas con toda la guarnicion de la villa.

—¿Y por qué nó, si estamos armados?

—¿Pero no reparas que nos hemos metido en un pueblo rebelde que pertenece en cuerpo y en alma á ese viejo conde de Lerin, cabeza del bando del Príncipe y de la Princesa de Viana contra el rey nuestro señor? ¿No reparas con esa tu terquedad, que Dios maldiga, que el pueblo mas cercano de nuestro bando dista tres leguas mortales de camino mas llano que esa pradera, y nos podrian dar alcance las caberias del conde?

—Sabeis que significa todo eso en buen romance?

—Significa respondió mosen Pierres de Peralta, que desde el dia en que se desposó doña Blanca en Valladolid con don Enrique de Castilla, no he vuelto á verla, y temo que su fisonomía se me haya despintado.

—¡Gentil modo de disculparse! repuso el obstinado Sancho: todo eso es miedo y nada mas.

—¡Voto á San Fermin, nuestro patron bendito, esclamó mosen Pierres, con ira mal reprimida, que cuando acierte á salir de este pantano he de castigar tamaña insolencia!

—Pues de este pantano salimos muy fácilmente. ¿Teneis duda de si es la Princesa la apuesta villana que charla con ese mancebo que parece un novicio del monasterio de Leyre? Pronto voy á saberlo.

—De qué modo?

—Lo vereis. —Vamos, honrada bruja, añadió el áspero caballero, ¿cómo se llama esa rapaza?

—Gimena, señor.

—Pues bien, doy treguas sin instante á tu garganta de pergamino, para que en alta voz llames á tu huésped.

—¡Gimena! gritó la anciana con voz trémula y ronca, á la que quiso dar cierta modulacion particular, como si en esta palabra comprendiese un aviso, una reprension, y una despedida.

La villana hizo un leve ademan como de alzar los hombros, volvió luego hácia la cabaña su rostro, dulce entonces y sereno, y tornó á decir ¡adios! al ufano mancebo.

—¡Doña Blanca, doña Blanca! esclamó de pronto el airevido guerrero con un acento que atronó el ámbito reducido de la choza.

Pero antes que hubiese pronunciado por segunda vez este nombre, ya la priucesa, lanzando un grito agudo habia echado á correr desatentada hácia la ermita de nuestra señora de Legarda, que se alza en medio de la pradera, y cerca de la cual pacia una torada.

Gimena la seguia de cerca, procurando en vano detenerla con sus voces.

—¿Lo ves, pecador de mi? dijo el csndestable, ves como con tu maldita obstinacion has ahuyentado la caza?

—Nada de eso, respondió Sancho con mucha calma; cuando la paloma se escapa de las redes, se coje una ballesta y con la punta de un venablo se la sorprende en medio de su remontado vuelo.

—¿Qué vas á hacer, desdichado?

—A disparar contra ella. Al fin, ¿para qué la quiere el rey, sino para darla un jicarazo,

como ha hecho con su hermano el príncipe de Viana?

—Es hija de tu rey, detente: es preciso apoderarnos de ella sin causarla el daño mas leve. Tú no sabes... Es condicion precisa para cierto enlace. ¿Pero lo ves? ya es tarde.. Un novillo se desmanda de la torada... le sale al encuentro, la persigue... la acosa... la princesa ha caido de rodillas... El toro la acomete... ¡Infeliz! ¡infeliz! ¡ya no hay remedio!

Un grito de terror salió de aquella choza, escapado simultáneamente de los lábios de dos personajes que en ella se cobijaban.

El soberbio animal bramando de corage, y mas irritado con la fuga y los vivos colores del brial de la princesa, bajaba ya la testuz para clavar sus agudas astas, cuando el robusto mancebo que la seguia se interpuso repentinamente delante del toro, sosteniendo con él una lucha rabiosa y desesperada que no hubiera podido continuar por mucho tiempo, sí, rápido como el relámpago y con agudo silvo no hubiese venido un venablo á enclavarse diestramente en el corazon del bruto, que doblando las rodillas bajo los hercúleos brazos de Gimeno, cayó revolcándose en su propia sangre.

Aquel venablo, como supondrán nuestros lectores, habia salido de la ballesta de Sancho, que al oir esclamar á mosen Pierres de Peralta que ya no habia remedio para doña Blanca, solo por probarle lo contrario, arrojó la flecha con la indiferencia que lo hubiera hecho teniendo por blanco el corazon de la princesa.

Cayó esta desmayada con el susto y la agitacion, y ambos caballeros pudieron fácilmente

transportarla á la cabaña, desde la cual poniéndola en el arzon delantero de uno de sus mejores caballos, á todo escape se encaminaron Ebro abajo.

CAPITULO II.

De cómo Gimeno dió muchos pasos en valde para averiguar lo que irá sabiendo el curioso lector, sin necesidad de mover un pie.

Cuenta el coronista de esta peregrina historia que el recien convertido israelita se quedó como quíen vé visiones: y aun añaden algunos manuscritos de un fraile de Irache, muerto en olor de santidad, que realmente le parecian fantasmas, ó trasgos, ó sombras de mal agüero los desalmados que tan inicuamente se apoderaron de doña Blanca. Y en efecto, aquellos ágiles movimientos, aquella presteza en el obrar, aquella parsimonia en el decir, y en fin, aquella suma facilidad en hurtar princesas, mas que cosas naturales y corrientes, debieron ser para el buen fraile artes de encantamento, y eso que no las habia presenciado; cuanto mas á Gimeno, ante cuyos atónitos ojos pasaron como ensueños.

Magullado por el toro, exhausto de fuerzas,

solo y sin mas armas que sus desnudas manos, ninguna resistencia pudo oponer á los asesinos de su dicha, á cuya circunstancia debió sin duda la vida, la cual, aunque en aquellos momentos no era para él un don muy apreciable, no debia sin embargo serle muy enojosa andando el tiempo.

Este tiempo anduvo muy pronto.

—Es preciso salvarla: es preciso vivir para derramar por ella hasta la última gota de sangre.

Tal fué la resolucion del gallardo jóven al salir de su estupor, y en su fisonomía dulce y tímida anteriormente, aparecieron rasgos de valor, de audacia y energia, que dieron nueva espresion y nueva hermosura á su semblante.

Es admirable la facilidad que tiene el hombre par formar propósitos, y mas siendo malos: como es igualmente maravillosa la dificultad de cumplirlos, y sobre todo, cuando son buenos. Esta reflexion, que, por cierto, no es del fraile de Irache, se nos ha venido en mientes al transcribir las palabras del hijo de Samuel, quien despues de haberlas pronunciado, se mostró tan animoso como si nada le faltase para rescatar á la princesa y vengarla de sus enemigos.

Entre la cabeza y el corazon de un jóven no media esa distancia aterradora de la reflexion, que los años van alargando y convirtiendo en un abismo.

—¿A dónde se han llevado á Gimena? ¿Quiénes son sus perseguidores? ¿Por qué la han arrebatado de casa de sus parientes? ¿Quién es ella? ¿Quién soy yo para libertarla? ¿Con qué medios cuento para el buen éxito de mi empresa?

Hé aquí las reflexiones que tuvo por conveniente omitir el mancebo. A ninguna de ellas podia responder: hé aquí el abismo abierto á sus plantas.

Mas para todas aquellas preguntas, tenia una respuesta general, instintiva y satisfactoria:

—Quiero saberlo todo: quiero salvarla, á costa de mi vida.

Gimeno, pues, tenia mas de la mitad del camino andado para conseguirlo.

Y tal era la fuerza de su voluntad, que olvidándose de su magullamiento, de su cansancio, de su postracion, con animoso semblante y firme paso, se dirigió á la cabaña.

—¡Aldonza! ¡Aldonza! esclamó el mancebo antes de llegar, con una voz tan llena y robusta, que para la vieja fué desconocida.

—¡Aldonza! tornó á llamar en el umbral de la choza.

—Pase... su merced... adelante, respondió en tres tiempos la buena mujer, que salió sollozando, y con la punta de su delantal en los ojos.

—Pues qué, ¿no me conoces?

—¡Simon... digo Gimeno! ¿No te han muerto?

—¡Ea! No es tiempo de andarse en lloriqueos, Aldonza, la interrumpió el mancebo con una superioridad y una firmeza, de que nadie le hubiese creido capáz. ¿Has conocido á esos hombres?

—No.

—¿Qué te han dicho?

—No sé lo que me han dicho: sé que me han ahogado.

—¿Se han dejado olvidada algun arma? alguna cosa?

—Me han puesto una argolla á la garganta.

—¡Oh! yo creo que te han trastornado el juicio, repuso el hijo de Samuel con impaciencia. Responde, prosiguió; responde por Dios. ¿Han dicho algo? ¿Qué nombre se han dado?

—¡Sancho! Sancho se llama mi verdugo, dijo Aldonza, cuyo mas vivo recuerdo debia corresponder á su sensacion mas dolorosa.

—¡Sancho! Bien está. ¿Qué trazas tiene ese Sancho?

—Es un diablo vestido de hierro. Es un terco que siempre está disputando. y yo nada comprendí; pero bastaba qne el nno dijese aches, para que el otro dijese erres.

—¿Tiene tu sobrina ó pariente, algun amante, ó algun enemigo que se llame Sancho? preguntó Gimeno con los ojos inflamados por la venganza.

—¡Desdichada de mí! ¡Quién me ha metido á recibir parientes que Dios no me ha dado!

—Pues, ¿quién es ella?

—Lo ignoro.

—¿Quién la trajo aquí? gritó Gimeno con una energía salvage.

La vieja le miraba con asombro, y apenas podia creer que tenia delante al humilde judio de antaño.

—¿Quién la trajo aquí? tornó á decir el jóven con irresistible acento, haciendo una de esas preguntas que traen respuesta aparejada.

—Nuestro señor, el conde de Lerin, contestó Aldonza como si dejase caer un peso de su alma.

Apenas oyó Gimeno estas palabras, cuando sin pronunciar una sola, sin dirigir á la vieja una mirada volvió súbitamente las espaldas y con el mismo paso acelerado y resuelto que habia traido, con la misma espresion audaz en el semblante, se apartó de la choza y comenzó á subir el ágria cuesta que conduce al casco amurallado de la villa.

¿Cuáles eran sus intentos? ¿Ver acaso al contestable conde de Lerin, caudillo del bando agramontés, señor de aquellas comarcas, y mas poderoso tal vez dentro de Navarra que el mismo rey contra quien se habia rebelado?

Semejante proyecto que ni aun en sueños le hubiera ocurrido dias antes, ahora le parecia natural, sencillo y hacedero.

Pasó, pues, bajo la prolongada bóveda de la puerta del mediodia, y se dirigió á la izquierda por una calle recta aunque angosta, que iba á desembocar frente de la fachada principal del alcázar del conde, cuya última torre delgada y altiva como el pino que arranca del borde de un precipicio, hemos visto derribada á impulsos de un pensamiento revolucionario que se traga en un dia el alimento de cien siglos.

Los honrados vecinos de Mendavia que se tropezaban con Gimeno quedaban contemplándole con cierto gesto que queria decir:

—¿Qué tendrá hoy el cristiano nuevo, que pasa sin rubor delante de nosotros? ..

Y encogiéndose de hombres se alejaban medio asombrados, medio ofendidos.

Esta misma arrogancia debió servirle para que los centinelas, pages y escuderos por un

movimiento instintivo le abriesen de par en par las puertas del alcázar.

Un rubicundo pagecillo del conde, que, por lo que despues veremos, debia ser nuevo en la villa, entró en un salon espacioso, oscuro y modestamente adornado de bancos y sillones de encina, y volviendo la cabeza á todas partes, despues de haber llegado al medio del aposento, dió algunos pasos para salir, por no haber encontrado lo que buscaba, cuando una discreta tosecilla le hizo detener, echar mano á la gorra que traia puesta y dirigirse con respeto adonde primeramente se habia encaminado.

—¡Señor Condestable!... dijo el paje á un hombrecillo que envuelto en una túnica forrada de pieles blancas, y sumido en un enorme sillon de baqueta, estaba escribiendo delante de una mesa todavía mas enorme, sobre la cual caian horizontales los débiles rayos del crepúsculo.

Levantó el de las pieles la cabeza, y brillaron en la penumbra dos ojos pequeños, pero vivos y penetrantes...

—¿Qué hay? respondió el Condestable de Navarra, ó conde de Lerin, con una voz seca, pero bronca y cavernosa, que parecia salir de un gigante tendido en el suelo.

Pero antes de pasar adelante debemos advertir al lector para evitarle confusiones, que entre los muchos males que acarrean las guerras civiles, ocasionan tambien por via de compensacion grandes bienes; y uno de ellos es que la república tenga á pares los principales empleos. No suele hallarse por esto mejor servida; pe-

ro en cambio nadie le quita el gusto de pagar doble número de servidores.

Tan Condestable de Navarra se creía y se cobraba Mosen Pierres de Peralta, vasallo del rey D. Juan, como el conde de Lerin que le hacia la guerra. Si hubiesen vivido en estos tiempos á uno de los dos le habriamos aplicado el consabido epiteto de *el titulado*, ó la muletilla de el *ex*; pero como pasa mucho de trescientos años la delantera que nos han tomado para venir al mundo, no nos parece prudente hacer inútiles y tardías innovaciones.

Anudemos ahora el hilo de nuestra historia.

—Perdonad, señor, dijo el impertinente pajecillo, no os habia visto.

—A mí no se me vé, repuso el conde un tanto picado; pero se me siente.

—Señor, añadió el paje esquivando la cuestion, aqui ha llegado un mancebo vestido de pardo .. asi como de villano; pero tiene la cara de príncipe y manda con tal imperio que no he podido menos de hacerle entrar...

—Hasta el zaguan.

—Hasta aqui.

—¡Bá! dijo el conde sonriéndose, pues si tú no has podido menos de hacerle llegar hasta aqui, no es cosa de haceros salir á los dos por el balcon. Dile que pase delante... con franqueza .. sin temor alguno.

El paje salió temblando despues de haber hecho al conde una profunda reverencia.

Aquella sonrisa, y tono chancero tan raros en su señor, le volvieron mas pálido que la cera.

Sin embargo, no tenia el buen paje por qué asustarse. Aquella broma era natural efecto de uno de los pocos momentos de satisfaccion interior de que gozan hombres tan bulliciosos é inquietos como el conde de Lerin.

D. Luis de Beaumont era tan buen guerrero, como eminente político; tan valiente como sagaz; pero tan desalmado como sagaz y valiente. Es una fatalidad que la fama de gran capitan y de consumado republico no puedan ir acompañadas nunca con la fama de hombre de bien

Para pintar de un rasgo á este personaje diriamos que habia sido el César Borja de su época, si César Borja no hubiese existido en la época del condestable; y por cierto que cinco lustros despues vino á morir á manos de los partidarios del conde, en el término de esta misma villa de Mendavia de que vamos hablando. Pero ya que no puede aplicársele calificacion semejante, diremos con mas propiedad y exactitud que el conde de Lerin era el César Borja de Navarra.

Acababa entonces de dar la última mano á una carta que habia comenzado con visible satisfaccion política, y concluido con notable satisfaccion literaria; y en este feliz momento en que la ambicion y el amor propio le sonreian á porfia, vino á interrumpirle el page con su estraña embajada.

Apenas dirigió al criado las últimas palabras, tornó el conde á saborear, no sabemos si sus conceptos, ó sus proyectos, y pasó los ojos por el pergamino que decia asi:

"A nuestro muy caro, y muy amado, yegre-
„gio conde de Pallars.

„La nueva de la muerte del Rey Nuestro
„Señor Cárlos el IV (Q. D. H. E. G.) ha afligi-
„do nuestro corazon; y mucho mas sabiendo
„que la voluntad de Dios no era de llamarlo
„para sí tan pronto; á no haberse interpuesto
„la mano de su madrasta, que con yerbas
„ponzoñosas ha malogrado los grandes pensa-
„mientos que Dios nuestro Señor habia fun-
„dado sobre el infeliz monarca. Tambien tene-
„mos que lamentar los inauditos robos, asesina-
„tos y tropelías que comete en nuestras tier-
„ras el bandido Sancho de Rota, que nos está
„privando de nuestros mas leales amigos y
„cumplidos caballeros. Pero en medio de
„tamaña calamidad, podemos consolarnos,
„con la seguridad del triunfo de nuestra
„santa causa, en cuyo nombre nos hemos
„apoderado de las buenas villas de La Guardia,
„San Vicente, Los Arcos, Lumbier y de Via-
„na, de cuyo castillo salió Mosen Pierres de
„Peralta vestido de luto por una puerta,
„mientras entrábamos por otra cubiertos de
„gloria.

„Asimismo debemos al Señor la ventura de
„tener en poder nuestro á la muy ilustre
„princesa doña Blanca: á quien, como here-
„dera de los derechos y títulos del rey Cárlos,
„su hermano; debemos proclamar por reina
„nuestra y señora natural.

„Con este objeto tratamos de llamar á todos
„los ricos homes, prelados, títulos y buenas
„villas de Navarra, para reunirnos en Córtes
„y alzar sobre el paves á la muy ilustre y

„magnífica princesa de Viana; por lo cual „es preciso que vos torneis desde esas tierras „del principado de Cataluña á levantar el „grito, para ver si alcanzais mas fortuna que „hace cuatro meses; ó de no, para ver si dis„traeis las fuerzas del rey D. Juan, mientras „las Córtes hacen su oficio en el Reino.

„La desgraciada princesa doña Blanca, que „á semejanza de su hermano Cárlos, y por su „mismo delito de heredar la corona, es perse„guida desde su cuna; nada sabe de nuestros „justos intentos; diré mas, nada sabe de la „muerte de su hermano. Ocultarle lo primero „me ha parecido conveniente, por si su timi„dez y escrúpulos filiales pudiesen oponernos „algun obstáculo; lo segundo, para mayor „seguridad de lo primero, y... para no afligir „aun mas su lacerado corazon.

„Despues de haberla sacado de prisiones no „ha querido encerrarse en uno de mis casti„llos, y prefiere vivir disfrazada de villana, „con una familia pechera que la desconoce, y „con una libertad que nunca habia disfru„tado.

„Está segura, pues, y á buen recaudo, y „con el favor de Dios y con el vuestro, pres„to dejará el tosco sayal de labradora para ves„tir la púrpura de los reyes.

„Avisad de todo á vuestro amigo y herma„no, que queda rogando á Dios por vuestra sa„lud. Dado en mi alcazar de Mendavia á quin„ce dias del mes de octubre de 1461.„

„El Condestable.„

Mucho antes que el autor hubiese terminado

la lectura de su obra, Gimeno estaba en el aposento.

Sintió el conde el ruido de sus pisadas; pero sin embargo no levantó los ojos del pergamino hasta que lo hubo enrollado con prolijo esmero.

Esta distraccion afectada, ó esta calculada descortesia, sirvió de mucho á entrambos personages: al entrante para reponerse de cierta turbacion que le infundió la oscuridad de la sala, el respeto de la persona que tenia delante de sí, y un súbito rayo de luz que le hizo conocer lo arriesgado de su empresa: al Condestable tambien le vino perfectamente para lanzar al recien llegado una furtiva mirada, abarcándole con ella de los pies á la cabeza.

—Adelante, dijo al mancebo que permanecia inmóvil cerca del umbral. ¿Cómo diablos has perdido de repente esa franqueza que te ha traido hasta las puertas de mi cámara?

—Señor, respondió Gimeno con sinceridad, he podido ser audáz hasta que os he visto.

Semejante respuesta hubiera desarmado al conde, aun en sus ratos de mal humor que solian ser los mas de su vida; considérese, pues, cuán buen efecto debian producir en los momentos presentes.

—Vamos, tienes talento y valor, dos cosas que pueden muy bien estar separadas, repuso el conde acordándose de que en sí propio estaban reunidas en grado tan eminente. Acércate, añadió suavizando la voz, ¿Quién eres?

—Soy el hijo del judío Samuel, vasallo de vuestra grandeza.

—¿Qué pides?

—Venganza... No, no señor; justicia.

—Vamos, esos honrados mendavieses, como son tan buenos cristianos, te habrán hecho alguna mala pasada, ¡pobre judio!

—Señor conde, Jesucristo es mi Dios.

—Tienes razon: te veo con el traje de cristiano, y te creia...

—Señor, dos soldados acaban de arrebatar á una muger...

—¿Villana, eh?

—Sí señor, villana parecia.

—¡Qué travesura!... ¡Vamos! ¡Si esa gente no puede permanecer ociosa un solo dia! Está visto: tras de un asalto, una batalla; y luego una escaramuza, y luego... Te prometo que no han de tener tiempo mis soldados de volver á entretenerse en semejantes bromas. ¿Y era hermana tuya?

—¡Oh! ¡Mas que hermana!

—¿Tu esposa?

—Señor, respondió Gimeno con súbita energía, creyendo desplomar sobre el conde una montaña, como los Dioses sobre los gigantes, para vengarse del desprecio con que habia recibido la nueva del atentado. ¡Señor, esa muger es Gimena, la que moraba en casa de Fortuño y Aldonza!

Quedó el mancebo con los ojos enclavados en el condestable, esperando ver la terrible esplosion que debiera seguir á sus palabras.

El conde permaneció un momento silencioso, encogióse luego de hombros, arqueó las cejas, frunció los labios y con el gesto mas indiferente y el acento mas tranquilo del mundo contestó:

—No la conozco.

El hijo de Samuel, visiblemente desconcertado, dió un paso atrás.

La noticia que acababa de recibir D. Luis de Beaumont, era la mas funesta que pudieran darle; echaba por tierra todos sus planes, y sin embargo ninguna impresion visible le habia producido. Quizá en el fondo de su alma esperimentó la mas violenta sacudida; pero aquel hombre tenia sobre sí mismo el imperio suficiente para ¡sostener la inmóvil serenidad de su semblante.

Asi la superficie de los mares permanece alguna vez tersa y tranquila como un espejo, mientras el fondo se agita y hierve al impulso de encontradas corrientes.

César Borja, y ningun otro que César, hubiera podido hacer otro tanto; pero ni César ni nadie podia haber hecho mas.

—Cuando entrásteis aqui, continuó el conde en el mismo tono, estaba concluyendo una carta: permitidme que no dilate su envío.

Sin aguardar respuesta del atónito mancebo, se levantó el condestable con el rollo de pergamino en la mano, y por una puertecilla secreta salió con paso mesurado del aposento.

Al pasar delante de Gimeno parecia realmente un enano; pero á los ojos del mancebo tomó las proporciones de un coloso.

—Vaya, pensó el amante de la princesa, tal vez se habrá contenido, temeroso de ser escuchado por sus indiscretos escuderos: en volviendo... ¡Dios mio! ¡cuál será su furia!

Un minuto despues entró el condestable de Navarra arrastrando su ropon de pieles y con su anteior serenidad y mesura.

—¿Cuánto tiempo hace que habeis abrazado la religion verdadera? le preguntó al jóven, aproximándose á la ventana.

—Dos meses.

—¿Y quién os ha convertido?

—Gimena.

—¿Alguna monja?

—No, señor... ¡Gimena... esa Gimena! se atrevió á decir el neófito, cuyo mancebo rayaba ya en estupefaccion.

—¿Quién?

—La del rapto.

—¡Ah! se me habia olvidado.

El conde volvió ligeramente la cabeza y tendió sus miradas por los inmensos páramos que conducen á Viana.

—Se conoce que mi recuerdo le ha causado impresion, pensó Gimeno. Está meditando alguna resolucion importante.

—Mucha uva se coge este año, dijo el conde, bostezando ligeramente.

—¡Señor!... ¿Y á mí me decís eso?

—Pues qué ¿no sois labrador?

—Pero, Gimena, Dios mio, Gimena ¿dónde está? ¿Quiénes son sus raptores? ¿Cómo no tratais de averiguarlo? ¿Cómo no los castigais? ¿No somos vasallos vuestros? ¿No sois condestable? ¿No administrais justicia?

—¿Y qué tengo yo que ver con vuestras cuitas, raza de siervos (1), que como miserables

(1) Los labradores casi podian considerarse como tales en Navarra por aquel tiempo.

insectos os atraveis á revolar alguna vez en torno de nuestros alcázares, y á zumbar en nuestros oidos con inútiles lamentos? ¿No os dejamos brazos pasa defenderos, puñal para vengaros, y tierra donde sepultar à vuestros enemigos? ¿Ha de descender el Señor á rescatar lo que vosotros os dejais cautivar? ¿Ha de vigilar por una honra que os niega Dios cuando os arroja al mundo?

—¡Oh! esclamó el hijo de Samuel con toda la rabia de cien generaciones oprimidas; teneis razon: con brazos, con puñales y con sepulturas, nada tenemos que pedir á nuestros señores: afortunadamente si Dios nos ha negado la honra. nos ha colmado de valor.

El conde escuchaba sus mal encubiertas amenazas casi con gusto, y dirigia alternativamente sus escrutadoras miradas á la campiña y á su interlocutor.

—¿Qué camino han llevado los raptores? le preguntó con tono brusco, pero amable.

—Rio abajo.

—¿Eran caballeros?

—Caballeros debian ser, respondió Gimeno con amargura.

—¿Armados?

—De punta en blanco.

—¿Sabeis mas señas?

—Uno de ellos se llama Sancho y disputa mucho.

El conde se sonrió casi imperceptiblemente. No podia ignorar que habia un Sancho en Navarra que tenia á gala la terquedad, y por orla en su escudo estas significativas palabras: QUE SI: QUE NO. Sin duda Gimeno iguoraba que

habia pintado á un hombre de un solo rasgo. Todo el misterio estaba ya revelado para el caballero.

—¡Sancho... Sancho! repitió este como si quisiese recordar alguna cosa: no hay acaso un hombre mas vulgar en Navarra. Ahí está sino ese famoso bandido Sancho de Rota, que...

—¡Bandido!

—Sí; bandido de las Bárdenas; pero valiente, atrevido, temerario. Decidme ¿era hermosa vuestra Gimena?

— Como un ángel.

—De fijo él es.

—Pues qué... le interrumpió Gimeno con la furia de los celos.

—¡Oh! ¿No sabíeis sus mañas? ¿No sabeis hasta donde estiende sus correrías para forzar las mas apuestas doncellas de la ribera?

—¿Y se llama Sancho de Rota?

—Sancho de Mota; pero es muy valiente.

—¿Y anda por las Bárdenas.

—Sí, hácia Tudela; pero advertid que es un demonio vivo.

—Señor condestables gracias por la noticia. Es valiente y no es caballero; puede ser enemigo de un villano.

El jóven se alejó todavia con mas resolucion de la que trajo; pero con el corazon envenenado por el odio hácia el conde, por los celos mas horribles, y por el ardiente deseo de venganza.

Cuando el conde le vió traspasar el dintel de la puerta esclamó con desesperacion:

—Este me libertará de Sancho de Rota; pe-

ro ¿quién podrá rescatar á la reina del cautiverio de su padre?

El conde, sin embargo, no se habia descuidado un solo momento.

Mientras con tanta indiferencia, con tal desabrimiento habia escuchado al antiguo judío; Cárlos de Artieda, uno de los caballeros de su mayor confianza, salió con veinte lanzas, por órden suya, en persecucion de los raptores, y Aldonza y Fortuño habian desaparecido de la villa de Mendavia.

Ignórase qué hizo de ellos el conde: la historia no los vuelve á mentar.

CAPITULO III.

De cómo Cimeno mató á David.

Las Bárdenas reales de Tudela, montes erizados de robustos pinos y gigantescas rocas, que se estienden desde aquella ciudad hasta el reino de Aragon; han sido siempre célebres, por los bandidos que las infestaban, terror de la comarca.

Tan frecuentes y espantosos eran los crímenes que en aquellos pinares se cometian, desde los tiempos mas remotos; tan antigua y tradicional la indispensable existencia de un capitan de salteadores de caminos en aquellas frondosas breñas; que en cinco leguas á la redonda se habian despoblado todos los castillos, caseríos y albergues de pastores, abandonados á merced de los bandidos, y los veinte y cinco pueblos comarcanos que rodeaban á las Bárdenas, se habian unido en hermandad para perseguirlos mancomunadamen-

te, siendo uno de los terribles artículos de aquel pacto: «que cogiendo á los malhechores *infra-ganti*, los ahorcasen sin esperar órden del rey ni de la justicia.» Estériles fueron tan crueles disposiciones, quizá por su misma dureza; los bandidos íbanse sucediendo de generacion en generacion, desde siglos remotos, con el órden mismo, con la misma puntualidad que los príncipes se suceden en una monarquía, cuyo origen se pierde en la cuna de los pueblos.

El último bandido, rey de aquellas montañas, se llamaba Sancho de Rota, y habia eclipsado la horrible fama de sus antecesores, por la muchedumbre y enormidad de sus crímenes, y sobre todo, por su descomunal arrojo y venturosa temeridad.

A mediados de octubre de 1461, desapareció aquel hombre desolador, espanto de los reinos de Aragon y de Navarra, y aun empezó á cundir el rumor de que habia muerto en un combate, nueva no muy consoladora; porque todos contaban de seguro, que el sucesor no tardaria en aparecer.

No se hizo esperar mucho tiempo. A los pocos dias se vió á la cabeza de cien foragidos un formidable guerrero, cubierto de los pies á la cabeza, que hizo enmudecer la fama de Sancho de Rota, con el eco de sus feroces hazañas, que resonaban al par de sus generosas prendas. Poco podemos decir de su figura, pues rara vez levantaba la visera de su casco, y jamás se desnudaba de su armadura: solo se distinguia en el combate por su valor, y cuando su lanza ó espada permanecian ociosas; su gentileza, su apostura justificaban la superio-

ridad que sobre los demás egercia. A guisa de noble y generoso paladin, como si olvidase que mandaba una gavilla de salteadores, y no una compañía de soldados; habia hecho pintar en su escudo un emblema que nadie podia adivinar.

Poco tiempo despues de haber tomado el mando de aquella gente desalmada, y de haber sembrado el espanto y la consternacion desde el Ebro á los Pirineos, y desde los montes de Alava á Moncayo; no sin admiracion y asombro de sus camaradas mismos, se le vió salir tranquilamente á la cabeza de su partida del áspero y quebrado terreno que nunca habian abandonado, sino para rápidas y nocturnas correrías; y lo que es mas estraño, se le vió descender á las inmensas llanuras de Peralta, sin que ninguno de los pueblos de la hermandad le hostilizase.

Hasta entonces aquel reino de salvajes enclavado en otro reino civilizado, no habia tenido jamás otras alianzas que las del brazo con la espada, ni otros amigos que las cuevas de las rocas, los castillos abandonados, la espesura de los pinares y la aspereza de las montañas. El prisionero que ofreciese probabilidades de buen rescate; el caminante que llevase bien repuesto de florines el bolsillo; eran sus enemigos capitales: jamás entre ellos se habia alzado otro pendon que el del esterminio, ni otro grito que el de muerte; ¿cómo, pues, atravesaban ahora las villas, con las lanzas en la cuja, ó las picas al hombro que reflejaban los rayos del sol; cómo los vecinos de aquellos desolados pueblos, lejos de cerrarles puertas y ventanas se asomaban á ellas, y les miraban con una espresion en que se confundian la cu-

riosidad con el asombro, el terror pasado con el presentimiento de la tranquilidad futura, el dolor de antiguas heridas con la esperanza de no recibir otras nuevas?

Para satisfacer estas y otras dudas tendremos que volver caras á nuestra narracion en la que, sin saber cómo, habíamos avanzado inoportunamente.

Era uno de los dias de la penúltima semana de octubre, cuando Sancho de Rota, preparado para cierto golpe de mano que se habia de dar en uno de los pueblos del condado de Lerin; estaba aguardando la noche con suficiente dósis de impaciencia para blasfemar veinte veces por minuto de la lentitud con que el sol iba descendiendo al mar cantábrico.

El rey de las montañas se fastidiaba tan soberanamente en medio de sus rudos vasallos, arínados de corazas de baqueta y de capacetes y yelmos de hierro empabonados, como el mas poderoso monarca constitucional en medio de sus ministros responsables. Un hombre aburrido es la criatura mas frágil de la tierra; incapaz de resistir á una tentacion como la tentacion pueda distraerle.

Tentóle, pues, el diablo á Sancho de Rota de perder el tiempo ganando á sus vasallos todo el dinero que anteriormente les habia distribuido.

Tambien estos eran achaques de rey. Fernando el Católico y el Emperador Cárlos V se entretuvieron toda su vida en ganar á los nobles los maestrazgos, encomiendas y señoríos de que sus antecesores les habian colmado.

Uno de los elementos mas poderosos del fas-

tidio, es hacer lo que al hombre le dá la gana; pero esta regla no deja de tener, como todas, sus escepciones; y en la ocasion presente, en que Sancho de Rota encontró en sus soldados materia dispuesta para secundar sus intentos, y comenzó á jugar á la puerta del castillo de Eguaras, un minuto despues de haberlo pensado; preciso es confesar que le divertia el monótono ejercicio de vaciar y meter los dados en un canuto de box.

Habia una razon para que asi sucediese. Cada vez que el capitan de bandoleros vaciaba las piececitas de hueso sobre la mesa, se metia doscientas ó trescientas monedas en el bolsillo; y como el hombre, magüer que salteador de caminos, propende naturalmente al egoismo, no era obstáculo poderoso para que Sancho se riese el que rabiasen sus compañeros.

—¡Por vida del diablo, que el capitan sabe robar á los mismos de su oficio!

—¡Voto á San Cain, que me deja sin un cornado!

—¡Mil demonios me lleven si esta noche no le mato!

Tal era el coro angelical que regalaba los oidos de Sancho de Rota, quien sin dársele un ardite por estas amenazas, les decia:

—¡Ea! hermanos, os dais tan presto por desplumados? ¡Vergüenza tengo de mandar á gente tan pobre! Por Barrabás, que no sé donde hundís los tesoros que os distribuyo. Vamos, gentecilla ruin, desahuchad el dinero que guardais para fundar monasterios.

Nadie sacaba un cornado.

—¡Cuerpo de Dios! ¡Al desquite, cobardes, pé-

sia mi alma; que no sé donde meter tanta plata!

Todos permanecieron mudos.

—¡Voto á San Cerni de Pamplóna! que aun queda dia bastante para pensar en movernos de este sitio, y me hareis entrar al castillo á escuchar los lloriqueos de las rapazas que tengo ahí cautivas. ¡Ea! ó jugais, ó voy á probar de desmentir aquel refran de: «afortunado en el juego....»

—Veinte florines, dijo uno de los bandidos, vaciando sobre la mesa una bolsa de cuero, que arrojó luego lejos de sí con desden.

El capitan meneó la caja de los dados con cierta sonrisa de satisfaccion.

—Tres, dijo desocupándola. Bajo es el número; pero estoy seguro de que sacas el uno.

—Cinco, contestó el postor, tirando los dados casi sin haberlos movido.

—¡Por Jesucristo vivo! Lo veis como se tuerce la fortuna?

—¡Cuarenta florines! añadió el nuevo jugador.

—¡Ola! ¿jugais á la dobla? Van los cuarenta.

Todos los circunstantes comenzaron á interesarse por el contrario de su caudillo.

—¡Ocho! esclamó este; ¡pobre diablo! Lástima te tengo!

—¡Nueve!

—Victor! bien, bien! esclamaron todos sin poderse contener, y por primera vez fijaron sus miradas en el ganancioso.

Sus armas eran conocidas de todos, mas no podían verle el rostro: tenia calada la visera.

—¡Ochenta florines!

—Demoniol gritó Sancho con voz de trueno.

¡Ochenta florines de oro! No ha habido mayor apunte en todo el dia. Tienes el alma bien puesta, ¡eh! ¡Señor distraido!

El de la visera siguió callado.

—Van los ochenta.

Meneó el capitan las piezas mas de lo acostumbrado, y las vertió con cierta suavidad.

—Blancos! todos blancos! gritó el concurso apiñándose mas y mas en torno de la mesa.

Sancho de Rota se puso amarillo de rabia.

Su contrario cogió con calma los dados y con su acostumbrada indiferencia los tiró al punto sobre la mesa.

—¡Veinte!

—¡Voto á veinte mil legiones de demonios que te lleven! No aguanta mas el hijo de mi madre, dijo Sancho procurando salirse del corro.

No era la empresa muy fácil: los bandoleros cada vez mas interesados en aquella lucha que iba tomando tan gigantescas formas, se pusieron naturalmente de parte del inferior contra su gefe, y gritaron todos á una voz:

— Juego ¡Juego debes hacerle juego mientras ganes.

—En buen hora, respondió el capitan, que con toda su autoridad y poco respeto á las leyes divinas y humanas, no se atrevió á quebrantar las del pundonor Juro por San Fermin, patron de Navarra, no separarme de aquí mientras tenga un solo cornado!

— Picado ya en su amor propio fué mucho mas allá de sus estrictos deberes.

— Ea, añadió con el canuto en la mano. ¿Cuanto pones?

—Ciento sesenta florines, respondió con calma el encubierto.

—¡Ciento sesenta florines! repitió Sancho balbuciente. No importa: tu caerás.—¿Lo ves? ¡Diez y siete! ¡Diez y siete, pobrecillo!

Cogió los dados el contrincante, y los echó sin mirarlos.

—¡Veinte, otra vez! ¡Veinte! gritaron todos, atónitos de una suerte tan obstinada.

—Sancho calló: tiritaba de cólera: daba diente con diente: parecia sentir un frio terciánario.

—¿Cuánto va? preguntó recogiendo los dados casi convulsivamente.

—Trescientos veinte florines, contestó el encubierto con toda impasibilidad.

—Espera... no sé... si tengo bastante: debe faltar...

—No importa: todo lo que tengas, contra los trescientos veinte florines.

—Bien está. Tiro.

Reinaba el mas profundo silencio en medio de aquel centenar de hombres agrupados. Un fuerte puñetazo sobre la mesa, y una espantosa blasfémia, vinieron á turbarlo. Siguió luego un rumor prolongado, y los chicheos de los mas proximos al centro del grupo, que mandaban callar.

El capitan sacó el número dos.

No habia un solo testigo de aquel estraño combate, cuyo corazon no latiese con violencia; porque no habia quien dejase de presentir una próxima catástrofe.

Entretanto se preguntaban los malhechores al oido:

—Pero, ¿quién es el contrario del capitan?

—Chafarote. ¿No ves la cuchillada que recibió el otro dia en el espaldar?

—Cierto; pero Chafarote tiene un aire así.. un poco záfio... Y luego Chafarote no es hombre que se pasa dos minutos sin echar un trago, y á ese no le hemos visto remojar hasta ahora la palabra.

—Silencio, que tira.

Tiró en efecto los dádos el de la visera, con tanta ventura como en los golpes anteriores.

Todos comprendieron que habia algo de providencial en aquella constancia de la suerte, y comenzaron á contemplar al ganancioso casi con miedo.

Asi lo indicaban al menos los hondos murmullos, los remolinos en que se agitaban, y el instantáneo impulso con que los bandidos se apartaron en torno suyo, manteniéndose á cierta respetuosa distancia.

—Me has arruinado, dijo el capitan con una calma mucho mas terrible que su pasada furia.

—Todavia no, contesto su contrario.

—¿Quiéres que juguemos la vida? repuso el bandido con una sonrisa traidora, que se perdió en la espesura de sus enormes bigotes.

—Nuestra vida la podemos jugar despues; pero no á los dados.

—¿Qué tengo yo que escite tu codicia?

—Algunas buenas mozas encerradas en ese castillo.

—¡Ba! ¡ba! Todas ellas te las doy de barato: dijo Sancho con la misma sonrisa irónica que se adivinaba por el movimiento de su bigote,

como el tránsito de una sierpe por la agitacion de la yerba.

—No quiero tener nada que agradecerte, contestó sin inmutarse el afortunado jugador.

—Sea, pues; ¡voto al diablo! Pero entendámonos: ¿tu quieres poner contra las mujeres: es decir, contra el dinero que puedan darme por su rescate?

—Ese dinero no te pertenece: es de toda la compañía, y yo juego solo contra tí.

—¡Tiene razon! ¡Tiene razon, esclamaron todos.

Cuando la razon viene en apoyo del interés, no hay cosa mas popular en el mundo que la razon. El capitan comprendió que su contrario no se contentaba con arrebatarle sus florines, sino tambien la popularidad.

Sin embargo, aparentó no hacer caso. Habia tomado una resolucion, en la cual iban á hundirse tanto su rencor, como su envidia.

—Sepamos, pues, lo que se juega; repuso con una mansedumbre, que dejó atónitos á todos los que conocian su poca vocacion hácia las virtudes evangélicas.

—Se juega el derecho de retener á tus mujeres, hasta que vengan á ofrecer por ellas un rescate razonable.

—¿Y en cuánto tasas ese derecho, pesia mi vida? preguntó con desprecio el capitan, que no comprendia que pudiese tener valor el oficio de carcelero. ¿Ahí... en cualquier miserable par de florines?

—Lo taso en todo este monton de oro que te he ganado.

—¡En quinientos florines!

—En quinientos.

—¿Estás loco, perro ladron?

—Mi capitan, tengo con que pagar todas mis locuras.

—¿Tiro?

—Tira.

—Perdí.

—Gané. ¿Tienes algo mas que apostar?

—Sí, respondió Sancho con bronco acento: este puñal contra tu yelmo.

—¿Para qué tan singular apuesta?

—Para ganarte la celada y conocerte.

—¿No conoces á tus soldados? ¿No conoces á Juan Marin, por otro nombre Chafarote?

—No, tú no eres Chafarote, aunque llevas sus armas y su ropa; y te juro por todos los once cielos que el capitan Sancho de Rota jamás perdió un cornado con un desconocido.

—¡Chafarote es! gritaron los mas lejanos. ¿Pues no se está viendo? Si no se levanta la visera es porque estaba de centinela en el robledal, y no quiere que lo castiguen.

—Ese no es Chafarote, contestaron los mas próximos; no tiene él esa labia, ni el alma tan templada.

Aqui el coronista invierte páginas enteras en discutir cuál era el medio mas sencillo de resolver la grave cuestion que suscitó Sancho de Rota, y al cabo de algunas tiradas de prosa, concluye diciendo que en su concepto ninguno mas espedito que el de alzar la visera de aquel hombre problemático. Sin embargo, y con perdon sea dicho del mencionado autor, creemos que la historia resolvió mejor en esta, como en otras ocasiones, el desenlace,

presentando en aquel punto y en la cima de un repecho, nada menos que al verdadero Chafarote ó Juan Marin en persona, aunque vestido de greguescos, calzas, abarcas y tabardo como pudiera el mas honrado labrador de la montaña.

Al verle asomar con aquel traje de hombre de bien que contrastaba con su airecillo socarron y malicioso; descargó sobre el infeliz una nube de rechiflas, dicharachos y risotadas que hubiera bastado para dejar corrido á hombre de menos aprension que Chafarote, el cual sosegadamente dijo:

—¡Vamos, caballeros! ¿á qué vienen esos aspavientos? ¡No parece sino que soy alguna bruja encorozada que llevan á quemar!

—Cuéntanos, cuéntanos cómo ha sido esa peregrina mudanza, añadieron algunos aproximándose al recien venido.

—¿Cómo te has dejado desarmar? gritó con tono de autoridad Sancho de Rota.

—Poco á poco, hermano: ¡Voto á mil demonios, que á Roma no se va en un dia, ni se ganó Zamora en una hora! Dadme acá un trago de lo tinto de Peralta, si quereis que sea hombre de provecho.

—No hay duda: el verdadero Chafarote, es el Chafarote que pide de beber; hizo notar un chusco.

Diéronselo; bebió, bebió, en fin, estuvo bebiendo.... despacio: se limpió los labios con la manga del jubon, tosió y habló en estos términos:

—Estando de centinela vino hácia mí un aldeano. ¡Atrás! Nada. Le apunto con la ballesta... zas! le yerro: se me echa encima en dos saltos, me acogota, me desnuda, me amarra á

una encina, me pregunta mi nombre, se encaja mis vestidos y armadura, y agur. Forcejeo, rompo mis ligaduras, me planto la ropa que habia dejado, vengo... y santas pascuas.

Si el orador no fué elocuente, tampoco pecó de difuso.

—¡Un traidor!

—¡Un espía!

Tales fueron las esclamaciones en que prorumpieron los facinerosos desenvainando sus espadas ó puñales, y volviéndose contra el desconocido.

—A ver quien lo coje y me lo cuelga pronto de un roble, dijo el capitan.

Un bandido se atrevió á poner la mano en el hombro del encubierto. Sacó este un puñal y con la rapidez del rayo se lo enclavó en el pecho.

El bandido lanzó un grito inarticulado y ronco, y se reclinó sobre su matador, el cual dándole un empellon le arrojó á un lado ya cadáver.

Todo pasó en un instante.

—¡Cobarde! esclamo el desconocido blandiendo el puñal rojo y humeante. ¡Miserable! Te he ganado el dinero, tus mugeres, he abatido tu orgullo, ¿y no tienes valor para quitarme la vida?

—Traidor, toma tu merecido le contestó Sancho con inaudita furia, descargando sobre la frente de su enemigo un tremendo mandoble con el hacha que tenia á su lado.

El desconocido quiso evitar el golpe desviándose; pero las armas le robaron la agilidad por su desgracia, se echó la mano á la cabeza, dió

casi dos vueltas alrededor de sí, y cayó luego derribado con espantoso estruendo.

Un débil quejido femenil salió de una saetena del castillo.

Corria la sangre por los hierros de la visera del encubierto, á quien sin duda el hachazo le habia partido el cráneo.

Los malhechores contemplaron este espectáculo con algo menos que indiferencia, casi con sentimiento. Era cuanto podia esperarse de gente acostumbrada á semejantes horrores.

—Pues que, traidor ¿pensabas que es lo mismo jugar á los dados, que jugar á las armas con Sancho de Rota? ¿Pensabas que no tenia yo siempre la seguridad de este desquite? dijo el capitan hablando con el cuerpo tendido de su contrario, como si él pudiese escuchar sus insultos para vengarlos.

Levantóse de repente el desconocido con general asombro; echó entrambas manos á la cabeza, quitóse el yelmo abollado que arrojó con rabia, y quedó descubierto el dulce y hermoso rostro de Gimeno que por boca y narices vertia sangre. El golpe no le habia causado mas que una conmocion cerebral que por algunos instantes le dejó aturdido.

Vino otra vez el bandido contra él creyendo partirle de un tajo la cabeza; pero esta vez desembarazado el amante de la princesa de aquella pieza del arnes que le turbaba la vista y le robaba la agilidad, pudo esquivar el golpe dando un brinco con la lijereza de un gamo, y cogiendo despues al capitan por la cintura como Hércules á Anteo, lo levantó con sus membrudos brazos hasta hacerle perder tierra, y

le arrojó gran trecho de sí antes de que pudiera hacer uso de las armas.

—¡La misma, la misma suerte que conmigo, voto á brios! esclamó Chafarote: ahora no falta sino que le eche el pie encima, que lo ate, que lo amarre y le vaya desnudando bonitamente. ¡Cuerpo de Dios ¡Qué brazos de hierro! proseguia entusiasmado: soltadle, soltadle gigantes al mancebo, que asi se los echa al hombro como costales de paja. ¡Para mi santiguada, que no le hay mas gentil en tierra de cristianos — Pero ¡diantres el capitan se levanta... Qué espumarajos! Cómo revuelve el hacha! Huye e mancebo... ¡Cobarde —Sí, échale un galgo. l

En efecto, Gimeno apenas vió á su enemigo ponerse en pie y blandir el arma formidable, apretó á correr por la pradera, mas no para abandonar el campo, sino para evitar el golpe y coger una enorme piedra con ambas manos. Esperó con ella á pié firme al capitan que venia rugiendo de cólera, levantando el hacha con tan furioso ademan, que de un solo tajo hendir pudiera un roble entero. Gimeno permanecia tranquilo columpiando con ambas manos la pesada piedra, que despedida luego súbitamente con la fuerza de una máquina de guerra, fué á estrellarse contra la desnuda frente del bandido que cayó de espaldas lanzando un grito por las rocas de eco en eco repetido.

Abalanzóse el vencedor al cuerpo de su contrario, y poniendo un pie sobre su brazo, pudo arrancarle el arma que aun empuñaba convulso, y separarle la cabeza del tronco de un solo hachazo.

El Goliat de la montaña, quedó vencido por el David de la ribera.

Un lienzo blanco se agitaba á la sazon por la misma angosta saetera de donde salió el gemido de mujer; y fuese por casualidad, ó de propio intento, cayó al pié de la muralla del solitario castillo.

Gimeno lo vió: no dudó un solo instante que su adorada Gimena se lo arrojaba, para que con él se enjugase la sangre y el sudor del rostro; como lo hizo en efecto, dirigiendo á la ventana ardientes miradas de amor y de gratitud.

—Ya no teneis capitan, dijo en seguida á los bandidos, mudos de terror: yo quiero serlo: si alguien se atreve á disputarme el puesto aquí lo aguardo.

Nadie se movió.

—¡Ea, pues! Si ninguno de vosotros es mas valiente que yo, tengo derecho á ser obedecido.

Voy á partir con vosotros mis ganancias, en fé de amigos y camaradas. Para vosotros el oro; para mí las mujeres.

Dijo arrogante Gimeno, y con el hacha en la mano se dirigió al castillo.

Los bandidos gritaron todos á una voz:

—¡Viva el nuevo capitan! ¡Vivan los hombres generosos y valientes!

Y al pasado terror y silencio, sucedieron los murmullos, la algazara, las hipérboles y aclamaciones.

CAPITULO IV.

De cómo Gimeno, queriendo informarse de los demas, encontró quien le informase de sí mismo.

Solo entró, segun los cronicones, el nuevo capitan de foragidos en la casa fuerte ó castillejo de Eguarás, situado en el corazon de las Bárdenas; y no porque sus gentes le menospreciasen, y no estubiesen dispuestas á seguirle al cabo del mundo; sino porque tenian que cumplir con un precepto de la ley de Dios, y con una obra de misericordia: tenian que obedecer la órden superior de repartirse los quinientos y tantos florines, y enterrar á los muertos.

Sin mas guia, pues, que los presentimientos de su corazon, subió Gimeno al castillo, cuyas paredes ahumadas ó pintorreadas de figuras informes y obscenas, de yeso ó de carbon, ofrecian un aspecto aun mas repugnante con el hedor que exhalaban.

El edificio no desmentia la calidad de sus moradores.

Allí donde tropezaba Gimeno con una puerta cerrada, abríala de un solo hachazo, y tras de todas ellas creia escuchar la dulce voz de su querida, que con los brazos abiertos le llamaba.

¡Ilusiones todas de su ardiente fantasía! Algunas cautivas encontró que gemian en el fondo de los sombríos aposentos: algunos ve'os alzó con atrevida mano, creyendo que le robaban el afligido semblante de amada: pero de todas partes se alejaba frunciendo las cejas con desesperacion, y lanzando suspiros de dolor; hasta que un nuevo ostáculo que se oponia á su transito, hacia brotar en su pecho una esperanza nueva.

Cansado estaba ya de bajar y subir escaleras, de entradas y salidas, de vueltas y revueltas: mil veces habia llamado á su amada en el umbral de cada habitacion, y otras tantas le habia respondido un silencio desconsolador. Devorába en su alma mil pensamientos horribles y desesperados de venganza; cuando de manos á boca se le presentó Chafarote, que en aquel breve espacio habia cobrado, bebido, jugado y perdido los dos florines y medio que le tocaron en el reparto.

—Mi capitan, le dijo servicialmiente el bandido, echando mano á su montera de labrador. Si su merced quiere, yo le serviré de guia por este laberinto.

O Juan Marin no era por lo visto rencoroso ni vengativo, ó el entusiasmo de las hazañas de Gimeno habia borrado de su memoria el des-

pojo de sus armas, y la usurpacion de su nombre.

—Chafarote, preguntó Gimeno, yéndo derecho al objeto que le preocupaba, ¿ sabes si Sancho de Rota estuvo ayer en Mendávia?

Chafarote se encojió de hombros, haciendo un signo negativo con la cabeza.

—Debió ir solo con otro campañero, repuso el capitan.

—Puede ser.

—Y traerse una mujer cautiva.

—Creo haberle visto conducir estos dias una linda pieza.

—¿Una mujer como un ángel?

—No he visto á los ángeles, mi capitan... y francamente... no espero verlos; pero si los ángeles viesen á la rapaza de que hablo á su merced, de seguro que por mirarla, volverian las espaldas al cielo.

El capitan dejó pasar sin correctivo hipérbole tan sacrílega; porque en su concepto tan solo la sin par hermosura de Gimena, pudiera disculparla.

—Esa debe ser la que yo busco, dijo el mancebo, dejando escapar en un suspiro mucha parte de la ansiedad de su pecho. ¿Y dónde está?

—Venga su merced conmigo.

El capitan siguió á Chafarote, por los oscuros ánditos de aquel edificio.

—¿No sabes si la cautivaron en Mendavia?

—¡En Mendavia!..

—Sí; ¿por qué te detienes?

—Porque su merced me hace recordar que

esa muchacha hablaba no se qué cosas de Mendavia.

—Anda, anda, ¿no llegamos?

—Poco falta.

—¿Sabes si se llama Gímena?

—Voto al chápiro...! ¡Gimena! respondió el bandido deteniéndose por segunda vez, y cogiéndose el labio inferior con la mano derecha, en ademán pensativo.

—Vamos, ¿qué?... Pero, dímelo andando.

—Yo, á la verdad, cuando la ví estaba... así... un poco alegrillo... Suelo tener buen humor con frecuencia; pero juraría que algunas de sus palabras me sonaron á cosa de Gimena ó de Gimeno...

—¡Aprisa! ¿no llegamos nunca? le interrumpió el capitan tropezando en sus talones.

—Estamos delante de la puerta.

—¡Oh!

El discreto lector puede considerar cuál sería el mandoble que diera el amante con el hacha, para derribar la puerta.

—¡Gimena! ¡Gimena! esclamó al entrar el mancebo azorado, y dirigiendo sus miradas á todas partes á un mismo tiempo.

Un bulto de mujer, en pié dentro de la saetera que daba escasa luz al aposento, avanzó con los brazos abiertos, y postrándose de hinojos delante del recien llegado, le abrazó las rodillas, y esclamó con lastimero acento:

—¿Sois vos? ¿Sois vos nuestro generoso libertador, á quien tantas infelices venimos á deber la vida y la honra que estimas? Os he visto desde esa ventana: he oido todas vuestras palabras: he admirado vuestro heróico va-

lor: he comprendido vuestros nobles intentos. ¡Gracias, caballero, gracias en nombre del cielo! ¡Gracias en nombre de mi padre, que ha muerto sin vengarme!

El capitan cruzó los brazos con calma aterradora, y no respondió una palabra.

¡No era Gimena la que le abrazaba!

—¡Callais! prosiguió la prisionera poniéndose de pies: ¡Dios mio! ¿Me habré engañado? Al mudar de dueño habré cambiado tan solo de verdugo? ¡Oh! No: ¡es imposible! Las palabras que escuché, las hazañas que he visto, son de un caballero, de un héroe; no son de un bandido.

—Chafarote, dijo el capitan, volviendo el rostro con el último resto de la esperanza: ¿es esta la muger de quien me hablabas?

—Esta, señor.

—¿Hay mas en el castillo?

—Todas las puertas he visto francas.

—Está bien: vete.

—¿Qué digo á mis camaradas?

—Que se preparen para la espedicion de esta noche.

—¡Voto á mil diablos! se fué diciendo entre dientes el bandido: me temí qne flaquease; pero se me figura que el mancebo tiene pelos en el alma, y que deja atrás al mismo Sancho de Rota.

—Señora, dijo Gimeno á solas con la cautiva: os habeis equivocado; yo no soy caballero... diré mas: aborrezco á los caballeros, y creo que no se necesita serlo para saber portarse con valor y generosidad. Desde ahora estais libre.

—Si no sois hidalgo por vuestra cuna, lo sois por vuestras virtudes, respondió la hermosa desconocida, con un entusiasmo que fuera dulce recompensa de la hazaña mas grande de la tierra.

—Me han dicho que hablábais de la villa de Mendavia, repuso el capitan desviando modestamente la conversacion, ¿quereis decirme si os han cautivado allí?

—Me dirigia á Mendavia; pero venia del Bearne cuando me cogieron los bandidos.

—¿Y á qué íbais á Mendavia, si puede saberse?

—Señor, iba á casarme; respondió la jóven tiñéndose como el carmin de la vergüenza, que en el rostro de las doncellas asoma, desaparece, y vuelve á asomar como la luz intermitente de los fanales.

—¿Veníais sola?

—Con mi padre y con una anciana.

—¿Dónde está vuestro padre?

La hermosa doncella quiso responder; pero los sollozos no se lo permitieron.

—¿Ha muerto? preguntó enternecido el capitan.

—Defendiéndome... pero vos le habeis vengado.

—¿Y la anciana?

—Tambien ha desaparecido, respondió con los mismos sollozos.

—¿Tánto sentis su muerte?

—Señor, á mi padre debia la vida, á mi amiga la felicidad.

—¿Vuestra felicidad... es decir, vuestro casamiento?

—Sí, señor.

—¿Y con quién íbais á casaros en Mendavia?

—Con el hijo de Samuel.

—¿Qué decís?

—Con Simon, hijo del judío Samuel.

—¿Con Gimeno?

—Sí, ahora se llama Gimeno: teneis razon. ¿Le conoceis?

—Un poco... de vista, respondió Gimeno, que creia hallarse en un mundo distinto del mundo que habitamos.

—¡Oh! tengo seguridad de que si le habeis tratado alguna vez le habreis querido.

—¡Mucho!

—Es honrado, es valiente, magnánimo, gallardo y apuesto como pocos.

—Exagerais quizá sus buenas partes.

—¡Oh! No.

—¿Segun eso le conoceis mucho? preguntó Gimeno, fijando sus atónitas miradas en el semblante de su futura esposa.

Los ojos del mancebo, acostumbrados á la oscuridad veían y admiraban perfectamente toda la hermosura de la desconocida.

—No le he visto jamás.

—¡Ah! ¿y sin embargo le alabais con tanta seguridad?

—Sin haberle visto creo que le conocería.

—¿Cómo se os figura que es Gimeno?

—Señor, si no temiese que pudiérais interpretar mis palabras por atrevidas ó lisonjeras, os diría que Gimeno es parecido á vos.

—¡A mí!—¡Diantres! añadió el mancebo por lo bajo, escitado vivamente por tan singular aventura, ¿si seré víctima de una muger

astuta? ¿Si Gimena querrá poner á prueba mi cariño con este lazo?— Y Gimeno, repuso en alta voz: ¿sabe la ventura que le esperaba casándose con vos?

—Lo ignora.

—¿Y os conoce al menos?

—No.

—Pues entonces, ¿cómo os habeis espuesto á las incomodidades de un viaje sin contar con la seguridad del enlace?

—La tenia.

—¿Con que estábais segura?

—Segura.

—¡Oh! En esto si que me parece que os engañais, dijo el mancebo con un suspiro, y acordándose de su amada.

—Estoy segura de no engañarme.

—¿Contabais con la voluntad de su padre?

—Todavia no.

Gimeno comenzó á sospechar si aquella mujer estaría loca, y la miraba con ojos compasivos.

—¿Contabais con vuestra hermosura?

—Tampoco.

—Pues, os juro que hace un mes no hubierais hecho mal en abandonar la suerte á vuestros propios encantos; dijo el mancebo, luchando con sus antiguos recuerdos, y sus nuevas impresiones.

—¿Y por qué no ahora?

—¿Qué se yo?.. respondió el capitan un tanto confuso; y luego añadió mudando de tono:— Pero si no contabais con él, ni con sus padres ni con vuestros atractivos, ¿en quién funda, bais tantas esperanzas?

—Ese es mi secreto.

—Advertid que si he sido generoso con vos, segun vuestra propia confesion, estais obligada á serlo conmigo.

—Pues bien, os lo diré todo: mi confianza se fundaba en la palabra de una anciana judía que pasa por hechicera.

A pesar de la supersticion tan comun en aquella época, Gimeno no pudo menos de sonreirse, como hubiera podido hacerlo un *sprit fort* de nuestros dias.

—¿Con que íbais á casaros por arte de encantamento?

—No: iba á casarme por amor.

—¿Amais á Gimeno? preguntó este conmovido.

—¡Oh! dijo la hermosa desconocida, con un suspiro que hubiesen envidiado los mas venturosos de la tierra.

Calló Gimeno: estaba aturdido; no sabia qué decir, ni qué pensar. Si aquello era locura, qué locura tan amable! Si era verdad, ¡qué verdad tan peligrosa!

—He satisfecho vuestra curiosidad, caballero, repuso con melancólica dulzura la desconocida: no podia probaros de un modo mas eficaz en este momento, toda la gratitud que os debo por vuestros favores. Permitidme que haga uso de ellos saliendo de este castillo.

—¿A dónde quereis que os lleve?

—Al Bearne, á Mendavia, á cualquier parte; ahora todo me es indiferente.

—¿Todo?

—He perdido á mi padre: he perdido á la

amiga que nos acompañaba... Ya nada tengo que perder.

—Pero, ¡Dios mio! ¿hablais de veras?

—Esa pregunta me ofende, respondió con dignidad la bella prisionera.

—¡Perdonad, señora! ¡pero es tan estraordinario todo cuanto me está pasando!..

—Tal vez he sido sobrado fácil en confiaros mis secretos; pero me habeis dicho que conocíais á Gimeno: he visto trasparentarse en vuestra fisonomía, en vuestras acciones y palabras, un alma noble, un corazon magnánimo, y un valor á toda prueba: vuestro brazo me ha libertado del asesino de mi padre, y vuestra generosidad de los que pudieran atentar contra mi honra: venis á romper mis prisiones... ¡ah! yo no tengo otro medio de manifestaros mi agradecimiento, que depositando en vos la confianza que nos merece un buen amigo, un hombre honrado, y satisfaciendo la curiosidad ó el interés con que os informais de mí.

—¡Gracias, gracias! contestó Gimeno, que habia escuchado á la jóven con atencion religiosa.

Importábale tanto saber á qué debia su confianza, como averiguar los límites de esta confianza misma.

—Decidme, por Dios, continuó despues de un rato de silencio: ¿quién os ha hecho amar á Gimeno?

—La judía.

—¿La hechicera?

—Raquel.

—¡Raquel! ¡Ah! dijo el mancebo, dándos

una palmada en la frente; Gimeno tiene una tia que se llama Raquel.

—Esa misma. Muy enterado estais de su familia!.. Debeis conocerle mucho.

—Casi tanto como vos.

—Nuevos títulos para merecer mi confianza.

—¡Oh! continuad dispensándomela; yo procuraré continuar mereciéndola.

—¿Qué quereis que os diga?

—¿Esa Raquel, os habla mucho de mí... amigo Gimeno?

—A cada momento.

—Pero, ¿con qué motivo?

—La pobre Raquel, respondió la jóven, tomando súbitamente un aire compasivo, y un acento algo mas trémulo y penetrante; la pobre Raquel es una anciana que ha sido el escárnio y ludibrio de sus semejantes. En su vida errante y pordiosera, ha sufrido insultos, privaciones y martirios; y solo para buscar un escudo contra los malos tratamientos, ha podido dejarse tener por hechicera. Asi la temian algunos; pero nadie la amaba. Estaba yo sirviendo á la condesa de Fox en su castillo de Orthes en Bearne; cuando llegó Raquel á nuestras puertas arrecida y casi muerta de hambre: tanta lástima me dió la pobre anciana, que la subí á mi cuarto, la dí de comer, enjugué sus húmedos harapos á la lumbre, y no contenta con eso, la insté para que fijase su residencia en el pueblo, comprometiéndome á partir con ella mi alimento y mis vestidos. Hízolo asi, en efecto, y no podeis figuraros cuánta bondad, cuánta ternura descubrí en el fondo de su al-

ma, que amamantada con la hiel de las desgracias, todavia se conservaba pura, fresca, y respirando generosidad y dulcedumbre. El antídoto que le preservó sin duda de la amargura, era la imagen de su sobrino Simon, el de Mendavia. ¡Cuánto le quiere! ¡Cuánto padece en no vivir á su lado!

—Pero, ¿cómo no fijó su residencia en Mendavia? ¿Cómo no se dirigió á casa de sus hermanos? la interrumpió Gimeno.

—Los hermanos de Raquel repugnaban mucho que esta viviese en el pueblo; porque, segun vereis luego, la anciana tenia tal dominio sobre ellos, que hubiera podido privarles hasta de su hijo. Raquel hacia, pues, el sacrificio de su dicha, por no comprometer la de su sobrino. Pero esto no impedia que de cuando en cuando desapareciese del Bearne, y que á pié, descalza, con un báculo por todo equipaje, atravesase los Pirineos hasta la orilla del Ebro; para contemplar de lejos á Simon que trabajaba en el campo, y jugaba á la barra con sus compañeros, aventajando á todos en fuerza y en destreza, como los escedia en gentileza y apostura.

—En efecto, me acuerdo... digo, creo haber oido hablar á Gimeno de una mendiga que, cuando estaba solo y lejos del pueblo, labrando las tierras de sus señores; se le acercaba llorando, y le pedia limosna, y él partia siempre con ella el pan de sus alforjas... Contaba tambien que despues solia encontrarse algunas monedas de oro en los bolsillos, en los aperos, en los surcos mismos que abria. Ya se vé! Simon creia que aquel hallazgo era la re-

compensa que Dios le enviaba por su caridad...

—No era sino el regalo de la hermana de su madre; no era sino el fruto de los ahorros y privaciones de Raquel, contestó la jóven clavando sus ardientes ojos en el semblante tiernamente asombrado de Gimeno. Mi padre, escudero de D. Gaston de Fox, el primogénito de los condes, miraba con igual cariño á la judía, la cual no tenia mayor placer que hablar de su sobrino. ¡Cuántas cosas nos decia de su bondad, de su valor, de su gallardía, de su ardiente corazon!—«¡Si vos no fuéseis cristiana, repetia mil veces, con qué placer os veria unidos por eternos lazos! ¡Cuán venturosos pudiérais ser! Porque Simon, Simon, proseguia, está predestinado por el Señor para cosas muy grandes! Simon ha de salir cuando yo quiera de la mezquina atmósfera en que respira: Simon puede ser un héroe; puede anonadar á los que le rodean... Ama á Simon, hija mia, que Simon es digno de tí, y tú eres digna de un príncipe!»— Yo sin sentir iba participando del entusiasmo comunicativo de la anciana, y con ella soñaba, con ella solia delirar. Nunca, sin embargo, mi imaginacion se detenia muchos momentos apacibles en el amor del hijo de Samuel; porque la religion ofuscaba con su divina lumbre aquella idealidad brillante. Pero hace algunos dias supo Raquel que su sobrino habia abrazado de repente el cristianismo...

—¡Ah!

—«Inés, me dijo la anciana: hay un Dios que os ha criado el uno para el otro, y para cuya omnipotencia no existen obstáculos en el mundo cuando quiere hacer rodar el destino

del hombre por una pendiente. Simon es cristiano, y por mas que me aflija en saberlo, conozco que Simon debia ser cristiano; porque Simon debia ser esposo tuyo.

—¿Eso dijo? la interrumpió Gimeno, como subyugado por las palabras de una Sibila.

—Sí, eso dijo; y tomando su báculo añadió:—Vamos, vamos á decir á Samuel que mi voluntad es que su hijo sea tu esposo. Samuel tiene que callar y obedecerme, como Simon tiene que callar y obedecer á su padre.»—Era tanta la fé y autoridad de sus palabras, que no vacilamos en seguirla, mi desdichado padre y yo, mucho mas desdichada, por haberles sobrevivido.

Calló la jóven. Tan imposible es decir como adivinar lo que á la sazon pasaba en el alma de Gímeno.

Recapitulemos.

Llega al pie del castillo, y se mete entre los bandidos con la tranquilidad de la desesperacion: el nombre solo de Sancho despierta sus celos y rencores: triunfa de su rival, y cuando espera con harto fundamento, que el premio de su triunfo sea el rescate de la mujer que adora; cuando iba á sentirse la esplosion de su rabia, al ver frustradas sus esperanzas y malogrado su temerario arrojo; tropieza con una mujer que, como sino fuese bastante hermosa para fascinarle con sus encantos, le retiene irresistiblemente á su lado, y con su acento de sirena, le hace olvidar por breves instantes, hasta de aquella gentil villana por cuya salvacion arrostra tantos peligros al presente, y tantos crímenes y horrores para el porvenir.

Porque, no hay remedio: ¿qué hace el judío de Mendavia despues de la muerte de Sancho de Rota? ¿Tornar á su casa paterna con los vanos laureles de tan infrutuosa proeza? Si para arrancar á Gimena de sus raptores ha menester mas brazos que los suyos; si para vengar la indifeferencia y desprecio con que escuchó sus cuitas el conde de Lerin, necesita ser tan poderoso y temible como el conde, ¿podrá desechar esta ocasion oportuna de ponerse al frente de aquellos hombres, instrumentos los mas propios del odio y de la venganza?

No: Gimeno lo habia decidido. Era menester ir de pueblo en pueblo, de castillo en castillo, quebrantando puertas, rompiendo cerrojos, penetrando hasta en los mas recónditos y misteriosos templos del pudor; y esto solo es dado á un bandido. Era menester aterrar al conde: incendiar sus alcázares; destrozar sus pueblos; privarle de sus mas bizarros capitanes; llevar el espanto hasta las puertas mismas de su castillo, y la muerte hasta su mismo pecho; y para esto, no habiendo nacido un Pierres de Peralta, ó un Mariscal de Navarra, mortales enemigos del conde, y tan poderosos como él; para esto, el hijo del judío Samuel tenia que ser capitan de bandoleros.

En disculpa de Gimeno, pudiéramos añadir que en aquellos tiempos habia muy poca diferencia entre un señor feudal, cabeza de un bando poderoso, y un caudillo de malhechores. Ambos perpetraban los mismos crímenes, los mismos escándalos; sino que los primeros podian cometerlos impunemente sin esponerse mas que á las represalias, y los otros eran

ahorcados *in fraganti* sin esperar órden del rey ni de la justicia, segun se ha visto en el artículo del pacto de hermandad que en el anterior capítulo hemos copiado.

Gimeno, pues, revolvia en su mente todas estas ideas; pero las estrañas revelaciones de la cautiva las iban arrinconando y sustituyendo con otras mas apacibles, como la aparicion del dia vá desterrando las sombras de la noche.

Era demasiado jóven para dar por mucho tiempo abrigo á recelos y sospechas; era Inés harto hermosa, para no ser fácilmente creida. No dudando, pues, Gimeno de la verdad de sus palabras y de la sinceridad de sus afectos que se presentaban revestidos con esos mágicos adornos de lo misterioso y desconocido; ¡cuán cerca estaba de ser alucinado! ¡cuán cerca de ser vencido!

—Si amarla es tal vez una necesidad para todos, pensaba Gimeno, ¿será un deber para mí? ¿Qué dominio ejerce sobre mis padres esa Raquel, esa muger miserable, cuyo nombre jamás han pronunciado aquellos delante de mí, aunque he podido sorprenderlo á veces en sus labios? ¿Quién es esa muger cuyo corazon le dice, como el mio, que yo he nacido para grandes cosas; á quien inspiro pensamientos tan audaces como los que yo concibo?

Era imposible que Gimeno dejase de querer y estimar á una persona, cuya imágen se introducia en su alma, lisongeando los nuevos sentimientos de orgullo y de ambicion, que súbitamente se habian despertado en su pecho.

Y apreciando y queriendo á Raquel, á la

protectora de la hermosa enamorada... volvemos á nuestro tema... ¡cuán cerca estaba de amar á su protegida!

Mientras ideas tan encontradas, y opuestos sentimientos, y sensaciones contrarias, y diversos instintos, y variadas imágenes luchaban y reluchaban en el alma del capitan; Inés le contemplaba con grato asombro, no pudiendo comprender cómo sus palabras habian causado tan profunda impresion á su libertador generoso.

Capaz era Gimeno de arrebatar el corazon de la muger mas esquiva y desdeñosa, que hubiese notado la arrogante sequedad de sus palabras, la serenidad y decision de sus ademanes, su valor, su gallardía, y sobre todo el desprecio que hizo de la vida por libertar á las cautivas del capitan. Nunca se arrostra bizarramente la muerte delante de una muger sin recibir su admiracion en recompensa; pero cuando la muerte se arrostra por la muger que nos mira, la admiracion se convierte en gratitud, y la gratitud en cariño.

Nada sin embargo predispuso tanto á la jóven en favor de Gimeno, como la turbacion que sus aventuras le causaban. Aquel hombre impertérrito, de corazon de hierro, inflexible, audaz, que vino á dar muerte al capitan en medio de su pequeño ejército; aquel mismo permanecia confuso, acobardado delante de una doncella cautiva suya... ¿A qué muger no le hubiera entonces asaltado el pensamiento de completar su triunfo, de avasallar al rey de las Bárdenas, de convertir al leon de las sel-

vas en manso cordero que sigue los inciertos pasos de caprichosa zagala?

Inés tenia que luchar contra el soñado amor de su Gimeno; pero un amor fantástico debe oponer la misma resistencia á un amor real, que á la proa de un buque la bruma de los mares.

Al cabo de algunos minutos de significativo silencio, dijo el mancebo, con ánimo mas bien de escuchar una disculpa que de oir una respuesta:

—¿Y no ha contado Raquel con que podia estar apasionado el corazon de Gimeno?

—Raquel sabia que el corazon de su sobrino habia permanecido libre hasta entonces.

—Pero desde entonces, ¡ah! ¿cuántas mudanzas puede esperimentar el corazon del hombre en un mes, en un dia, en una hora?

—¿Sois vos amigo suyo? ¿Sois su confidente? repuso Inés dolorosamente herida por la primera punzada de los celos.

Como en los celos se interesa tanto el amor propio, y el amor propio es la parte del corazon humano que mas pronto se resiente; no es estraño que esta fuese la primera sensacion de la jóven.

Miró luego el capitan: le pareció que por bueno que fuese el sobrino de la judía, no podia esceder á su libertador; ó mas claro; le pareció que el Gimeno real, era superior al Gimeno ideal, y añadió al punto en tono mas humanizado:

—En efecto, creo que el corazon del hombre es susceptible de súbitas mudanzas, y creo tambien que si hay razon para argüirle por ellas,

hay razon para argüirle por todas sus afecciones· Asi, pues, no debeis vacilar en decirme, si vuestro amigo está enamorado.

—¿Qué lograriais con saberlo?

—Como ningun derecho tengo ya sobre él; como de todas maneras debo renunciar á su corazon, lograría saber que es feliz, y sabiéndolo, pudiera yo ser menos desgraciada.

—¡Qué generosa! ¡O qué indiferente! esclamó Gimeno por lo bajo, casi con celos de sí mismo.—¿Con que renunciais al amor de Gimeno? dijo este, dirigiéndose á la prisionera.

—Renuncio el deseo de buscarlo.

—¿Por qué?

—Porque es inútil.

—Entonces, ¿á dónde quereis ir en saliendo de aquí?

—El pájaro que mientras permanece en la jaula, pierde sus padres y su nido; si le abren la puerta, sale, revolotea, goza un instante de la libertad que Dios le ha dado, y vuelve á posarse en los alambres de su prision.

—Segun eso, ¿ tornariais á mi castillo? preguntó el mancebo casi con lágrimas en los ojos.

—¡Ah! ¿Quién sabe?...

—Pues, ¿no habeis dicho?...

—Pero si la jaula quedaba abandonada de su dueño, ¿qué habia de hacer el pájaro dentro de ella?

—¿Ha de faltar nunca quien cuide de vos?

—Pero si en la jaula penetrasen los milanos mientras volaba libre la avecilla , ¿cómo ha de tornar esta á su morada, sabiendo que debe ser despojo de su voracidad?

—No, no: yo ahuyentaré de aqui á los mal-

vados, que osen tocar el polvo que pisais: yo seré vuestro escudo, vuestro amparo, vuestro dueño! esclamó con tierno ahinco el capitan.

—Callad, por Dios, callad, que el ave está ya fascinada, y si la llamais con tan dulce reclamo, si la dirigis una mirada mas, tal vez podrá caer en las garras del milano.

—¡Oh! no: habeis venido á mis brazos: la providencia os ha conducido... Raquel es un oráculo... yo he nacido para grandes empresas... yo he nacido para vos...

—¿Quién sois? ¡Dios mio! ¿quién sois? gritó la jóven, con una respiracion anhelante y entre cortada: ¿Quién sois para hablar asi?

—¡Gimeno, Gimeno! Tu corazon te lo ha revelado.

—¡Gimeno! ¡Ah! es imposible tanta felicidad.

—Mírame en tu corazon... mírame aqui, y díme si no soy el mismo.

—Gimeno, repitió Inés, que vió unidos en este nombre el amor de su fantasía y el amor de su corazon.

Los dos amantes permanecieron largo tiempo unidos en estrechísimo abrazo.

Separáronse despues: Inés con la cabeza erguida, radiante de gozo: Gimeno con la frente abatida y el corazon despedazado por súbitos remordimientos.

—¡Adios, Inés! decia al descender por la pendiente escalera del castillo.

—¡Adios, Gimena! le repetia el eco de su conciencia.

Aquella noche, despues de poner en libertad á las cautivas, menos á la mas hermosa de todas,

salió el capitan con sus bandidos, y para sofocar sus negros pensamientos, incendió el alcázar del conde de Lerin, en Baigorri.

En las nubes que forma el humo sobre las llamas, creia el gefe de los foragidos ver dibujadas las seductoras formas de Gimena, que, con las manos juntas, en ademan de orar, se iba elevando poco á poco al firmamento, dirigiéndole dulces y melancólicas miradas, mas bien que de reconvencion, de resignacion y ternura.

¡Desdichado el hombre que intenta borrar las huellas de una falta, con los pasos de un crímen!

CAPITULO V.

En que el autor suspende los amoríos para tratar de cosas muy graves.

La carta del condestable don Luis de Beaumont, al conde de Pallars, debió llegar á su destino, no sin alguna posdata, acerca del rapto de doña Blanca de Navarra. Asi al menos es de suponer; por mas que los coronistas guardan sobre este y otros puntos de nuestra historia, impenetrable silencio.

Pero la carta, como todo lo que disponia el condestable, llegó en tan buena sazon á Cataluña; que celebradas ya las paces con el rey don Juan II de Aragon y de Navarra, y jurado príncipe de Gerona don Fernando su hijo, llamado despues el *Católico*; comenzaban á esparcirse rumores siniestros, sobre la prematura y arrebatada muerte del simpático Carlos, Príncipe de Viana.

Rumores eran estos, que á pesar de la inven

cible aversion con que los catalanes miraban á don Juan, y sobre todo, á su segunda y execrable esposa, madrastra de don Cárlos y doña Blanca, apenas susurraban sino como temeraria sospecha de envenenamiento y en boca de los mas atrevidos y rebeldes. Pero el conde de Pallars les fué dando cuerpo; ya soltando medias palabras y frases misteriosas; ora presentando con mucha precaucion documentos muy reservados, con el único fin de hacerlos públicos; convenciendo abiertamente á los rehácios; encogiéndose de hombros con los crédulos y exaltados; contestando á uno con una sonrisa, con un apreton de manos al otro, con una esclamacion al de mas allá, con juramentos al de acullá: en fin, hízolo tan bien y en tal manera, que al cabo de poco tiempo, el susurro se fué convirtiendo en rumor, en ruido, en grito, en estruendo, y en estampido por último de la generosa indignacion en que hervian los pechos catalanes, que estallando en el Rosellon, pasó rodando por todo el Principado, como ruedan los truenos de uno al otro confin del horizonte.

Y como si la desastrosa muerte de aquel tan querido príncipe, no fuese bastante poderosa para sostener tan impetuosas iras; todavia el conde de Pallars quiso acrecentarlas aprovechándose diestramente de la desesperacion y olvido en que yacia doña Blanca de Navarra, hácia quien volvian los ojos todos los partidarios de su hermano, sin que á ninguno le fuese dado clavar en ella sus miradas.

¿En dónde estaba la princesa? ¿Quién sabia de ella? ¿Existia por ventura? ¿La ma-

no que habia suministrado el veneno al príncipe don Cárlos, se habria secado al perpetrar este crimen? ¿Habria agotado el infeliz toda la ponzoña? ¿Nada quedaría para su hermana? Si el tener legítimos derechos al trono era todo su delito, quien heredababa sus derechos, ¿no heredaba tambien su desastroso fin? Si el plan del rey era satisfacer la ambicion desmedida de los hijos del segundo matrimonio, ¿no era una necesidad deshacerse de Blanca, como se había deshecho de Cárlos?

Estas reflexiones, por desgracia demasiado lógicas, acabaron de exaltar á los catalanes hasta el punto de creerse por todos de una manera positiva, que las almas de los príncipes hermanos vagaban todas las noches por las calles de Barcelona, arrastrando luengos sudarios, y clamando por la venganza con insensatas y profundas voces.

Hasta en el retiro del hogar doméstico, no habia nadie que no escuchase á deshora gemidos inarticulados, suspiros confusos, ayes que parecian salir del pavimento, de la estancia inmediata, y que cuando allí se acudia resonaban en la que se dejaba: no habia nadie que no viese cernerse juntas dos palomas con el cuello ensangrentado, y elevarse al firmamento desde el palacio de los antiguos condes de Barcelona dos luceeitas fosfóricas que despedian tristes y amarillentos resplandores.

Sagaz el conde de Pallars, y prevalido de la exaltacion de los ánimos, pudo reunir en pocos dias un ejército numeroso, y como la esposa misma del rey D. Juan quisiese salirle al encuentro con el príncipe D. Fernando su hijo,

situándose en Gerona; dejóse caer de improviso el conde sobre esta ciudad, asediándola con ánimo resuelto de apoderarse á todo trance de la aborrecida madrastra.

Agitábase en tanto y con igual objeto el conde de Lerin en Navarra, auxiliado por los castellanos con quienes andaba en tratos; pero D. Juan, que habia recibido una gran suma de dinero del rey de Francia, Luis el Onceno, pudo levantar tropas y encomendarlas al mando de D. Gaston de Fox, su yerno.

Este ejército tenia que atravesar las Bárdenas para ir de Navarra al Aragon, y luego á Cataluña; y en aquellas fragosas montañas pudiera muy bien encontrar no pequeñas dificultades, si á los bandidos se les antojaba situarse en un desfiladero para impedirles el paso.

No era muy temible que asi sucediese; porque los malhechores hacia mucho tiempo que mostraban mas aficion á los bienes y vida de los caballeros del bando del conde de Lerin, que á ningunos otros, y casi podia considerárseles como amigos; pero como los sitiados en Gerona pedian con tal ahinco los socorros de Navarra, era urgente acelerar el paso del ejército libertador, y prudente no esponerse á la contingencia del capricho de un capitan de bandidos, que podia ser ganado por las dádivas del condestable.

Envió, pues, sus emisarios el rey de Navarra á Gimeno, proponiéndole no perseguirle en seis meses si dejaba pasar las tropas sin oposicion alguna; y el capitan de foragidos que á los pocos dias de inútiles pesquisas y de estériles atentados para encontrar á su Gimena, se

habia cansado de escuchar en torno suyo lamentos y gemidos de víctimas de su venganza; no solo admitió gustoso las proposiciones del monarca, sino que accediendo á despojarse de la investidura de rey de aquellas selvas, se sometió á don Juan con toda su gavilla, con la única condicion de recibir los despachos de capitan de aventureros; especie de soldados trashumantes, que eran á los ladrones en aquella época lo que son hoy los corsarios á los piratas.

No es dificil de adivinar la buena acogida que encontraria semejante propuesta en el monarca; quien no solo aseguraba la neutralidad, sino que ganaba la amistad de aquel centenar de tigres, terror de aquelos bosques. Asignóles sueldo con larga mano, concediéndoles ademas todo el botin que pudiesen cojer á sus enemiges, y con estas seguridades, dió órden para que el ejército de don Gaston de Fox se moviese, internándose en los temerosos dominios de las Bárdenas.

Divulgada la noticia por los pueblos comarcanos, fue recibida con inequívocas demostraciones de júbilo; y desde entonces pasaban los bandidos por las poblaciones sometidas al partido real, sin que les precediese el terror, sin que les acompañase el crímen, sin que les siguiese la desolacion.

Gran golpe fué para el bando beamontés la sumision de los bandidos, y el conde de Lerin con maquiavélica astucia, quiso cuando menos hacerla efímera, y aun trató de enemistar para siempre al capitan de aventureros con el rey de Navarra, valiéndose del siguiente ardid.

Una partida de osados Beamonteses, disfrazados con los poco uniformes y abigarrados trages, é incompletas armaduras de los ladrones; se situó por órden suya en una de las gargantas de las Bárdenas, á la tardecilla del dia en que pasaban las tropas reales, y disparando flechas y venablos contra la retaguardia, cayó sobre ella despues de haberla puesto en confusion, para que creyendo el conde don Gaston que los bandidos faltaban á su fé, pudiese derramarse por las montañas y tomar en ellos venganza.

Salió demasiado bien este plan al Condestable. El hijo del conde de Fox, que á semejanza de su padre y de la mitad de sus ascendientes tenia Gaston por nombre; iba á la retaguardia del ejército con harto descuido, para que dejase de caer en la emboscada, y ser envuelto por los partidarios del de Lerin, si en lo mas crudo de la refriega no hubiese aparecido en su ausilio un formidable guerrero.

Mozo imberbe y novel el hijo del conde de Fox, nieto de don Juan II, iba entonces á estrenar sus armas en la primera campaña, y muy pronto se dejó acorralar al pié de una roca por cuatro beamonteses que descargaban sin piedad sobre su arnés terribles y descomunales tajos, á que solo hubiera podido resistir el fino temple de su armadura. A la primera arremetida cayó el caballo muerto á sus pies, sirviéndole de estorbo para la defensa; y aun cuando el mancebo fuese de condicion de huir, antes de lo cual hubiera perdido cien vidas; érale tambien imposible tan vergonzoso recurso, porque á sus espaldas se alzaba un peñon tan

alto como tajado. En este trance llegó el capitan de aventureros con algunos de los suyos.

Para acostumbrarse Gimeno al grave peso de la armadura, que tan incómoda le habia parecido en su primer combate, mandóse hacer una completa, de la cual, ni aun en momentos de ocio y descanso se desnudaba; y como su habitual y profunda tristeza le hiciese esquivo y uraño con sus mismos compañeros, raras veces levantaba la visera de la celada. Podia, pues, entrar en la lid sin desventaja alguna.

Indignóse el capitan de la supercheria del conde de Lerin, y deseoso de lavar la mancha que momentáneamente habia caido sobre su nombre, acometió con furia á los beamonteses, y derribando á los unos, magullando á los otros, hiriendo y espantando á los demás, se abrió paso con la punta de su lanza hasta el pie del peñon donde tan apurado se hallaba el hijo primogénito de Fox.

Conociendo los beamonteses la importancia de aquella presa, se habian amontonado en torno suyo para que no se les escapase; pero al ver sobre sí al terrible capitan de aventureros, conocido por la divisa de su escudo, y aun mas por la pujanza de su brazo; volvieron contra él sus armas, abandonando al imberbe mancebo que fatigosa y desmayadamente se defendía.

Gimeno derramaba en torno la muerte y el terror.

—¡Cobardes! gritaba á sus enemigos: ¡Traidores, que no podeis ser audaces, sino con el

disfraz de los valientes; tomad, tomad el pago de vuestra supercheria!—Vé, tú, villano, á ver si te vistes de aventurero del infierno.—Anda, tú, viejo zorro, que te conozco por el olfato.—Toma este bote, traidor, que no tienes de hombre de bien mas que el vestido.

Así Gimeno como los héroes de Homero, y como todos los guerreros que mas próximos están á la naturaleza, los cuales no comprenden esos combates sin odio, ni esas luchas acompasadas y frias, en que ahora se ven envueltos millares de hombres; Gimeno, repetimos, insultaba durante la lid á los contrarios, que al fin tuvieron que emprender la fuga, si no quedaron tendidos.

El hijo del conde de Fox, libre de todo peligro, y salvado milagrosamente por el bizarro capitan, se avalanzó á sus brazos para manifestarle el mas vivo reconocimiento; pero Gimeno, que al ver huir á los enemigos permaneció á caballo, sueltas las riendas, la lanza en tierra y la frente abatida y lánguido el cuerpo, apenas le tocó D. Gaston para estrecharle en su seno, cayó en sus brazos sin voz y sin aliento.

Corria la sangre entre la cota y la gola, y una ligera abolladura de aquella parte del arnés indicaba que por allí habia penetrado la punta de una lanza.

Tenia D. Gaston de Fox, como todos los hombres honrados de su edad, un corazon inflamable y propenso á súbitas violentas afecciones, tan estremadas en el amor como en sus odios. Sintió, pues, vivamente la desgracia de su libertador y allá en el fondo de su alma le juró

un agradecimiento y amistad de toda la vida, si es que la vida del capitan no habia terminado en holocausto de la suya propia.

El conde D. Gaston, advertido de las novedades que ocurrian detrás de sí, volvió á reunirse á la retaguardia, poco despues de terminado el combate, y su hijo le manifestó deseos ardientes de quedarse en Navarra para asistir al capitan de aventureros, su libertador, que por su causa quedaba peligrosamente herido.

No hubo remedio: tenia el mancebo una voluntad enérgica, y sobre todo un alma apasionada, y su voluntad se cumplió.

Marchó el conde á socorrer á los de Gerona, y su hijo acompañó á Gimeno que fué llevado en parihuelas al célebre monasterio de la Oliva.

El hierro de la lanza le habia atravesado la garganta: era peligrosa la herida, pero no mortal.

Cuando el capitan de aventureros abrió sus ojos á la luz, vió á su lado un jóven gallardo y simpático que con semblante afectuoso besaba sus desnudas manos. Aquel jóven era un príncipe; era el nieto de su rey, heredero presunto de la corona de Navarra, si como suponian algunos habia muerto la princesa Doña Blanca; pero, ¿no buscaban algo mas en torno del lecho hospitalario las miradas inquietas de Gimeno?

¡Ah! ¡Cuán vivo era en aquel momento el recuerdo de una muger! ¡Cuántos dolores le hacia sufrir su memoria, mucho mas punzantes que los de su herida!

¿Buscaban sus ojos á Inés por ventura?

No; el corazon de Gimeno no fué de Inés mas que un solo dia, una hora, algunos instantes. El corazon de Gimeno fué de Inés los instantes que la paloma es del ave de rapiña que sabe fascinarla; despues, ó la paloma ha perecido, ó se esconde en su nido y aborrece al ave que la tuvo azorada con sus ojos. Inés fué dueña del corazon de Gimeno, como el magnetizador es dueño de las sensaciones de la magnetizada: desvanézcase el fluido de comunicacion, y ya entre aquellos dos seres no existe relacion alguna.

Gimena, si, Gimena, la princesa de Viana, Doña Blanca de Navarra, esa muger infeliz de quien se iba alejando mas y mas por sus compromisos, por sus relaciones, por sus amistades, y de quien cuanto mas se alejaba, mas enamorado estaba; esa era la que los ojos del capitan anhelaban ver, cuando tornó la vida á su semblante, por tanto tiempo interrumpida.

Pero el aventurero habia ahuyentado de sí á la desdichada Ines con su brusca indiferencia, habia espantado el pájaro de la jaula; y el destino parece que tenia empeño en desviarle de la princesa cuanto mas le impulsaba á quererla.

Pero hemos prometido no entretenernos en este capítulo con amorios, y no queremos seguir quebrantando nuestra promesa. Repetiremos, sin embargo, para concluir las palabras del manuscrito del fraile de Irache, que al esplicar este como otros puntos históricos, persiste siempre en su teoría de los encantamentos.

«... Cosa de brujería, dice, paréscenos »aquesta aficion descomunal; magüer non sea

»nuestro fablar de tan terrenales accidentes;
»por ende abastarnos debe sentar que Ximeno
»hovo menester de hechizos para adamar tanto
»á la hermosa villana.»

CAPITULO VI.

Del encuentro que tuvo el capitan de aventureros con una religiosa de San Benito.

Por una senda estrecha y escabrosa de la falda del norte de los Pirineos, y con menos presteza de la que deseáran, dos caballeros se dirigian una tarde del invierno de 1463 desde el interior de Navarra á la capital del señorío de Bearne.

Cabalgaba el primero en un corcel de asaz impetuosos brios, que mal su grado tenia que reprimir por la escabrosidad del camino, abierto las mas veces en peña viva, otras surcado por cauces desamparados de antiguos torrentes, y embarazado las restantes por robustos troncos de corpulentas hayas y altaneros pinos, aterrados por los huracanes.

Iba armado de punta en blanco, puesta la lanza en la cuja y sujeta al brazo derecho con una correa, mientras que el izquierdo embrazaba una rodela de templado acero, en la cual

estaba pintado un sabueso con el hocico cerca del suelo y en ademan de seguir la pista, con estas palabras por orla: «*Hasta que la encuentre.*»

Montaba el segundo un jaco alazan que sin duda por la inveterada costumbre de andar por las montañas, y con una impavidez y serenidad que solo dan los muchos años, suelto y ligero como una cabra, saltaba de peñasco en peñasco y de precipicio en precipicio. Era su dueño un hombron de unos cuarenta años, robusto y colorado, con áspera y cerdosa barba negra, ojos negros igualmente, pero alegres y pequeños: llevaba capacete de hierro, escudo y coraza de cuero, y una espada descomunal que para hacerla tan grande como él faltó al artífice haberla estirado media vara.

Despues de andar largo trecho ocioso el acicate y tirante la rienda para sostener á los caballos que á cada paso hacian genuflexiones, llegando muchas veces á besar el suelo; quisieron picar un poco los caminantes en una llanura á cosa de una legua de Orthés, cuando de repente tiró el primero las riendas á su troton, y levantando la visera, dijo volviendo el rostro á su compañero, que siempre se mantenia á respetuosa distancia:

—¡Marin!

Marin saboreaba á la sazon el dulce nectar de una horonda bota que traia colgada ordinariamente del arzon, y que con harta frecuencia solia descolgar para estampar en ella sus ardientes labios. Tuvo, pues, que suspender sus caricias, en medio de su mayor embeleso.

—¡Chafarote! tornó á gritar el delantero con impaciencia.

—¡Señor!

—¿Qué es eso? ¿te quedas atrás?

—¡Cá! respondió tornando á colgar la bota, el buen Marin, llamado sin duda Chafarote por antitesis; no señor, sino que no puedo seguir. Este babieca, que Dios maldiga, solo sirve para trepar por las rocas; pero en saliendo á lo llano no tiene sentido.

—Oye, Marin, ¿no sientes hácia el camino de San Juan de Pie de Puerto ruido de cascabeles, y pisadas de caballerías?

—Vuesa mercad debe de tener los cascabeles en la cabeza; porque lo que es yo, no oigo una palabra.

—Sin embargo, téngalos, ó no los tenga, repuso el caballero, que sin duda estaba acostumbrado á las chanzas de Marin, yo las siento cada vez mas clara y distintamente; y es preciso averiguar de dónde procede un ruido tan estraño.

—¡Señor, señor! vuesa merced tiene razon; esas deben ser acémilas que irán cargadas con tesoros para el rey de Francia, que diz que está entre San Juan de Luz y Fuenterrabía haciendo las paces. ¡Ay señor! famosa ocasion era esta, si estuviésemos en los pinares de las Bárdenas, para echar el guante á esos regalos, por via de merienda.

Apenas tuvo tiempo el buen Chafarote de acabar esta última frase; porque el caballero, echando atrás el brazo derecho, sacándole de la correa, y dando media vuelta á la lanza, fué á descargar con el cuento tan tremendo gol-

pe en las espaldas de su escudero, que si este no acierta á poner delante el escudo sin duda que no vuelve á mimar á su querida bota.

—¡Miserable! esclamó el caballero con el trémulo acento de la cólera, ¿aun no habeis llegado á comprender tú y tus compañeros que ya no estais á las órdenes de un bandido, sino á sueldo de un capitan del rey?

Chafarote escondió la cabeza entre los hombros; se encorbó sobre el arzon delantero; encogió las piernas, y hubiera deseado en aquel momento reducirse á la mas mínima espresion.

Conociendo la condicion iracunda y génio pronto del caballero, se guardó muy bien de replicarle; pero escuchándose mas de cerca el sonido de las campanillas, y el trote de las cabulgaduras, le dijo con voz humilde y ademan contrito:

—Señor, ¿quiére vuesa merced que me adelante un poco á ver si es alguna partida de rebeldes beamonteses, que han jurado hacernos tajadas si caemos en sus manos?

—No: hagamos alto en esta llanura, donde seria mengua tomar otras precauciones que las de enristrar lanzas: si son enemigos, no los llevaremos à la espalda, y si amigos, es regular que lleven el mismo camino que nosotros.

—Señor, ¿y puede saberse qué camino es el nuestro? Porque yo, maldito si entiendo lo que me pasa, desde que dejé de pertenecer al gremio de los ladrones, para entrar á servir de escudero á su merced.

—¿Echas de menos aquella vida?

—¡Ay, señor! respondió Chafarote con un suspiro lastimero: confieso que le tengo mi cierta inclinacion. Beber y robar son mis...

—¡Chafarote!

—Basta, señor, no volvamos á las andadas: me contentaré con dedicar á lo primero toda la aficion que profesaba á lo segundo.

—¿Cuándo habias de tener la honra de hacer un viaje como el que ahora llevamos, siguiendo en la tormentosa profesion de bandido?

—¡El viaje, el viaje! Señor, este es mi tema: ¿á dónde vamos?

—A Orthes.

—¿A la boda quizás? preguntó el escudero con ironia.

—No te sonrias, insolente: á la boda vamos.

—¿A la boda del príncipe?

—Sí, hombre, sí: ¿Serás capaz de dudarlo?

—No, no, señor; se apresuró á responder Chafarote, yo no dudo jamás de lo que dice su merced, y sobre todo, cuando trae al brazo un lanzon que llega á todas partes. Pero, entendámonos: ¿vamos convidados?

—Convidados, hombre; convidados, por los mismos condes de Fox y príncipes del Bearne, hijos del rey don Juan, que me han mandado un atento mensage para que no deje de asistir á los desposorios de su primogénito don Gaston de Fox, con madama Magdalena de Francia, hermana del rey don Luis el Onceno.

—Confieso, señor, repuso aturdido Chafarote, que á no ser para dar un limpion á la vagilla, jamás se me hubiera ocurrido presenciar antiguamente tan altos festejos. ¡Cuerpo de mi abuela, y como voy á sacar la tripa de mal año

Pero ¿cómo esos señores se acuerdan de mí, sino es para ahorcarme? añadió Marin, haciendo de un plural un singular, sin duda por respeto á su señor, por temor á su lanza.

—El novio D. Gaston de Fox es mi mejor, mi único amigo, y siendo príncipe tan real y tan esclarecido, no se desdeña de tenerme á su lado. Pero déjate de preguntas y mira el peloton de gente que asoma allá por donde el sol se está poniendo.

Marin volvió en efecto la cabeza al occidente, y en el alto de una vecina loma vió cuatro caballeros armados tambien de punta en blanco y en medio de ellos una litera conducida por dos arrogantes mulas, cuyas cabezadas estaban llenas de campanillas y cascabeles, y coronadas de airosos gallardetes con cintas y perifollos de estambre de mil colores. Al lado de las cabalgaduras iban tambien dos fornidos villanos del pais.

Podia dudarse si aquellos caballeros eran guardia de honor de la persona que iria quizás encerrada en la litera, ó desalmados malandrines que mal su grado la llevaban cautiva.

Esta duda debia muy pronto aclararse; porque uno de la escolta se adelantó un buen trecho al advertir el ademan resuelto del caballero de la divisa y de su escudero, los cuales enristraron lanzas.

No estaria aquella tierra en muy holgada y pacífica situacion, cuando para ir á festejos de bodas, tomaban nuestros caminantes tanta precaucion de armas ofensivas y defensivas, y tan en guardia esperaban la aproximacion de seres humanos.

En efecto, confiado el rey D. Juan, no sabemos si en sus propios recursos, ó en su buena fortuna, no se aturdió cuando en todos sus vastos dominios brotaron simultáneamente terribles y numerosos enemigos: su yerno, el conde D. Gaston, ayudado de los principales caballeros de la faccion agramontesa, mosen Pierres de Peralta, su amigo Sancho de Erviti, Sancho Londoño y Beltran de Armendariz, obligó al conde de Pallars á levantar el cerco de Gerona, donde en tan terrible aprieto se vieron la reina y su hijo D. Fernando; pero los catalanes, que no desmayaron con esta, ni con otra posterior derrota, declararon al rey de Aragon y de Navarra traidor y enemigo de su patria; y como fuese desconocida no solo la morada sino la existencia de Doña Blanca, legítima poseedora de todos los derechos de su padre, á falta suya fueron á ofrecer los tres estados del Principado de Cataluña al rey de Castilla, en odio al monarca D. Juan, que se titulaba conde de Barcelona.

Algunos comentarios podíamos hacer acerca de este hecho notable de nuestra historia, si fuésemos á examinarlo bajo el punto de vista constitucional; pero dejándolos para ocasion mas oportuna, diremos únicamente que el rey de Castilla admitió primero las proposiciones de los catalanes, y que despues, pareciéndole cosa de sueño, segun dice la crónica, respondió que solo queria ser medianero de una buena paz, si dejaban sus diferencias con el monarca aragonés al arbitrio del rey de Francia Luis el Onceno, que tenia en ciernes el pro-

yecto de casar á su hermana Magdalena con el heredero presunto del trono de Pamplona.

Accedieron incautamente los catalanes á la propuesta, no sabiendo que era entregarse, como un rebaño de corderos á la custodia y decision del lobo, y mientras se publicaba la sentencia del árbitro, depusieron lealmente las armas.

No lo hicieron asi los beamonteses de Navarra. El conde de Lerin, su caudillo, era harto avisado y astuto para dejarse engañar tan fácilmente por las apariencias de imparcialidad y de justicia; y aunque solo, y desamparado de sus amigos de Cataluña: seguia en Navarra una guerra, sino tan ostentosa y formal como en el Principado, de mas ventajas al menos para las escasas fuerzas con que contaba, despues de la desmembracion que hizo para auxiliar al conde de Pallars.

Hé aquí, pues, esplicados los justos motivos de recelo y desconfianza que asistian á nuestros caminantes, para precaberse contra las guerrillas del bando enemigo, que pululaban en todo el reino y sus fronteras.

—¿Quién va allá? gritó con bronca voz el caballero viniente, á los espectantes.

—Navarra por Agramont, le contestó otra voz no menos robusta, pero mas sonora.

—¡Oh! somos amigos, repuso el de la escolta. Y si la fama de vuestra gallardía y la divisa de vuestro escudo no miente; sois el capitan de aventureros mas valiente que ha conocido Navarra.

—El capitan de las Bárdenas, contestó Gimeno modestamente.

—Mi nombre es Sancho de Erviti; repuso el recien llegado, alzando la visera.

—¡Sancho!

—Sí, ¿os choca ese nombre?

—No lo niego.

—¿Quizá supondríais que andaba... allá... por las montañas de Cataluña? Pues amigo, las treguas me han arrojado de allí.... yo me pudro donde no hay guerra.

—¡Sancho!... ¿Sancho... de qué? repuso Gimeno, como preocupado por una idea.

—¡Sancho de Erviti! ¡Qué diablos! No parece sino que os coje de nuevas el nombre de un infanzon de Navarra, dijo el caballero un tanto picado de que su ilustre fama no hubiese llegado á oidos del capitan.

—¡Sancho!... repitió este, no sé por qué tengo tanta predileccion hácia este nombre.

—¡Voto al diablo! ¡Pues hartos Sanchos hay en el mundo!

—Muchos mas habia, replicó Gimeno con estraña sonrisa; muchos mas habia antes de haber empuñado yo mi lanza.

—¡Ola! ¿con que tantos habeis despachado al otro mundo? ¡voto al chápiro!

—¡Oh! ¡bastantes!... ¿Y quién sabe si todos ellos sin merecerlo?

—Pues hombre, que no os de conmigo tan estraña mania.

—¡Con vos! ¿Y por qué?

—Andemos, si os parece, dijo el caballero desentendiéndose de la pregunta, al ver que los de la litera se acercaban demasiado.

—¿A dónde vais?

—Por ahí adelante.

—El mismo camino llevo yo, respondió Gimeno. ¿Y os deteneis...?

—En cualquier parte.

—Como yo... justamente.

—Con que... andemos, dijo Sancho. con visibles muestras de impaciente, y aun de contrariado por aquel encuentro,

—Vamos. ¿Pero á quién diantres llevais en esa litera?

—A nadie... ¡A un arzobispo! añadió luego de repente, y con mucho misterio Sancho de Erviti.

—¡Pesia mi alma! ¡Y decis que es nadie un arzobispo!

—Pues tan arzobispo es como el de Tarragona, replicó Sancho, esforzándose en sostener lo que nadie le contradecia.

—Yo lo creo. Pero, deteneos: ¿sabeis que oigo unos suspiros que me traspasan el corazon?

—¡Aprensiones! Vamos corriendo: hace un frio de mil diablos, y la noche se viene encima.

—¡Qué diantre! ¿Sabeis que vuestro arzobispo suspira como una monja?

Sancho perdió el color, y para disimular sin duda su turbacion, bajó la visera diciendo:

—¡Arzobispo es, voto á mi alma!

—Asi os parece, repuso con calma Gimeno; ¿Pero no es fácil que os hayan dado gato por liebre? ¿No es posible que lo que vos creis un venerable prelado, no sea ni siquiera un triste monaguillo?

—Señor capitan, esclamó el caballero; yo sostengo mi palabra; porque sería la primera vez que Sancho de Erviti dejase de tener razon contra el mundo entero.

En esto se oyó una voz femenil que con lastimoso acento, capaz de conmover las peñas, salia de la litera, diciendo:

—¡Ay mísera de mí!

—¿Sabeis don Sancho, advirtió el aventurero, que estaba por rogar á vuestro arzobispo que saliese á bendecír estos lugares?

—¿Por qué?

—Porque se me figura que por aqui debe andar un alma en pena.

—Terco sois, señor capitan; pero habeis dado con la horma de vuestro zapato.

—En efecto, señor infanzon, repuso Gimeno con un tono de Furia que se reprime; para llamaros Sancho, veo que disputais demasiado.

—¿Qué quereis decir?—Pero... andemos.

—Andemos ahora, todo lo que os plazca.

—¿Deciais?..

—Decia que me agrada haber tropezado con un *Sancho que disputa mucho.*

—Es mi genio; y como no puedo vencerme, he hecho gala de este defecto: mirad, mirad el mote de mi escudo.

—¿Qué quiere decir?

—¿No sabeis leer?

—No.

—Yo tampoco; pero sé, porque todos los clérigos me lo dicen... que aqui se lee: QUE SI: QUE NO; lo cual indica, que cuando los demás afirman una cosa, yo la niego; y cuando los otros niegan, yo afirmo.

—¿Sabeis, caballero, que he malgastado mis brios con muchos Sanchos en este mundo, buscando un Sancho parecido á vos?

—¿Y eso ¿qué significa? dijo Erviti, tirando de la brida á su caballo.

—Andemos, andemos; ahora me toca á mí meteros prisa.

—Pero ese tono... esas palabras...

—Adelante. Quiero que satisfagais una de mis dudas. ¿Cuándo vais á cometer cualquier fechoria.... asi.... de caballeros cuándo vais á robar doncellas... á Mendavia, por egemplo?...

—¡Cielos!

—¿Llevais ese escudo, ó preferís disfrazaros con la armadura de vuestro escudero?

—Señor capitan, veo que lo sabeis todo, y en nombre del rey...

—Señor infanzon, gritó el capitan con la voz del torrente que rompe un dique y se precipita en satarata, lo que ignoro, lo adivino, y en nombre de Dios os pido me digais qué habeis hecho de Gimena, la villana de Mendavia, ó sois conmigo en singular batalla.

—¡Paso, paso ahora en nombre del rey! que mañana juro venir á este sitio á castigar vuestra insolencia, le respondió con furia el infanzon.

—Sancho de Erviti, mirad mi escudo: HASTA QUÉ LA ENCUÉNTRE! mi corazon me dice que ya la encontré.

Volvió riendas súbitamente el capitan, y dando un espolazo al caballo, partió á escape hasta la litera.

—¡Caballero, doleos de mí! esclamó dentro una voz confundida por los sollozos.

Sancho habia seguido á Gimeno.

—¡Adelante, adelante! gritó el bidalgo picando con la punta de su lanza á las cabalgaduras.

Pero el capitan se habia puesto en medio del

camino con la lanza en ristre, y con firme acento, y ánimo decidido, le dijo:

—¿Quién es esa señora que llevais cautiva?

—Os empeñais en saberlo, ¿no es verdad? contestó D. Sancho.

—Sí.

—Es decir, señor capitan, que quereis que os lo declare por fuerza.

—Os digo que sí, replicó impaciente el caudillo de aventureros.

—Pues bien, señor capitan de ladrones; visto el empeño que formais, os digo que no.

—No dais un paso adelante si no la dejais libre, cualquiera que ella sea.

—¿Cómo pensais impedírmelo, miserable bandido? repuso Sancho de Erviti, arremetiendo furioso al caballero que le recibió con gentil denuedo.

Travóse entonces un desigual y sangriento combate. Chafarote desnudando su formidable espada, se puso al lado de su señor, que entretenido con Sancho de Erviti y su page, sin duda hubiera sido envelto entre los cuatro de la escolta sin este auxilio. Al primer encuentro saltaron hechas astillas las lanzas de los dos caballeros que habian tropezado en las rodelas; echaron luego simultáneamente mano á las espadas y tan tremendos y repetidos tajos se sacudian, que formaban un espantoso estruendo sobre las armaduras; como los mazos que en las fraguas aplastan el hierro sobre el yunque. Saltó por fin de un mandoble el casco de don Sancho, y otro mandoble dirigido á la cabeza, pero que por fortuna se desvió sobre el hombro, hízole oscilar sobre la silla y caer luego

en tierra con un fragor tan tremendo, como el de un roble de cien siglos derribado por el rayo. El caballo del capitan dobló entonces las rodillas, y derramando un rio de sangre por la cabeza cerró para siempre los ojos enclavados tristemente en su ginete.

Tendió este la vista y vió en torno suyo tres guerreros tendidos en el suelo, Sancho y uno de los escuderos de su comitiva, y el desdichado Marin, cuyo ausilio le hubiera sido tan eficaz. La litera, los villanos y dos ginetes habian continuado su marcha, huyendo sin duda de aquel encuentro.

El capitan no tuvo tiempo siquiera para cerrar los ojos á su escudero y montando en el caballo de Sancho de Erviti, hundió las espuelas en sus hijares y á los pocos minutos alcanzó á la litera.

Los dos escuderos que habian sobrevivido al combate, y que tal vez por órden de su señor seguian escoltándola, apresurando la marcha de las cabalgaduras; huyeron despavoridos apenas vieron de cerca al formidable capitan de aventureros, el cual echando pié á tierra, teniendo en la mano las bridas del caballo con sobresalto empuñó la aldava de la puertecilla de la litera. El corazon le palpitaba con violencia: tenia cierta esperanza de ver á su Gimena.

Abrió por fin, y la que estaba dentro era una religiosa de la orden de San Benito.

—Señora, la dijo el caballero con respetuoso pero tristísimo acento, sois libre: decidme ahora á donde quereis que os lleve, y hasta poneros en salvo os iré acompañando al cabo del mundo.

La religiosa, cubierta con el sagrado velo, no le respondió.

—Señora, volvió á decir, no tengais pavor: soy yo, soy vuestro libertador.

Siempre el mismo silencio.

Reparando entonces el capitan en su inmovilidad y en la estremada palidez de sus manos, se determinó á levantar el velo para ver si estaba desmayada. Ejecutó al principio esta operacion con sobrada timidez, pero viendo que nadie se lo impedia, echó de un golpe el lienzo á las espaldas de la desmayada religiosa.

Un estremecimiento general paralizó la lengua de Gimeno. Llevó inmediatamente la mano á la visera para levantarla, creyendo sin duda que sus calados hierros, ofuscando sus miradas, no le dejaban ver la realidad; se restregó los ojos como si despertase de un sueño, el pecho le temblaba bajo la coraza de yerro, los latidos de su corazon eran violentos.

—¡Es ella; no hay duda: es ella! esclamó el capitan con trémulo y profundo acento, y luego lanzando un grito de gozo inefable:

—¡Gimena! repitió, ¡Gimena mia!

El eco de su voz era tan fuerte, vibrador y penetrante, que no pudo menos de llegar al corazon de la princesa, la cual abriendo poco á poco sus párpados, mirando con asombro á su alrededor, clavó sus atónitas miradas en el semblante del mancebo que la contemplaba en dulcísimo arrobamiento de alegría, y prorumpió tambien en entrecortadas voces:

—¡Ah!... ¿Qué es esto?... ¿Dónde estoy?.... ¡El... sí... él... es!... ¡Gimeno! ¡Gimeno! y se arrojó en sus brazos.

CAPITULO VII.

Que está entre el sesto y el octavo, y no sirve para otra cosa.

Aqui esperábamos nosotros hallar en la crónica una florida, menuda, y atildada descripcion de los afectos que debieron sentir los dos amantes despues de tan larga ausencia, crueles incertidumbres, y mortal silencio: pero nos encontramos con que los historiadores, ya por desidia, ya por ignorancia, se contentan con decirnos lisa y llanamente, que no saben cómo esplicar el cúmulo de sentimientos y de ideas que debieron asaltar al corazon y á la mente de los susodichos enamorados. Los coronistas lo dejan al buen juicio de sus lectores, y vive Dios, que estábamos medrados si otro tanto hubiesen hecho con el resto de la obra.

Nota sin embargo un historiógrafo, que el recuerdo de la primera y única falta d capitan de aventureros, en dejarse alucinar momen-

táneamente por Inés, le turbaba un tanto el gozo presente, y daba á su fisonomía un aire menos satisfecho, menos jovial y comunicativo que al de la princesa, paloma inmaculada que podia ostentar el alma, pura como los ampos de la nieve.

Lo malo es, que el referido cronicon toma pié con este motivo, para moralizar pesadamente acerca de lo bueno que es ser siempre bueno; como si el autor, por santo que fuese, puesto en el caso que el capitan de aventureros no hubiera... Pero sigamos el cuento; pues se nos antoja que los lectores han de tener mas gusto en oir hablar á los dos amantes, que á todos los coronistas del mundo.

El capitan fué el primero en volver de aquel estático silencio.

—Pero, ¿qué es eso, Gimena? ¿Tú con hábito de religiosa? Por ventura, ¿te habré arrancado de un cautiverio para conocer que vives en otro mayor?

Blanca, en vez de contestar á esta pregunta, no menos admirada que su libertador, le dirigió la siguiente:

—Y tú, Gimeno, ¿qué cámbio tan estraño has sufrido? ¡Si no acierto á dar crédito á lo que ven mis ojos! ¡si parece imposible que el valeroso guerrero que acaba de libertarme de doble número de contrarios, sea el tímido mancebo que me acompañaba en mi cabaña de Mendavia!

—Tan imposible por lo menos como que tú, sencilla labradora, huesped de las riberas del Ebro, vengas escoltada por cuatro caballeros y

en una litera, que no la tienen mejor nuestros monarcas. ¿Qué transformacion es esta?

—Parece, Gimeno, parece en efecto que estamos aun bajo la influencia de un sueño del que nunca quisiera despertar. ¡Yo libre de mis perseguidores, yo dueña de mí misma, de mis palabras; de mis acciones, yo puesta en salvo por un hombre que me quiere por lo que á sus ojos aparezco, y no por lo que me han dado los demás..!

—Sí, la interrumpió el capitan, cargándose su frente con aquella triste nube de sus recuerdos, la única que empañaba tan sereno y esplendente cielo de felicidad: sí, lo has conocido al fin: yo te amo y te amé desde el primer instante en que te vieron mis ojos. Este amor, como si fuese un rayo celestial, iluminó mi entendimiento, abrió á la fé los ojos de mi alma, y para identificarme contigo, quise que nuestras oraciones fuesen dirigidas á un mismo Dios, y que si no podíamos unirnos en la tierra, al menos en el cielo tuviésemos una misma morada. Cuando por una ventura, tan estraña como increible, desapareciste de mis ojos, en el momento mismo en que acababa de librarte de una muerte desastrosa; faltó á mis ojos la luz, faltó la vida á mi corazon, faltó á mi alma la ventura y el reposo. Entonces esperimenté un trastorno, una mudanza súbita en todo mi ser: me sentí audaz y valiente; resolví buscarte por todas partes, arrebatar á tus raptores la presa de entre sus garras, ¡ay! pero no creí que despues de dos años de afanes y de lides, volveria á verte

cubierta de un velo, de un escudo impenetrable para mi dicha!

La princesa se sonrió tristemente al escuchar estas últimas palabras. Es verdad que ceñía su frente con el sagrado velo de las vírgenes del Señor, pero este obstáculo era quizá el menor que se oponia entre la heredera, ó legítima dueña, por mejor decir, del trono de Navarra, y el hijo de Samuel, judío de Mendavia.

Tal era, sin embargo, la dulce melancolía y la ardiente pasion que rebosaban las miradas de Gimeno; tan poco acostumbrada se hallaba doña Blanca al sincero lenguaje del afecto y del cariño: que embriagada como á pesar suyo, en aquel perfume deleitoso, y en los mágicos acentos del capitan, no tuvo valor para dejarle en el error de que el hábito que traia, encadenaba su corazon; ni menos aun para revelarle la elevacion de su cuna, el abismo que les separaba; para pronunciar, en fin, una palabra que hubiera confundido por siempre, y anonadado á Gimeno.

Con trémula voz y semblante ruboroso, despues de un momento de pausa, dijo á su libertador:

—Gimeno, el hábito que llevo me ha sido impuesto por la fuerza... soy libre, gracias á tu valor... enteramente libre; mis labios no han pronunciado otros votos que por la ventura de mis amigos y contrarios.

—¡Oh! ¡basta, basta! respondió el capitan, que al arrullo de aquella voz habia adormecido la de su conciencia: yo no puedo aspirar á tus amores: el empeño que manifiestan tus

enemigos en perseguirte, el aparato de que te veo rodeada, el mismo porte distinguido con que apareces á mis ojos como una reina; todo eso me hace comprender que no eres tú lo que aparentabas ser en Mendavia. Mozo entonces sin esperiencia, privado hasta de la facultad de pensar, porque mi alma toda solo estaba ocupada en sentir; durante estos dos años he reflexionado mucho, porque he padecido mas. Tú debes ser cuando menos hija de algun hidalgo y bien nacida, porque los caballeros te escoltan y se dignan descender hasta robarte: es imposible que puedas abrigar amor alguno hácia el hijo de un judío, que no sabe si en este momento está cometiendo un desacato hablándote como allá, bajo el emparrado de tu choza, como á la gentil villana de Mendavia.

—¡No, no; prosigue, esclamó la princesa, como árrastrada á pesar suyo por el grato murmullo de aquella voz encantadora; trátame como á tu igual: una vez te debo la vida, y otra mi libertad.... la nobleza de tu alma suple con creces la que pueda faltarte por tu cuna!

—Pues bien, repuso el caballero como alentado con una vaga esperanza; tal vez como he dicho, seas hija de un hidalgo, ó quizá de un infanzon; en cuyo caso, yo, pobre reptil que me arrastro por el suelo que pisas, no tendré mas contento que el de seguir á tu lado, como un perro tras de su amo y dar la vida por defenderte; pero á lo menos podré levantar hasta tí mis ojos, podré pensar en tí sin que sea ofensa para el Señor, como lo fuera estando tú consagrada á su servicio. Ahora, dime á donde

quieres que te conduzca, porque la noche se aproxíma y es preciso pensar en retirarnos.

—Pero, ¿en qué pais estamos? ¿A dónde me llevaban?

—Pues qué, ¿lo ignoras? respondió con asombro el capitan.

—Anoche me sacaron del convento de San Juan de Pié de Puerto, con anuencia de la abadesa, cuatro caballeros cubiertos de hierro de los pies á la cabeza, y encerrándome en esta litera, tratándome con respeto, pero con increible severidad, sin detenernos nunca en pueblo alguno, y solo sí en el campo el tiempo preciso para que comiésemos nosotros y las cabalgaduras; me han traido por un pais montañoso, sin que mis lágrimas ni mis súplicas pudiesen ablandar el empedernido corazon de mis raptores: ni una sola vez han levantado delante de mí la visera de su casco, ni una sola palabra han respondido á mis reiteradas súplicas.

—¡Es cosa singular lo que te sucede! pero es necesario que no nos detengamos aqui por mas tiempo. El sol acaba de ponerse y debemos buscar albergue donde pasar la noche. Afortunadamente no lejos de aqui tengo un amigo en cuyo castillo podrás permanecer segura: entonces me contarás tus aventuras, y me reservo tambien para la noche el referirte las mias.

—Entre tanto, respondió la princesa, yo meditaré el partido que me conviene seguir en esta ocasion.

Y entre ufano y melancólico, despues de dirigir á la princesa una ardiente mirada, cerró

el capitan de aventureros la puerta de la litera, y dijo á los villanos que la acompañaban:

—¡Adelante, muchachos! antes que cierre la noche es preciso que lleguemos à Orthes.

Los dos villanos se le quedaron mirando con aire entre socarron y estúpido.

—¡A Orthes! todo el camino adelante, ¿no lo habeis entendido ?repitió el caballero.

—¡Sí, señor! lo hemos entendido perfectamente, respondieron los conductores.

Y encogiéndose de hombros con una sonrisa brutal, árrearon las mulas y se dijeron el uno al otro:

— Caramba, Juancho, para esto, maldita la necesidad que tenia de haber despachado dos hombres al otro barrio!

—El diablo que entienda á esos caballerotes, Francho amigo!

Y mirando de reojo, tan pronto á la litera como al capitan, continuaron su camino.

El capitan de aventureros, radiante de júbilo y embebecido en sus amorosos pensamientos, no advirtió la sonrisa maligna de los villanos.

CAPITULO VIII.

En que se refieren sucesos antiguos que aunque parezcan impertinentes, atañen á nuestra historia.

En medio de la oscuridad de la noche, templada por los serenos rayos de la luna, ocultos á veces tras de ligeras ráfagas que surcaban el espacio, alzábase el castillo de Orthes, perteneciente á los condes de Fox y príncipes de Bearne, despidiendo por los pintados vidrios de sus afiligranadas ventanas, nubes de fulgor y de aromas, que parecian envolverle en cambiantes auréolas.

De cuando en cuando brotaban tambien raudales de tumultuosa y plácida armonía, de voces y risotadas, bríndis y estallidos de vasos y botellas, estruendo y algazara, confusos, indistintos, fantásticos, casi diabólicos, y el alcazar todo parecia temblar bajo las cadenciosas plantas de numerosos danzadores.

Henchido estaba el venturoso castillo de la flor y nata de los gentiles-hombres y caballeros de Francia, de los ricos-homes, grandes maestres, infanzones é hidalgos de Aragon, de Castilla y de Navarra, y ostentaban los españoles sus anchas y magestuosas túnicas bizantinas de riquísimo paño de seda, y brocado de oro, guarnecidas con blancas pieles discretamente adobadas, con que solian en ocasiones solemnes honrarse y honrar á sus elevados huéspedes; mientras que los franceses, no sin cierto linage de envidia que ha dejado escrupulosamente consignada la historia, llevaban el traje corto, que tan comun se iba haciendo en aquella época, aunque sin los brillantes y variados colores, con que los caballeros de otras naciones solian engalanarse.

Era debida tan brillante y magnífica concurrencia, no solo á la elevada cuna de los novios; sino á la circunstancia de hallarse en la frontera el rey de Francia, y los embajadores de tres reinos, para la celebracion de las paces entre Navarra, Cataluña y Castilla.

Todos á la sazon estaban amigablemente confundidos en el desórden con que siempre terminan las fiestas mas bien preparadas, en torno de mesas espaciosas, donde se veian esparcidas anchas y labradas copas de plata y oro, frascos enormes de vidrio, cubiertos con doble tegido de esparto y restos de viandas y platos, que habian sobrevivido á la espantosa catástrofe, en que perecieron las aves mas sustanciosas que pueblan los Pirineos, las reses mas pingües de sus valles, los mas esquisitos pescados de las sombrías olas del Occéano, y hasta

las delicadas truchas de las cristalinas aguas del Gabe.

El prolongado salon, teatro de las famosas hazañas de aquellos nobles caballeros, tan dispuestos y poderosos para acabar con interminables y compactas hileras de frascos de Peralta, Burdeos y Champaña, como para derrotar las descreidas turbas de los moros de Granada; el salon, repetimos, colgado de rica tapicería veneciana y adornado con los retratos de los condes de Fox y de Bearne, demostraba ya el refinamiento á que la arquitectura gótica habia llegado en aquella época, por el esquisito y menudo trabajo de la magnífica techumbre que, dorada por los mas diestros artífices, parecia una áscua inmensa al rojo resplandor de las bujías.

Todos los silloues tenian en su respaldo recamadas las armas de los príncipes, compuestas de toros y roeles.

Entre los caballeros franceses, figuraban en primer término el duque de Borbon y messire Juan de Rohan: al frente de los caballeros navarros el inflexible y duro mosen Pierres de Peralta, y el marqués de Córtes; y entre los castellanos sobresalia por su arrogancia y apostura D. Ruy Diaz de Mendoza.

Pocas damas habia en la desordenada estancia, que pudieran contener la ruda franqueza que reinaba entre aquellos señores: los ecos de dulces y lejanos instrumentos llegaban de cuando en cuando á sus oidos, atrayéndolas como un reclamo hasta los salones de baile. Pero fuese por distraccion, por indiferencia, ó por curiosidad, lo cierto es que una joven, dama

de la condesa de Fox, permanecia en pié delante de una ventana abierta para templar el escesivo calor del aposento, dirigiendo vagas y melancólicas miradas al astro de la noche.

Notablemente contrastaba la palidez y profunda tristeza de su rostro, su ademan reflexivo, y su actitud inmóvil, con el bullicio, movimiento, franqueza y alegría de los demas; mas por fortuna suya nadie reparaba en aquella estatua de marfil antiguo, que parecia labrada por Fidias para apoyar su brazo en la cornisa de un sepulcro.

Hemos advertido ya la mezquina rivalidad *fashionable* que reinaba en punto á trajes entre los caballeros españoles y franceses: estos en particular, dando sobrada importancia al lujo de los castellanos, no desechaban ocasion oportuna para zaherirlos y mortificarlos. El duque de Borbon, preciado como el que mas de buen mozo y de bizarro, acababa de contar una historia asaz impertinente, en la que se traslucia la intencion de dejar no bien parada á la galantería española.

Una parte del auditorio mostrábase amohinada, cuando el marqués de Córtes levantóse con aire reposado y grave, y dirigiéndose al caballero francés:

—Señor duque, le dijo: lo que acabais de contar maldita la gracia que tiene: sucesos algo mas estraños y mucho mas ciertos han acaecido el año de mil cuatrocientos y... no me acuerdo exactamente.

—¡Al caso, al caso! gritó messire Juan de Rohan, desocupando una ancha copa de oro de vino de Peralta; ¿qué nos importa la fecha?

—Probablemente lo mismo que la relacion dijo el duque un tanto picado.

—Señores, prosiguió el marqués con mucha calma: era el año de 1442, hácia el mes de....

—Marqués, ¡por Jesucristo vivo! que no seais machaca. ¡Vive Dios, que me agrada la puntualidad!

—Messire de Rohan, ¿quién os estorba que llenéis la copa de Peralta las veces que se os antoje?

—A la verdad que no adivino quien puede ser capaz de tal audacia, contestó el caballero francés, y voy á hacer la prueba media docena de veces al arreo á ver si me equivoco.

—Proseguiré mi cuento, repuso el impertérrito marqués, sin provocaros á tales esfuerzos; porque os aseguro, messire Juan, que vuestra cabeza no está para muchos. Acababa, pues, de tremolar en Nápoles por vez primera el pendon aragonés sobre el pendon de Francia, cuando el magnánimo Alfonso, uno de los mejores monarcas de este siglo...

—¡Alfonso el usurpador! ¡Alfonso el adúltero! ¡Basta! interrumpió el duque de Borbon con amargura.

—Francés sois, buen duque, y á fé que se os está conociendo hace rato. Nunca será usurpador el príncipe que triunfe de sus enemigos, y sepa conservar sus conquistas por tantos años como el rey don Alfonso de Aragon. ¡Adúltero! Tended los ojos en derredor de todos los príncipes y grandes señores de Europa, ¿quién de ellos será el inocente que pueda tirarle la primera piedra? Tenia el rey una esposa infecunda, respiraba la ardiente atmósfera de un cli-

ma abrasador, donde la celebrada hermosura del pais no es comparable á la belleza de las mujeres: error fué, lo confieso, pero error que la pasion disculpa. Enamoróse, pues, don Alfonso de una dama pobre, y hermosa, que vivia en el Borgo, á donde iba el monarca disfrazado todas las noches. Hacia algun tiempo que en el rostro de don Alfonso se notaba una espresion particular: su inquietud era estremada; pero el júbilo de su corazon rebosaba en el semblante, dando á conocer que esperaba con sobresalto algun acontecimiento venturoso. Un dia, por fin, avisáronle que era padre. ¡Ah! padre un rey á quien el mundo entero le sonreia, á quien le faltaba la sonrisa de un hijo! ¡Padre un hombre cuya gloria con él se hundia en el sepulcro! Temblando de amor, de gozo y de impaciencia, embozado en su capa, y acompañado de uno solo de sus mas fieles servidores, fué á conocer y á abrazar á su hija: porque, en efecto, era una niña la que su amante acababa de dar á luz. Encontró la puerta cerrada: llamó á Raquel la judía, madre de leche de su querida, y no le respondió...

— Ah! esclamó entonces la dama de la ventana; pero nadie escuchó aquel suspiro.

—¡Tornó á llamar con la aldaba, prosiguió el marqués que logró cautivar la atencion de su auditorio; y siempre el mismo silencio! El corazon de Alfonso latía con violencia: rugia la tempestad dentro de su pecho: furioso ya, llamaba con voces y con aldabazos á un mismo tiempo; con la fuerza de la desesperacion desquicia la débil puerta, traspasa el dintél, llamando á voces á la madre y á

su hijo, y solo el eco de su voz resuena en aquellas lúgubres y tenebrosas habitaciones. Anduvo á tientas de uno en otro aposento, hasta que hollando sus pies un cuerpo humano tendido en tierra, estuvo á punto de caer: tentó con sus manos un cadáver... un cadáver de mujer. ¡Qué angustia! ¡Qué horrible ansiedad!—¡Una luz, una luz! clamaba! Por una luz hubiese dado la mitad de su corona.—Un rayo de luna penetró entonces por la ventana abierta del aposento, iluminando las rígidas facciones de la dama! El grito pavoroso que lanzó entonces el infortunado Alfonso, era capaz de conmover las entrañas mas endurecidas. ¡Tenia á sus pies el cadáver de la madre de su hija!—Quedó inmóvil de terror y espanto, y pasados algunos momentos despertó de su letargo, rugiendo como la leona que ha perdido sus cachorros, llamando á su amada, llamando á su hija, llamando á la hebrea, llamando en vano al cielo mismo, que se mostraba tan sordo á sus clamores, como todo cuanto le rodeaba.

—Desde que os oí nombrar á la judía, me dió muy mala espina, dijó mosen Pierres de Peralta.

—Pero, ¿quién os ha contado tan peregrina historia? añadió Ruy-Diaz de Mendoza.

—Nadie, respondió el marqués, yo mismo la he presenciado.

—¡Vos! esclamaron todos á un tiempo.

—Sí; yo acompañaba al desdichado monarca, yo fuí el confidente de sus amores.

—Pero sepamos, repuso el duque de Borbon, si el cuento concluye tan bien como ha empezado.

—La relacion, señor duque, ha terminado ya: jamás el rey ha logrado saber qué ha sido de su hija, ni de la hebrea, el ama de leche de su amada.

—Bien está, prosiguió el implacable duque de Borbon: este cuento tiene al menos el mérito de poderse terminar con una moraleja: el rey don Alfonso de Aragon, habia cometido un crímen, y Dios le castigó en su pecado.

—Señor duque, dijo el marqués, que estaba esperando esta salida para descargar de repente toda su amargura: si una flaqueza del corazon, merece tan espantoso castigo, ¿con qué tormentos podrá espiarse un delito cometido con toda frialdad? ¿qué mereceráel asesino de la querida de Alfonso, y el raptor de su hija?

El rostro del marqués, animado un tanto durante su relacion, no dejaba de espresar un amargo resentimiento.

—Desearía saber, señor marqués de Cortes, por qué haceis esa pregunta al duque de Borbon.

—Porque el asesino fué un francés.

—¡Francés! esclamaron todos en tumulto, levantándose precipitadamente y arrojando mesas con frascos, viandas, y copas por el suelo.

—Sí; el duque de Anjou.

—¿Y osareis sostenerlo en todas partes? gritó desatentado el duque de Borbon.

—Donde quiera.

—¿Fuera del castillo?

—Fuera y dentro.

—¿Ahora mismo?

—¿Por qué no?

—Salgamos.

—Sí, salgamos.

Pero al tiempo de salir volvieron todos sus miradas al opuesto lado, y hallaron tendida en el pavimento, y en el hueco de la ventana, una jóven que durante la relacion habia caido desvanecida, sin ser de nadie notada.

—¡Cielos! esclamaron todos.

—¿Qué es esto?

—¡Está muerta!

—No, no, desmayada; contestó el marqués de Cortes, tomándola en sus brazos.

—Pero, ¿quién es?

—Una dama de la condesa.

—¡Inés!

—Sí, Inés; Inés creo que se llama, notó con indiferencia mosen Pierres.

—¿Qué le ha sucedido? ¿Qué le han hecho?

—Eso es lo que tienen los cuentos del marqués de Cortes, que solo pueden asustar á mujeres y á chiquillos; advirtió su despiadado antagonista.

—Que la saquen pronto de aqui.

—Esa Inés andaba ya malucha, hizo notar uno de los caballeros comarcanos. Desde que los bandidos de las Bárdenas mataron á su padre, no ha podido volver en sí. Ha quedado flaca, descolorida, taciturna...

—Pobre jóven!

—¡Oh! Lo que es antes era una real moza: tan fresca.., tan colorada... tan...

—¡Pobre Inés!

—¡Lástima de muchacha!

—¡Debe ser muy sensible!

—¡Cá! ¿Sensible? Serán los vapores...

—¡No, el calor!

—Tal vez el relente de la noche, el frio de la ventana, el aire colado.

—Nada de eso, el cuento, el cuento.

Inés habia sido trasladada á su habitacion en brazos de dos criados.

Estas últimas palabras eran el eco de las efímeras sensaciones producidas por su desmayo, que fueron perdiéndose, apagándose, poco á poco hasta morir en un diálogo insignificante, lánguido... frio... helado.

¡Pobre Inés, qué misterios habia descubierto! ¡Qué secretos se le habian revelado!

Como no hay mal que por bien no venga, la desgracia de la doncella produjo un buen resultado.

Serenáronse los ánimos sobradamente acalorados. El almirante de Francia, Juan de Rohan, que conservaba mas juicio que sus amigos, á pesar de sus repetidas caricias á la copa, medió entre los quisquillosos caballeros, y la disputa terminó al cabo de algunos dimes y diretes, como suelen todas las de sobre mesa, con un brindis, dirigido en esta ocasion á la bizarría española y á la galantería francesa.

El diablo, empero, que no duerme, hizo que uno de los ricos-homes que allí se encontraban preguntase al almirante por qué no queria pasar al salon del baile.

—Imposible, amigo mio, contestó el de Rohan.

—¿Por qué? No sois tan viejo.

—¿Estrañais por ventura que en todos los saraos me aparapete con las botellas? No es por aficion á la bebida, no: es por huir de la tentacion de faltar á una promesa.

—¿De no bailar?

—Sí.

—¿Hecha á Dios?

—No, á la mas bella de todas las damas: á la mas desgraciada de todas las reinas: á Doña Blanca de Navarra.

Estraño fué el efecto de aquel nombre soltado tan intempestivamente en el palacio de Bearne, y en las bodas del príncipe D. Gaston, primogénito de los condes.

Para nadie era un misterio que la madre del novio, abrigaba un odio mortal contra su hermana doña Blanca; sin cuya muerte, ó formal renuncia al trono de Navarra, era imposible que aquella viviese sosegada, y lo que es mas, era imposible que Luis el Onceno hubiese consentido en enlazar á su hermana Magdalena con la familia de Fox.

¿Qué habia sido de Doña Blanca? Pocos ó ninguno lo sabian; pero nadie dudaba, puesto que los desposorios iban á celebrarse aquella noche, nadie dudaba de que Doña Blanca debia haber muerto envenenada como su hermano Cárlos, ó estar encerrada perpétuamente bajo la custodia de la condesa.

Verdadera imprudencia ó temeridad inaudita era el pronunciar el nombre de una víctima en casa de los sacrificadores, y tal vez en el instante mismo en que se celebraba su holocausto.

—¡Qué recuerdos tan impertinentes! esclamó Pierres de Peralta con gesto avinagrado.

—Bien se conoce que estais calamocano, le dijeron al francés sus compatriotas en voz baja: ¿A qué mentais la soga en casa del ahorcado?

—¡Qué aspavientos son esos! respondió gritando el intrépido almirante, en cuya cabeza no dejaban los vapores del vino mucho lugar á la prudencia. Cuando la encantadora princesa Doña Blanca de Navarra se desposó con el rey D. Enrique IV de Castilla, tuve la honra inefable de danzar con la rejia desposada, y terminado el paso juré á la reina no volver á bailar con otra mujer en toda mi vida, para conservar indeleble el recuerdo de merced tan señalada. ¡Qué diantres! ¿No es... ó no era la mas hermosa dama que se ha sentado en el trono de Castilla?

Callaron todos los circunstantes entre atónitos y escandalizados, y el almirante aprovechándose de aquel silencio, interrumpido solo por leves murmullos, prosiguió muy entusiasmado:

—Jamás se han visto mayores festejos que los que entonces se celebraron desde que la princesa penetró por Logroño en el suelo castellano. ¡Con qué magnificencia, ostentacion y bizarría se portó entonces el conde de Haro! ¡Aquella sí que era abundancia, aquellos sí que eran manjares sabrosamente aderezados, no para los personajes de la rejia comitiva, sino para el pueblo entero! ¿Os acordais, Ruy Diaz, vos que tan dignamente sostuvísteis justas por Doña Blanca, os acordais del pregon que mandó echar el egregio conde para que no se comprase nada en los mercados, sino que todos, ricos y nobles, pecheros y villanos, tomaran de balde cuanto se les antojase? ¡Cuán prendado quedé entonces del carácter castellano! En el alcázar de Briviesca hábia un salon

convertido en verde prado de mullidos céspedes: otro figuraba un bosque donde se cazaban osos, jabalíes y venados con cincuenta monteros y numerosas trahillas de lebreles y sabuesos; y todas las fieras que allí se mataban venian á depositarse por trofeos á los pies de la augusta y hermosa Doña Blanca, que sentada bajo un dosel de brocado carmesí, presidia todas las funciones. Celebrábanse estas de noche con tanta multitud de luces, que no se echaba de menos la claridad del dia. En otro salon se figuraba un anchuroso estanque lleno de peces de colores surcado por dorados esquifes donde paseaban con redes ó anzuelos, las mas hermosas damas, y mas bizarramente ataviadas. La gente toda rebosaba ventura y contentamiento, y ni una sombra de tristeza hacia presentir el tropel de desgracias que iban á sobrevenir á la infortunada princesa, que pisando flores y alfombras orientales, aclamada por todos los pueblos, y respirando ámbares y esencias, llegó hasta Valladolid, donde por espacio de cuarenta dias se celebraron torneos con armas corteses ó afiladas, que con tanto valor mantuvo D. Ruy Diaz de Mendoza.

Todas las miradas se dirigieron entonces hácia el noble caballero que acababa de merecer los elogios del almirante de Francia, y como estuviese cerca de la puerta del aposento, se reparó en una dama de continente altivo, soberbiamente aderezada, que con los brazos cruzados y cierta sonrisa maligna en los labíos, estaba escuchando con imponente calma la entusiasmada relacion del almirante.

Ninguno de los circunstantes pudo contener

una esclamacion de sorpresa: el mismo Juan de Rohan dijo un tanto cortado y conmovido:

—¡La condesa!

Tal era la influencia que aquella mujer de una belleza varonil, de audaz y penetrante mirada, sabia egercer en el ánimo de los mas ilustres varones de su tiempo.

—Sí, yo soy, dijo doña Leonor de Fox; acercándose lentamente al centro de aquel magnífico aposento: yo soy, messire Juan de Rohan, que al oir los merecidos elogios que dispensais á mi querida hermana doña Blanca, no he debido interrumpiros con mi presencia para que vos, sin duda por no ofender mi modestia, fueseis á suspender una relacion que tanto me lisongea.

Contrastaba de tal manera la irónica sonrisa de sus labios, con la dulzura y suavidad de sus palabras, que el almirante se quedó como sorprendido no sabiendo qué responderla. Sin embargo, dueña siempre de sí misma, continuó diciendo:

—Vengo tambien á daros una buena noticia, señor almirante; mi muy amada hermana doña Blanca de Navarra, esposa repudiada del rey de Castilla, debe muy pronto hallarse en este alcázar, para honrar con su presencia la boda de mi hijo.

—¡Será posible!

—¡La princesa aquí!

—¿De dónde sale?

—¿Qué ha sido de ella?

Con estas esclaciones fueron acogidas las palabras de la condesa. Conocian los caballeros

el odio irreconciliable que separaba á las dos hermanas, y nadie podia dar crédito á tan estraña noticia.

—No dudeis, señora, que acabais de darme una nueva que me colma de gozo, respondió por fin, con noble franqueza y leales sentimientos messire Juan de Rohan. ¡Vuelva yo á ver á la escelsa niña, que no ha contemplado el sol de su ventura mas que el dia que precedió á sus desposorios, y vuelvala á ver en brazos de una hermana con quien hasta ahora se habia creido enemistada, y no podrá menos de palpitar este corazon como en los dias de mi juventud!

—La vereis, sí, la vereis en brazos de su hermana, á quien acaba de ceder todos sus derechos á la corona de Navarra. Mas no creais que hoy, al cabo de algunos años, podreis danzar sin faltar á vuestra galante promesa: la vereis con el hábito humilde de religiosa, preferir una corona inmortal que Dios reserva á las almas que perseveran hasta el fin en su servicio; á una corona que solo puede soportarse como una carga, como una cruz que Dios nos impone.

A pesar de que en aquella época se envolvian hasta los crímenes en cierta fraseologia de religion, era demasiado procáz el lenguaje de la condesa.

Todos los caballeros, sin embargo, se apresuraron á darle mil parabienes, y ella tomando el brazo de mosen Pierres de Peralta, desapareció dirigiendo altivas y triunfantes miradas sobre la frente de la grandeza de tres reinos.

—Pero condesa, ¿ha llegado ya? le dijo el caballero en voz baja.

—Vendrá pronto.

—Es que, segun mi cuenta, ya debia estar aquí.

—Estará.

—Lo decis con un tono de seguridad.

—Condestable, repuso la condesa con una resolucion que dejó confundido al caballero: ni el rey de Francia, ni su hermana Magdalena, quieren que el obispo Chávarri les eche la bendicion nupcial, hasta que Blanca haya llegado á mi castillo. ¿Y creéis vos, conociéndome, qué Blanca no ha de llegar?

—Llevamos una hora de noche.

—Dos minutos hace que he recibido un mensaje de Sancho de Erviti.

—Eso es otra cosa. ¿Y qué os dice?

—Un paje se adelantó una legua, para traerme la noticia del próximo arribo de su señor. Los centinelas del castillo, tienen órden de permitir la entrada á los caballeros que vengan acompañando una litera.

—¡Oh! Pues entonces podeis estár tranquila.

—Algo me falta, sin embargo.

—No puedo comprender...

—Mosen Pierres, soy madre, y no encuentro á mi hijo en todos los salones que voy recorriendo.

—Efectivamente... hoy estaba triste, y le hecho de menos... ¿Queréis que le busque?

—No, dejad á su madre ese cuidado. Retiraos ya, Condestable.

—Saludo á la nueva princesa de Viana.

—La reina futura de Navarra, sabrá premiar vuestros servicios y atenciones.

Hiciéronse entrambos una mútua cortesía, y se retiraron por opuestos lados.

CAPITULO IX.

De cómo D. Gaston de Fox quedó calificado de oir á su madre.

Los mismos rayos de turbada luz que alumbraban el camino de Orthes, á la princesa de Viana y á su valeroso libertador, penetrando por los pintados vidrios de los arcos ojivales de una galería baja del castillo, iluminaban la banca frente de un jóven de diez y ocho años, cubierta con un capirucho de terciopelo negro, con cintillo de brillantes. La mano derecha sobre su daga, y escondida la otra en los anchos pliegues de su gaban, paseábase bajo las desiertas y sombrías bóvedas de aquellos ánditos medrosos. Apuesto, bizarro, y de gentil presencia, mostraba en su semblante y en sus movimientos la viveza natural de sus pocos años; y el despecho y la tristeza de que se hallaba súbitamente revestido, daban bien á en-

tender que aquella flor, recien cortada del tallo de su ventura, conservaba todavia sus antiguos matices y perfumes. Sus pasos eran precipitados unas veces, lánguidos otras y perezosos, y no pocas deteníase de improviso, inmóvil y triste como la estátua del dolor. Sin duda sus ademanes se amoldaban á la diversidad de sus pensamientos.

Como el eco repetia á veces sus pisadas en los ángulos de la galería, no advirtió que una señora, deslizándose como una sombra, llegó con silenciosa planta y se quedó contemplándole un momento en la oscuridad, aprovechándose de su distraccion ó enagenamiento.

Ni aun el roce del luengo traje de terciopelo que arrastraba al aproximársele todavia mas, pudo sacarle de sus melancolías, hasta que le hizo estremecerse involuntáriamente una voz seca y penetrante que le decia:

—¡Gaston!

—¡Madre!...

Era en efecto, la voz de una madre, capaz de encontrar eco hasta en el yerto corazon del cadáver de un hijo.

—¡Gaston, hijo mio! repitió doña Leonor con acento mas suave: ¿qué haces ahí? ¿qué tienes?

—Estoy pronto, señora.

—¡Oh! ¡Dices eso como si te anunciase que debias partir para el suplicio!

—¿No venis á anunciarme que el obispo nos aguarda al pié del altar? repuso el jóven con amarga sonrisa.

—No, todavia no.

—¿Cómo tardamos tanto?

—¿Es impaciencia por ventura, hijo mio?

—¡Impaciencia!... Sí, teneis razon. Cuanto menos disfrute los cortos instantes que me habeis concedido de libertad, ménos tendré por qué suspirar toda mi vida.

—¿Pero es este el sitio en que debia hallarte en estos momentos? le dijo la condesa en tono de dulce reconvencion. Dos reinos se desnudan de su pompa; y por ensalzar tu himeneo, huérfanos quedan de sus mas bizarras damas y de sus mas claros barones: de luengas tierras vienen al alcázar de Orthes la flor y la nata de los caballeros, ¿y esquivas su presencia? ¿Qué tienes? ¿qué te sucede? ¿Quién te ha ofendido? Siéntese desde aquí la algazara del festin, el estruendo de las danzas, el eco plácido de los instrumentos; el júbilo tiende sus alas por todas partes; y tú, por quien tantas fiestas se celebran, por quien se congregan tanta grandeza y tanta bizarría, ¡tú solo has de parecer adusto y meditabundo, con una tristeza impropia de tus pocos años y de la dicha que te envidian!

—¿Y quién echa de menos, madre mia, respondió don Gaston con un suspiro, quién fuera de vos advierte mi falta en los salones? ¿qué necesidad tiene nadie de mi presencia para su ventura? Dejad, madre querida; dejad que permanezca solo. Aquí, al menos, ni se me escarnece, ni se me insulta.

—¡Escarnecerte! ¡Insultarte! No, no; ¡es imposible! El hijo de doña Leonor de Navarra insultado y escarnecido, no se hallaría tranquilo en este sitio.

—Sosegaos, doña Leonor: las afrentas que

han caido sobre mí, debo sufrirlas; no puede vengar el acero.

Pesaroso entonces el jóven de las palabras que á su despecho se le habian escapado, asióla de la mano, y llevándola cerca de la vidriera de la galería, la dijo con ternura y efusion:

—¿Habéis convidado á mis bodas al hombre que estuvo próximo á la muerte por haber salvado mi vida, á mi amigo Gimeno, al capitan mas valiente de Navarra?

—¿Al capitan de... de aventureros? No: respondió la condesa sin adivinar á dónde iria á parar Gaston con aquella pregunta.

—Os lo supliqué, madre mia: no lo habeis hecho, y me pesa tener que recordároslo.

—Si te empeñas... si de eso nace tu tristeza...

—No: no importa. Mi *dicha*, como vos decís, no merece la pena de ser contemplada de cerca.—Pues bien, ahora que os encontrais aquí, madre mia, á solas con vuestro hijo; ahora que nadie nos vé mas que el astro melancólico que contempla silencioso mi tristeza; ahora que sé que no ha venido el famoso caballero don Gimeno de Acuña, á quien debo la vida, decidme: ¿Hay algun corazon en los salones del alcázar que eche de menos al desposado?

—¿Puedes dudarlo? esclamó la condesa con asombro, y añadió luego con una tibieza que denotaba el poco convencimiento que tenia de sus palabras: Magdalena, tu esposa, está con la mayor inquietud...

—No! os engañais, ó por mejor decir, quereis engañarme; la interrumpió Gaston con energía. La altiva hermana del rey de Francia,

la augusta princesa que á mis castillos toros y roeles de Fox y de Bearne junta sus lises de oro, bien lo sabeis, madre mia, es incapaz de amar. Necia, arrogante con el esplendor de su régia cuna, si tiene corazon, tan solamente late cuando el orgullo y la vanidad le arrullan.

—Pero Gaston, le contestó su madre, con una calma que le dejó helado: ¿Qué importa eso para tu dicha, qué importa, para que tú seas su marido, y cuñado del rey de Francia Luis el Onceno?

—¡Ah! teneis razon, repuso el jóven con amarga sonrisa; teneis razon. Nada importa. Si yo jóven inesperto, doblo mi cuello á la coyunda del himeneo, desposándome con una mujer á quien desconocia, con una dama que puede brillar mas bien por su altivez que por su hermosura; debo sin embargo sonreirme, vivir tranquilo, creerme venturoso, porque esta mujer indiferente, y que tal vez pueda llegar á serme aborrecida, es hermana del rey mas poderoso de la tierra...

—¡Pobre mozo! Todavía ignoras que quien nace á la sombra de los tronos no nace para amar: que su himeneo no junta corazon á corazon, sino estados con estados.

—Mozo soy, decís bien, madre mia, pero de poco tiempo á esta parte he aprendido á mi costa lo que ahora quereis enseñarme: y tambien he logrado saber que aquel de los esposos que se presente con mayor número de blasones ó con mas títulos de dignidad, aquel será siempre el amo y tendrá por esclavo al otro consorte.

—¿Qué decís, hijo mio? le preguntó Doña Leonor con sobresalto.

—¿No me entendeis?

—¡Gaston, Gaston, quisiera no entenderte!

—Tened la bondad de oirme, Doña Leonor: suponed que vuestro hijo D. Gaston, sin haber visto de su esposa mas que la infiel imágen trazada por adulador pincel, cede á los ruegos con que le importuna una madre tierna y cariñosa. Quiero ser mas franco todavia; suponed que cede tambien vuestro hijo, fascinado por un rayo de ambicion que brilla súbito ante sus ojos, y promete esta noche su mano indiferente y yerta á una mujer, que le entrega tambien su mano tan indiferente y yerta como la suya. Verdad es que el D. Gaston es primogénito de los condes de Fox y príncipes de Bearne: que su madre es hija del rey de Aragon y de Navarra D. Juan II. Pero ¿qué son todos esos timbres para la hermana del rey Luis de Francia, cuyos ojos acostumbran á ver en torno suyo vasallos que ocupan tronos y arrastran púrpuras? ¿Qué es el condado de Fox? ¿Qué es el Principado de Bearne? ¿Qué es el señorío de Moncada? ¿Qué es todo esto á los ojos de Madama Magdalena?

El orgullo y la altivez de la condesa se resintieron con tan acerbas palabras, y el orgullo y el amor propio heridos, despertaron en ella una pasion mas noble: el amor maternal.

—¡Ella, ella, esclamó, menospreciar á mi hijo!

—Vuestro hijo, señora, se reconoce inferior á su mujer, y debe sufrir ese altivo desden, esa arrogancia que le humilla, que le abruma.

—No, no hubieras salido tú de mis entrañas para consentir en tanta afrenta: ¿pero qué te ha pasado? ¿qué te ha dicho?

—¡Oh! cuando ella se digna desplegar sus labios en mi presencia, tan solo espresa lamentos por lo perdido, desdenes por lo presente, temores por lo futuro.

—¡Calla, calla, hijo mio! cada palabra tuya es un puñal para tu madre. ¡Ella despreciar á mi hijo; ella tenerle en menos; ella desconocer los tesoros que su corazon encierra! Bien hace, sí; bien hace, mientras su oscura frente se confunde ignorada entre la muchedumbre de señores feudales. Bien hace, sí; mas llegaría el dia en que el sol anublado aparezca de repente sobre un trono, y lance desde alli vivos rayos de luz que le deslumbren!

—Madre, madre, ¿qué quereis decir? le interrumpió Gaston, gozoso y espantado á la vez por el impetuoso arranque de la condesa.

—¡Nada! súfrelos hoy esos desprecios, y sepulta la cólera en el fondo de tu corazon, que si en vasallos manda tu madre, todavía somos vasallos de un rey: todavía tenemos un superior sobre la tierra. Pero ceñirás muy pronto diadema, verás tan solo á Dios sobre tu frente: á Dios tan solo; pero á nadie mas. ¿Lo dudas? añadió Leonor, viendo que su hijo le escuchaba atónito y confuso.

—¡Oh! no, no quiero dudarlo, madre mia, nunca tuve mayor necesidad de creeros; una corona...

—La tendrás.

—¡Cielos!

—La tendrás. Pero entonces...

—Entonces, esclamó D. Gaston, fulminando con sus ojos; entonces cogeré la rejia púrpura, y arrojándola á los pies de mi esposa: «encubre tu arrogancia, le diré; encúbrela con ese manto que recibes de mi mano, en castigo de tu desvanecimiento.» ¡Ah! pero estos son delirios, madre mia; ¿cómo es posible que lleguen á realizarse

—Escucha, le respondió la condesa; tiempo es ya de revelártelo todo. Veo que tu corazon emprende con entusiasmo el camino de nuestra elevacion y grandeza: este camino está cercado de precipicios; está, tal vez, interceptado por importunos; pero el valor y la serenidad salvan de los primeros, y hay medios que nos desembarazan de los segundos.

Don Gaston mirò á su madre casi con miedo; pero fascinado por su ardiente mirada, no pudo abrir los labios.

La condesa continuó sin alteracion ninguna.

—Hija soy menor del rey de Navarra: para ascender al trono, delante de mí tenia dos hermanos; pues bien, el primogénito, Cárlos, el príncipe de Viana, ha muerto, dijo Leonor con voz sombría; ha muerto en la flor de su juventud, como si el cielo hubiese querido imponerle un castigo, por haberse revelado contra su padre y su monarca.

Hizo aqui la condesa una pausa forzada; su frente bañada en sudor frio, se arrugó imperceptiblemente, y un pensamiento sombrío atravesó por ella, como los negros nubarrones que surcan el firmamento, impelidos al soplo de las tempestades, y refrescan los campos abrasados.

Su hijo esperaba entretanto, que llegase el fin de aquellas terribles revelaciones, como el ginete espera que su caballo desbocado le precipite en los abismos. Serena ya doña Leonor, continuó con firme acento:

—Muerto el príncipe de Viana, mi hermana Doña Blanca es el único obstáculo, la única barrera que me separa del trono, y esa barrera tambien está salvada.

—¡Gran Dios! esclamó el príncipe con terror.

—No, nada temas. Esa reina repudiada que imita en su conducta y en su ambicion á mi hermano Cárlos (Q. D. G.), no querrá obstinarse en seguir sus huellas hasta el fin de su carrera. No morirá como él, pero tendrá que hacer renuncia de su derecho, ó vivir encerrada por siempre en este alcázar.

—¡Oh! madre, se atrevió á decir D. Gaston entre horrorizado y tímido, luchando con sus buenos sentimientos, y con el respeto filial: madre, ¿y qué es una diadema comprada á precio de tantos crímenes?...

—Una diadema es tu engrandecimiento sobre los que se engrandecen deprimiéndote: es la humillacion de los que te humillan; es en fin... el término de nuestros deseos.

—¿Pero sabeis que cuando con ella ciña mis sienes, debe abrasarme como si fuera de hierro candente?

—Gaston, vanos son ya tus escrúpulos: cuanto digas viene tarde. ¿A qué debemos la señalada honra de que el rey de Francia consienta en que su augusta hermana se despose contigo, que no eres mas que el hijo de un conde; contigo, que sin la muerte ó la renun-

cia de Blanca, nunca podrias pasar de ser hijo de un feudatario? Tiempo es ya de que lo sepas: un artículo de los contratos de esta boda, acordados entre el rey de Francia y el rey de Navarra y Aragon, mi augusto padre, prohibe terminantemente que la boda se celebre mientras no esté en mi poder esa hermana rebelde, á quien no yo, sino mi padre y soberano quiere desheredar.

—¿Con que ya, segun eso, teneis á buen recaudo en este castillo á la princesa?

—Todavía no, contestó Doña Leonor; pero ya lo ves, estoy tranquila. Llegará esta noche sin falta alguna, y hoy mismo le revelaremos la muerte de su hermano; hoy mismo verá la órden secreta de nuestro padre, despojándola de todos sus derechos y aconsejándola que los renuncie, si no quiere ser de ellos ignominiosa y públicamente desheredada: hoy mismo quedaré yo reconocida como princesa de Viana. El rey mi padre está ya con un pie en el sepulcro, y yo con otro sobre las gradas de su trono: déjame reinar un mes siquiera: déjame satisfacer esta necesidad, la única de mi vida, que entonces yo misma pondré sobre tus sienes la corona, que arrancaré de mi cabeza, y toda mi ventura habrá de cifrarse en verte sobre el trono, mirando con arrogancia y desden á la mujer que te insulta.

—Vos reinareis, Doña Leonor, porque habeis entrado en la vereda que conduce al trono: yo que me avergüenzo de dar en ella un solo paso, yo no reinaré jamàs.

Y tan humillado se consideró Gaston á sus propios ojos, que sin pronunciar una palabra

mas, sin levantar la frente sonrojada, encogiéndose de hombros, salió precipitadamente de la galería.

Despechada y mohina permaneció la condesa todavia algunos momentos, deshaciendo con sus inquietos dedos las perlas de un ceñidor cuyas puntas casi le arrastraban, y ya se disponia á marchar espantada de la soledad en que habia quedado, y de las tinieblas que reinaban en el claustro por la desaparicion de la luna; cuando sintió pasos apresurados y luego una voz alterada que le decia:

—¡Señora, señora!

—¿Quién es? ¿Quién me llama?

—Soy yo, condesa.

—¡Condestable! no os conocia... me habeis asustado. Vuestra voz... Pero ¿qué traeis? ¿Qué conmocion es esa?

—Todo sa ha perdido.

—¡Perdido!

—Sí, la princesa se ha salvado.

—¡Imposible! ¿Cómo? ¿En dónde? ¿Y la escolta? ¿Y Sancho?

—La escolta dispersada, Sancho muerto.

—Ah! ¡El conde de Lerin! Pero ¿cómo las guerrillas de facciosos se atreven á penetrar en mis estados? ¿cómo las tropas?....

—No, no han sido tropas, no han sido facciosos.

—¿Pues quién?

—Un solo hombre, un amigo nuestro.

—¡Válgame Dios, mosen Pierres, estais delirando! ¡Un hombre solo contra cinco! contra Sancho de Erviti... no, no puede ser... la no-

ticia es falsa, evidentemente falsa... Y decís que es agramontés...

—Digo que la noticia es cierta: que el caballero venia á las bodas; y que ahí está un escudero que ha sobrevivido á la catástrofe para traernos tan buena noticia.

—Pero si todos mis convidados están aqui, si ninguno falta...

—Pues será el diablo, que me lleve! repuso mosen Pierres amostazado: el caso es que ahí está el escudero, y lo que es mas, ahí está la litera vacía, porque las cabalgaduras se han venido solas á la querencia, y como los centinelas tenian órden de dejar pasar á la litera...

—Mossen Pierres, estamos perdidos, esclamó desplomada la condesa.

—Acabais por donde yo habia principiado.

—Es preciso que algunos soldados de la guarnicion del castillo, que los caballeros de mas confianza, que los criados, los pajes... todo el mundo salga en persecucion del infame...

—¿Nada mas?

—Pero, ¡Dios mio! ¿qué haceis con esa calma?

—Con esta calma, señora, he hecho cuanto se os ha ocurrido, y solo me falta montar á caballo y tener la ventura de tropezar...

—Gracias, gracias, condestable, le interrumpió Leonor. Pero supongo que habreis ocultado...

—Nadie sabe el motivo de esta alarma mas que vos y yo.

—¡Oh! si esa mujer llega á sentarse en el trono...

—¡Descuidad!

—Pero si vuelve á mi poder... ¡Oh! no esca-

pará jamás, dijo la condesa saliendo de la galería y apretando los puños en ademan cruel que revelaba la intencion de un crímen.

Hallábase poco despues paseando en los salones con aire de triunfo, saludando á uno y otro lado con leves movimientos de cabeza, y cortesanas sonrisas.

La tranquilidad, el gozo exento de temores que rebosaba el semblante de los convidados, el ánsia con que se entregaban á los placeres del baile y de los festines, eran para la condesa motivos unas veces de consuelo, prenda segura de lo fugaz de aquella borrasca, y otras tormentos insoportables; sarcasmo sangriento con que el destino martirizaba su corazon.

Y no pudiendo sufrirlo ni disimular su inquietud en ciertos instantes, salíase fuera del sarao para informarse con cautela de las novedades que ocurrian en el castillo; y volvia desesperada á los salones, despedazando con los dientes el blanco pañizuelo para detener el raudal de sus rabiosas lágrimas, que abrasando sus ojos al caer, hubiera revelado á los concurrentes tan infanda historia.

Asi pasaron los minutos, asi pasaron las horas de aquella noche: para los estraños rápida, risueña, vaporosamente deliciosa: para la dueña del alcázar eterna, cruel, angustiosamente agitada.

¡Oh! cuán caras cuestan las acerbas satisfacciones de un crímen!

CAPITULO X

De cómo en casos de amor, lo mismo que en los de caza, unos levantan la liebre y otros la llevan á casa.

Digimos en el penúltimo capítulo que la pobre Inés habia sido conducida á su aposento en brazos de dos criados, quienes colocándola en un sillon un poco inclinado hácia trás, para formar apoyo en el asiento y respaldo, pudieron trasladarla cómodamente, aun sin hacer ella nada de su parte, por no haber recobrado el uso de los sentidos. Verdad és que entonces omitimos tan minuciosas y prolijas circunstancias, y aun casi casi estábamos tentados á decir, que tambien ahora debiamos haberlas omitido; pero el discreto lector se hará cargo de que es muy difícil renunciar al placer de mostrarse tan enterado de cosas, que pasaron hace trescientos ochenta y tres años. Fuera de que mas de un erudito y anticuario, tomará notas acerca de es-

te acontecimiento, é invocará nuestro testimonio en su disertacion futura, sobre el modo de conducir á las damas descoloridas, cuando se desmayan en los salones. Esta consideracion es muy fuerte; y tranquilizada ya nuestra conciencia, de suyo tímida y asustadiza, proseguiremos nuestra puntual historia, sin omitir un ápice, para no privar al género humano de las sabrosas y entretenidas disertaciones del anticuario.

Pero el caso es que aquí cesan los pormenores y las crónicas mas pesadas, entre la cuales tiene el honor de contarse la presente, aun sobre la del ya citado y casi célebre fraile de Irache no nos dice si Inés se acostó, ó si permaneció tal vez en el sillon; ó si volvió presto de su desvanecimiento, ni si aquello fué un patatús, desmayo, vahído, deliquio, asfixia, síncope, ó cosa por el estilo. Se contentan con decirnos que Inés se quedó sola, porque los criados tenian mucha gana de cenar, circunstancia que no desaprovecharán los anticuarios para probar que ya en el siglo XV se conocia el hambre.

Sin duda que en todos tiempos ha valido mas estár solo, que mal acompañado; pues al poco rato de haber desaparecido los pages, lacayos, escuderos, ó ayudas de cámara, (que no los distingue la historia) se oyeron frecuentes y prolongados suspiros en el cuarto de Inés, indicio claro de que esta comenzaba á volver en sí; y no transcurrieron muchos minutos sin que se abriese la puerta para dejar salir un bulto de mujer, cubierta con luengo manto negro, que con resuelto paso y anhelante pecho, se dirigia

por anditos y corredores á la anchurosa escalera principal.

Al llegar al primer tramo, parece que flaqueaban sus rodillas, ó vacilaba su ánimo, pues como si no pudiera sostenerse de pies, se apoyó en la balaustrada de piedra, en cuyos dos estremos descansaban dos leones de marmol sosteniendo sendos escudos de bronce dorado, con un castillo sobre un puente orleado de seis roéles.

—¡Oh! qué débil me siento, esclamó aquella figura negra, con un gemido que se perdió entre los brindis y algazara del festin cercano: no sé si tendré fuerzas para llegar; pero es preciso verla, es preciso hacerla comprender que nada ignoro. ¡Ah! No tengo otros vínculos en el mundo; ésme preciso llorar y morir en su regazo.

Y diciendo estas palabras, dió Inés algunos pasos distraida, hondamente meditabunda, hasta que vino á sacarla de sus pensamientos el ruido de algunas caballerías que con resonante casco batian el pavimento de piedra del patio.

Acababan de entrar por la puerta principal del alcazar, y sin que los centinelas se opusiesen á su tránsito, dos cabalgaduras que conducia una litera cerrada y en pos de ellas un arrogante caballero, que arrojándose de su alazan miraba á todas partes deseoso de tropezar con un alma viviente para dirigirle alguna pregunta.

No tardó muchos instantes en reparar en Inés, que descendia al patio lentamente por la alumbrada y magnífica escalera.

El caballero se adelantó con resolucion y gardía, y le dijo con precipitado acento:

—Señora, ¿no me direis si aqueste es el alcázar de los condes de Fox?

—¡Ah! esclamó Inés, vivamente conmovida por el metal de voz del recien venido: y luego añadió repuesta de su turbacion:

—Sí... sí... esta es.

—¿Os habeis admirado de la candidez de mi pregunta?

—No.

—¿Tal vez os ha sobrecogido...

—Puede ser.

—Perdonad, señora, si os he causado alguna sorpresa, ó si detengo vuestros pasos; pero necesito saber si está el hijo del conde en el castillo.

—Sí.

—¿Tendreis la bondad de conducirme á su presencia?

—Estará entre los convidados... en la confusion de los festines.

—¡Oh! Yo quisiera verlo solo, absolutamente solo, y que de nadie fuese notada mi venida...

—Es imposible.

—Designadme, por Dios, uno de sus más recónditos aposentos. No tengais recelos, señora; yo soy su amigo, su íntimo amigo don Gimeno de Acuña...

—¡Os conozco! esclamó Inés con un suspiro.

—¡Oh! Pues entonces, no dudo que...

—Venid conmigo.

—Esperad, señora, repuso el caballero con algun embarazo, no vengo solo... traigo... una mujer...

—¡Una mujer!

El corazon de Inés comenzó á latir atropelladamente.

—Sí, una religiosa.

—¡Ah! Una religiosa, repuso la doncella, como quien lanza un peso de encima.

—Sí, una monja de San Benito, á quien llevaban cautiva ciertos malandrines, de cuyo poder la he rescatado, y en cuyo nombre pido hospitalidad.

—¡Siempre generoso, siempre valiente! repuso la dama paseando sus vagos ojos por el pavimento, y sus fijos recuerdos por el castillo de Eguarás.

—Ya comprendeis, añadió el capitan, que debemos huir del bullicio...

—Venid conmigo.

—Que hemos menester silencio, y soledad...

—Venid, venid los dos.

El capitan apenas vió que su cautiva era comprendida en la órden, sin aguardar á que se la repitiesen, se encaminó á la litera, y abriendo la portezuela, dijo á la religiosa en voz baja:

—Ven, Gimena, ven: estamos en salvo.

—¿Cuyo es este castillo? preguntó la princesa.

—De un amigo, de un hermano. Pero, calla; apóyate en mi brazo, cúbrete con el velo, y vente.

Y precedidos de Inés á corta distancia, llegaron por oscuros y desiertos corredores á un aposento alumbrado por la incierta luz de una lámpara solitaria.

No se sintió mas ruido en todo el tránsito que

el roce de la armadura de Gimeno, que ensordecia el de sus pasos; ni se usó otro lenguaje, ni se espresaron mas afectos que los que indicaban los latidos del corazon, acordes, armónicos, recíprocamente comprendidos en los dos amantes: irregulares, perdidos en la desventurada Inés, tristes y solitarios, como la lámpara de aquel salon abandonado.

—Descansa aquí, dijo el capitan á su compañera, reclinándola suavemente en un sitial de ébano, con todo primor tallado.—Señora, añadió volviéndose á su guia, ya no tengo inconveniente en ver á mi amigo en medio de los festines; conducidme á su presencia, si quereis poner el colmo á vuestras bondades.

—Venid, respondió la dama, sacando su mano de marfil amarillento por debajo del manto, y con una voz tan débil, que fué menester el auxilio de aquel ademan para ser comprendida.

El capitan tornó á seguir á la dama, y al llegar al umbral de la puerta, volvió la cabeza para despedirse de Gimena con los ojos.

Volvámoslos tambien nosotros al anterior capítulo, donde vimos á don Gaston de Fox huir de su madre, confundido y espantado por los crímenes que habia visto, por los que habia llegado á vislumbrar: todos los cuales, ceñian su alma en una especie de círculo mágico, en una red metálica como la de Vulcano, que le aislaban del mundo en que reinaba la paz, la virtud, los placeres honestos y tranquilos.

Salió Gaston apresuradamente de la galería, y como si aquella soledad no fuese bastante pro-

funda para ocultar su horror y su vergüenza, dirigió maquinalmente sus pasos hácia un aposento retirado, donde solía morar, cuando no pensaba en perder su libertad de soltero. El instinto le hacia buscar aquella habitacion, que debia estar para él impregnada de gratos recuerdos, pocos momentos antes de su aborrecido enlace.

No sin disgusto advirtió al traspasar el dintel, que la estancia estaba iluminada: la luz es acaso el enemigo mas importuno de nuestras penas.

Cerró la puerta tras de sí, y exhálando un hondo suspiro, esclamó con turbada voz:

—Estoy solo, enteramente solo. ¡Asi pudiera vivir apartado siempre hasta de lo que mas amo! ¡Ah ¿se ha hecho para mí el amor, se ha hecho para mí la felicidad? ¡Tener que aborrecer á mi madre, como detesto á mi esposa! No, yo no puedo consentir en este enlace sacrílego: no debo subir á un altar, cuyos escalones ha labrado el crímen.

Y cayendo en una vaga distraccion, especie de descanso, que el alma encuentra siempre despues de profundas meditaciones, sentóse Gaston delante de una mesa en la que estaba abierto un hermoso libro con hojas de pergamino, matizadas de prolijas y delicadas miniaturas.

Era el breviario en que solia rezar sus horas, devocion harto comun en aquellos tiempos, para que de ella se escusase el hijo de la condesa. Hojeábalo maquinalmente, hasta que fijando una vez en él sus distraidos ojos, y leyendo un versículo, le asaltó de improviso un estraño pensamiento: el de huir de su casa, y sepul-

tarse para siempre en un monasterio, rompiendo cuantos lazos le ligaban á un mundo que le hacia aborrecibles á su misma esposa, á su propia madre.

Levantóse agitado por estas ideas, revelándose la lucha de su corazon en su esterior desasosiego, y ¡cuál fué su sorpresa, cuando al volver los ojos en uno de sus inquietos ademanes, vió alzarse en el fondo del aposento la imponente y grave figura de una religiosa, que con su diestra tendida hácia él, parecia querer hablar é imponerle los mandatos del Señor!

Lanzó un grito el amedrentado mancebo, dió un paso atrás, echó mano á su espada, y á todos estos rápidos é involuntarios movimientos, siguió un instante de reflexion, en que se creyó bajo el peso de una aparicion celeste; y cayendo de rodillas, con ambas manos en el rostro, repitió con trémula voz unas palabras que poco antes había leido.

— Hablad, Señor, hablad, que vuestro siervo escucha.

Nunca el alma está mas dispuesta para la supersticion, que cuando se vé agoviada por el infortunio: fácil es entonces creer estraño y sobrenatural, todo cuanto nos sucede. Abrumados por la terrible verdad del mundo real, nuestra imaginacion anhelante siempre de consuelos, se complace en lanzarnos al mundo de las ilusiones, donde creemos ver brillar la hermosa luz de la ventura.

Por otra parte, aquella coincidencia de los pensamientos ascéticos del mancebo, con la aparicion inesperada de una mujer de hermoso y angelical aspecto y de altivo continente, ves-

tida de hábitos religiosos, era capaz de haber turbado á pechos mas firmes, á mas maduros varones que don Gaston de Fox.

No menos rara y original era la situacion en que se hallaba doña Blanca.

Estraña absolutamente á cuanto le rodeaba, sin saber dónde se encontraba, ni cuyo fuese el castillo que la servia de albergue, no podia comprender por qué conjunto de circunstancias, un caballero, jóven, y cuya audaz espresion le hacia aparecer inaccesible al miedo, se arrodillaba en su presencia.

Asustada la princesa al ver su ademan y al escuchar sus inesplicables palabras huyó despavorida hácia la puerta.

—¿Quién sois? esclamó el de Fox, que comenzaba á salir de su alucinamiento.

—¡Abrid! ¡yo quiero salír! le contestó Doña Blanca.

—¿Pero quién sois? ¿Quién os ha traido aqui?

—No lo sé; tengo miedo... ¡quiero salir de aqui!

—Teneis razon para asombraros de mis acciones, repuso D. Gaston avergonzado de su debilidad: estaba muy lejos de esperar este encuentro al venir á mi habitacion.

—¡Ah! ¿sois el dueño de este castillo?

—¿No me conoceis?

—Nunca os he visto...

—¿No habeis venido á mis fiestas; no me habeis visto en el sarao y en los festines? ¿ó soy tan desdichado, que ni aun los ojos de mis convidados se fijan siquiera una vez en mí el dia de mis desposorios?

—No sé si os desposais; no sé donde me encuentro; soy una dama, que huyendo de sus enemigos implora vuestra hospitalidad.

—Dios nos manda partir el pan con los huéspedes que nos honran; los huéspedes, señora, son los hijos del Señor que vienen á enaltecer nuestra casa. Mas perdonad mi indiscrecion: yo bien sé que las siervas de Dios salen alguna vez del monasterio, pero jamás caminan solas: ¿dónde está vuestra compañera, dónde está vuestra hermana?

Esta pregunta acabó de turbar á la princesa. Cándida, inocente, érale imposible mentir; delicada, pudorosa, érale imposible callar.

—Quien quiera que seais, esclamó Doña Blanca, puesto que me dais hospitalidad, mereceis mi confianza: sabed; pues, que soy dueña de mis acciones desde el punto en que he podido huir de mis perseguidores, y que es una dama, no una monja, la que os pide amparo en vuestra casa.

—Mi casa es la vuestra, vuestros perseguidores son mis enemigos desde este instante.

—¿Sin conocerme? ¿Sin conocerlos?

—¿Qué importa, señora? habeis traspasado el puente de nuestro castillo, habeis confiado en nuestra hospitalidad, y ya sois para nosotros una amiga, una hermana, una persona sagrada. Habeis entrado en esta casa derramando favores á su dueño: al llegar á este aposento mi corazon ulcerado se partia de pesar, y el dulce mirar de vuestros ojos, el eco blando de vuestro acento, han ido apaciguando poco á poco todos mis dolores. Un ángel, una santa, una de aquellas apariciones que

Dios suele enviar á sus escogidos, os creí en mi primer asombro, en mi alucinacion primera: veo que perteneceis á este mundo, pero veo tambien que hay ángeles en la tierra. Jamás podré olvidar el beneficio que me habeis hecho calmando mis tormentos. Vos me habeis reconciliado con la vida, me habeis reconciliado con el mundo, del que pensaba huir para siempre,

—¡Huir del mundo el dia de vuestra boda! esclamó atonita la princesa.

—No estoy desposado aun.

—¡Ah! yo comprendia que la vida nos fuese tediosa algunos dias despues de los desposorios, pero no comprendo que asi sea antes de haberse verificado, repuso Doña Blanca, la esposa repudiada del rey D. Enrique de Castilla. Pero abrid, añadió, abrid esta puerta, llevadme donde haya gente, donde no estemos solos.

—Señora, al venir aqui buscaba yo la soledad; pero con vos me presentaré ufano en los salones donde se ostenta la gala y la hermosura de tres reinos, y toda quedará eclipsada con vuestra presencia. Venid y vereis á mi madre la condesa...

—¡Condesa es vuestra madre!

—Sí, condesa de Fox, y princesa de Bearne.

—¡Gran Dios! ¿Dónde estoy?

—En Orthés,

—¡En su poder! ¡En su castillo!

—¿Pero qué teneis, Dios mio, que pareceis aterrada?

Un horrible pensamiento asaltó entonces á Doña Blanca: al verse conducida por Gimeno al mismo sitio á donde la llevaban sus rapto-

res, al punto en que mas podia temer, de donde debia huir á toda costa; al verse ahora abandonada en una habitacion cerrada, y delante del hijo de sus mas crueles enemigos, llegó á sospechar en la perfidia de su amante.

Perdonémosla esta falta: nada nos hace mas injustos que la obstinacion de las penas, los sufrimientos sin tregua renovados. En disculpa suya debemos añadir que mas cruelmente taladró esta duda el corazon de la princesa, que la certidumbre de sus propios peligros.

—¿Es amigo vuestro, preguntó con decaido acento, un tal Gimeno, natural de la villa de Mendavia?

—¡Don Gimeno de Acuña es mi mejor, mi único amigo!

—¿Es partidario vuestro? insistió en preguntar, aunque con miedo la religiosa.

—Sí; ¿pero á qué vienen esas preguntas?

—¿Es de vuestro bando?

—Es la mejor lanza que tenemos; él solo ha derribado mas beamonteses, que ramas corta el hacha del leñador.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! mas beamonteses, es decir, mas amigos del príncipe don Cárlos?

—Sí, de los que fueron amigos del príncipe de Viana.

—¡De los que fueron! se atrevió á decir doña Blanca, que ya comenzaba á temblar: pues qué; ¿ahora han abandonado á Cárlos sus fieles beamonteses?

—¿Pero de dónde salis vos, que ignorais que los amigos del príncipe don Cárlos, proclaman ahora por reina á su hermana doña Blanca?

—¿Ha hecho renuncia Cárlos en favor de su hermana?

—El príncipe don Cárlos ha muerto.

—¡Ah! ¡Muerto! ¡pobre hermano mio! Estas últimas palabas fuerzas pronunciadas con labio balbuciente, y voz ininteligible.

—¡Cielos! ¿Quién sois? ¿Qué teneis?

La princesa habia caido al suelo desvanecida, y no podia responderle.

CAPITULO XI.

De los consejos que dió Inés al capitan de aventureros.

Mientras á solas departian doña Blanca de Navarra y el hijo de la condesa, á solas iban tambien Inés, la seductora cautiva del castillo de Eguarás, y el capitan de aventureros. Ni Gaston conocia á Blanca, ni Gimeno podia imaginarse que se hallaba delante de aquella mujer de imaginacion tan exaltada, de aventuras tan maravillosas.

En la precision de olvidarnos aunque por breves instantes de los unos ó de los otros; la historia, como el mundo, abandona á los caidos, yéndose en pos de los que salieron de aquella estancia.

Grandes deseos asaltaron á Inés, llevada siempre en alas de su imaginacion ardiente, de despertar los dormidos recuerdos del capitan, anudando aquella famosa alegoria del pá-

jaro y de la jaula que habia puesto el sello á su fugaz conquista: grandes deseos tenia tambien de averiguar la suerte de Gimeno, despues que tan cruelmente la habia abandonado: grandes deseos, por fin, de conocer su última aventura y la causa de su estraño arribo, conduciendo al alcazar de Orthés á una mujer, que á pesar de sus mongiles, le parecia demasiado bella, para no ser temible: y si la dama de la condesa pudo resistir á los impulsos de su fantasía y á la tentacion de curiosidad, no asi al asomo de sus sospechas, al acicate de sus celos.

—¿No me direis, caballero, preguntó Inés, en pago siquiera de los pasos que estoy dando por vos, no me direis cuál es el nombre de esa religiosa, á quien me parece haber visto en el monasterio de...?

—Se llama Sor...

El capitan se quedó cortado.

—En efecto, con Sor debe principiar el nombre de una monja, repuso Inés sonriéndose amargamente debajo de su manto.

—Se llama Sor Gimena, añadió de pronto el capitan.

—¡Gimena! Gimena, la que conocisteis en Mendavia?

—La misma. ¿Pero cómo sabeis..

—¿Gimena, la que amabais en todas partes?

—¡Cielos!

—¿Y cuántos años hace que ha profesado vuestra Gimena?

—Señora, no lo sé: acabo de encontrarme con ella, acabo de libertarla de sus raptores, creo que es libre, creo que me ama.

—¿Y creeis que os amará, cuando sepa que le habeis sido infiel? le dijo la dama con agitada voz.

—¡Dios mio! ese acento me hace recordar... ¿Quién sois?

—¿Creeis que os amará, cuando yo me ponga en su presencia? dijo Inés, alzando el velo, y descubriendo un rostro pálido y consumido, en que brillaban sus grandes y rasgados ojos, bañados tambien de un tinte amarillento que atestiguaba su dolor.

—¡Inés! ¡Inés! esclamó el mancebo con espanto, asiéndola una mano y fijando luego los ojos atónitos y compasivos en su semblante: ¡Pobre Inés, cuán demudada estás!

—Me has engañado desapiadadamente, y sin embargo te perdono, porque á tí te debo los únicos momentos de felicidad que he disfrutado. ¿A dónde vas ahora? ¿á dónde has venido, insensato? ¿á buscar á tu amigo don Gaston, á buscar albergue en el castillo de la condesa? Vuelve atrás, desventurado, que aqui no puedes encontrar sino mujeres como yo, que te inspiren odio, porque te recuerdan tus faltas; que te infundan sobresalto, porque de sus labios está pendiente tu felicidad: huye, que aquí no puedes ver sino perfidias, horrores y la muerte de lo que mas amas: huye, y acuérdate de que debes este aviso á la mujer cuyo corazon has destrozado!

—¡Ah! pero ¿qué peligros me amenazan, qué perfidias me rodean, cómo es posible que me hagas dudar de mis amigos, de mis hermanos?

—¡Huye sobre todo de la condesa y de su familia!

—¡Inés, Inés! esplícame, por Dios...

—Ya es tarde, dijo la doncella con voz seca, viendo aparecer en el ángulo del claustro á Leonor altiva y arrogante.

Era uno de aquellos momentos en que la condesa huia de la gente, para dar rienda suelta á su inquietud y á su llanto, el cual tuvo que reprimir súbitamente al ver brillar en el fondo de aquellos transitos el arnés de Gimeno. Imaginóse, al verle armado de punta en blanco, que era uno de los guerreros que habian salido por órden de Mosen Pierres en persecucion de la princesa, y sus temores se convirtieron en esperanzas de recibir alguna grata noticia.

Aceleró, pues, sus pasos, y acercándose al capitan, le preguntó con ahincó:

—¿Me buscabais? ¿qué noticias traies? ¿han parecido?

—Eso es lo que me estaba diciendo este caballero, me preguntaba por vos, por la condesa Fox, respondió Inès queriendo sacar al capitan del atolladero.

—Pues bien, aquí estoy, ¿qué nuevas me contais?

—¿De quién? preguntó Gimeno atónito.

—De los fugitivos, de Sancho de Erviti, de cualquiera. Y viendo que Gimeno callaba, añadió con impaciencia: ¿Os han enviado aqui para que me contempleis en silencio?

—No; he venido aqui para deciros, que he visto muerto por mis propios ojos á Sancho de Erviti y á dos escuderos suyos: que los demás se han dispersado, han huido temerosos de morder el polvo como sus compañeros.

—¿Y los fugitivos, y mi hermana y su libertador, dónde se ocultan?

—¡Vuestra hermana!

—Sí, ¿nada sabeis de ella?

—¿Es hermana vuestra la religiosa que venia cautiva en la litera?

—Si, mi hermana, ¿no lo sabíais?

—¡Oh! pues entonces ¿qué podia temer de vos, si hubiese venido al alcázar?

—En efecto, nada podia temer de mí, repuso Doña Leonor, con una sonrisa tan sardónica que hizo temblar al capitan de aventureros.

Inés se estremeció tambien: por su frente fria y descarnada caian gotas de sudor: miraba á Gimeno precipitarse de pregunta en pregunta, de palabra en palabra en un abismo, y aunque en aquel abismo debia perecer su venturosa rival, quedaba espuesta la vida de Gimeno, á quien ella queria sacar incolume de aquel trance, aun á costa de su existencia, aun á costa de su venganza y de su ventura.

—Figuraos, caballero, le dijo con marcada y profunda intencion, figuraos, ¿qué podia temer Doña Blanca de Navarra, princesa de Viana, de la condesa de Fox?

—Ella! ¿ella es Doña Blanca? esclamó estupefacto el capitan.

—Este hombre es un imbécil, dijo la condesa á media voz mordiéndose los labios, y luego añadió en tono despreciativo: ¿y son estas todas las nuevas satisfactorias que me traeis?

—Nuevas satisfactorias ninguna, repuso Gimeno con cierto orgullo y resentimiento; porque el caballero que ha salvado á vuestra her-

mana es tan arrogante y tan temerario, que acosado como se vé por todos lados, y en medio de sus enemigos, desafía con su lanza al mundo entero; y ha jurado perder cien vidas que tuviera en defensa de la mujer que ha rescatado.

—¡Ah! ¿le conoceis? ¿sabremos quién es al fin?

—Sí, señora, él mismo lo va pregonando: es tan osado que no teme el decirlo; es D. Gimeno de Acuña, el capitan de aventureros del rey D. Juan II de Navarra.

—¡El bandido Basta, caballero, os agradezco la noticia, ya sé dónde debe ocultarse mi hermana. La encontraremos, si, la encontraremos, aunque sea necesario incendiar las selvas todas de las Bárdenas.

—Escelente me parece este plan, y si quereis yo mismo iré á ponerlo por obra.

—¿Sabe mosen Pierres de Peralta esas noticias?

—Creo que las ignora, he querido comunicárselas antes que á nadie.

—Pues bien, volved al campo inmediatamente.

—Al punto: pero no sabeis con cuantas dificultades he tenido que luchar para entrar y salir en este castillo... vuestros centinelas son tan severos... Si me diéseis una prenda...

—¿Cómo os llamais?

—Garcés, ¿no le conoceis? saltó Inés de improviso, volviendo á sacar á Gimeno de un nuevo apuro.

—Garcés, añadió con tono firme el capitan, cu-

yos pocos escrúpulos en usurpar nombres agenos son ya conocidos en nuestra historia.

—Pues bien, Garcés, tomad este anillo: con él podeis entrar y salir libremente en el alcázar; pero aprovechad esta facilidad para comunicarme á menudo las noticias que vayais adquiriendo.

—Perded cuidado, condesa, me aprovecharé bien de vuestro salvo-conducto.

Leonor se alejó presurosa despues de haberle entregado la sortija, temiendo que fuese notada su ausencia del sarao, y mientras llegaba á los salones réjiamente aderezados, compuso las facciones de su rostro, cubriendo con la máscara de la tranquilidad, del júbilo y de la afable sonrisa, el hondo pesar, la negra inquietud que devoraban su pecho.

—¡Gracias, gracias, Inés generosa! esclamó el capitan, cuando el ángulo del claustro le robó los últimos pliegues del manto que arrastraba la condesa por el pavimento. Te debo la vida... mas que la vida...

—Sí, esclamó Inés con acento sublime y melancólico; me debes la vida de la mujer que amas; me debes la vida de mi rival.

—Que el cielo me perdone, esclamó Gimeno con tristeza y humildad; perdóneme Dios, si he puesto inadvertidamente mis ojos sacrílegos en una reina. No, Doña Blanca de Navarra ya no es tu rival, Inés: Gimena ha muerto para mí, corramos á salvar á la princesa.

—Vamos, Gimeno, vamos; déjame apoyar por última vez en tu brazo, porque me siento desfallecer; y por este favor que me concedes,

por los instantes de felicidad que me has dado, te ruego que ames á la reina de Navarra, como has amado á la villana de Mendavia.

El capitan de aventureros alargó el brazo á Inés, que se apoyó en él cruzando entrambas manos, y así se dirigian lentamente al aposento donde quedó la religiosa.

—Amarla decia Gimeno, ¡imposible, imposible!

Si hubiese tenido alzada la visera, hubiera podido ver Inés dos gruesas lágrimas que rodaban por las mejillas del formidable guerrero.

—¡Amala, Gimeno! Ten fe en las palabras de Raquel; ¿te acuerdas? «Ama á Simon, hija »mia, que Simon es digno de tí, y tú eres dig»na de un príncipe.»—Muda los nombres, y verás como te encuentras por mi desgracia capaz de amar y de ser correspondido de la princesa.

Al hacer Inés este sublime esfuerzo de abnegacion, brotaba el llanto á raudales de sus ojos, único consuelo, único alivio que sus penas habian esperimentado desde su salida del castillo de Eguarás.

Y sin pronunciar una palabra mas llegaron á las puertas del aposento, y antes de abrirlas se sintió el tenue rechinido de la visera y el estallido de un beso, último crepúsculo de un amor fugaz que se habia hundido para siempre en un mar de desventuras.

CAPITULO XII.

En que se refieren ciertos amoríos, que omite el fraile de Trache por no escandalizar á sus lectores.

Hemos aqui ya frente á frente de Gaston y de la princesa: esta inmóvil, insensible, derribada como una estátua entre ruinas; aquel profundamente agitado, reciamente combatido por violentas pasiones, concentrada toda su vida y vigor en el corazon.

Sublevábase con altivez é indignacion al descubrimiento de las negras tramas que se urdian á costa de su ventura, y que si antes de serle bien conocidas pudieron fascinarle algunos momentos, ahora las consideraba como una intriga miserable, inventada solo para satisfacer ambiciones que le causaban á la vez terror y desaliento.

Penetraba al mismo tiempo en el fondo de

su alma, espejo fiel donde solo se retrataban la hidalguía, la generosidad, el entusiasmo, todas las pasiones nobles, envueltas en una atmósfera brillante, en una necesidad comunicativa de amor y de gloria, que sienten mas que nadie los hombres de su temple. Buscaba allí la imágen de la mujer en quien debia vincular su existencia; buscábala, pero en vano; solo encontraba los gérmenes del odio, del desprecio que á corazones enteros infunde la arrogancia y la soberbia mal cimentadas. Buscábala, y en vez de encontrar allí la esposa querida que venia á compartir con él sus goces y sus pesares, veia con estremecimiento la imágen de otra mujer muy mas hermosa, con todo el encanto y el misterio de una aparicion celeste, de una beldad desconocida, cuya mirada dulce y bondadosa, cuya espresion digna sin ser altiva, triste sin ser amarga, realzaban mas los inmerecidos desaires recibidos de la que iba á ser aquella noche su eterna compañera.

Era la primera vez que amaba, era aquella la primera gota de cariño que se rebosaba de su hinchado corazon: amaba despues de aborrecer; amaba, cuando sus mismos sentimientos filiales estaban embotados; amaba y aquel amor incipiente era el único lazo que le ligaba al mundo... ¡Oh! Cuánto debia amar!

En pie, delante de la religiosa reclinada en un escaño, considerábase el ángel tutelar de aquel ser desvalido; tendia ufano sobre ella las alas de su corazon; devorábala con los ojos, y no se atrevia ni á respirar siquiera, por no turbar aquel reposo plácido, aquel sueño fugaz, único período de su imperio sobre ella, único

tal vez de su dicha. ¡Cuán lisonjero, cuán dulce no era para el mancebo generoso poder cobijar á su sombra á una mujer hermosa, perseguida que se acojia tímidamente bajo su asilo! ¡Cuánto no contrastaba esta con su anterior situacion! De protegido pasaba á protector, de agente de sangrientas intrigas, se habia convertido en amparador de la inocencia.

Porque Gaston no dudaba un solo momento de la de aquella religiosa; Gaston tenia presentes sus palabras y sus miradas; y si bien no podia esplicarse el efecto producido Don en ella por la noticia de la muerte del príncipe Cárlos, era porque no podia apartar de su memoria aquellas sencillas frases en que le habia revelado que era libre.

—Es libre, se decia á sí propio, y todavía lo soy yo; es una dama, y yo soy un caballero: ¿por qué no he de sacudir de una vez el yugo insoportable que me quieren imponer; por qué no he de mostrarme una vez indómito y resuelto, cuando de este esfuerzo depende la suerte de mi vida entera? Criminal fuera yo, y sobre criminal cobarde, prestándome á servir de dócil instrumento á planes inícuos, á bastardas ambiciones. La Providencia, sí, la Providencia ha conducido aquí este ángel por rumbos para mí desconocidos: la creí en el primer momento enviada de Dios, y enviada de Dios debo creerla ahora; no para apartarme de la humana sociedad, sino para reconciliarme con ella.

Tan diversos pensamientos y pasiones agitaban á Gaston, cuando el ruido de la puerta vino á sacarle de aquel arrobamiento. Su primer impulso fué de estrechar á la princesa con

tra su corazon, como temeroso de que pudiesen arrancársela; pero reflexionó luego, que ningun derecho tenia para retener un tesoro que no era suyo.

Acudió, pues, á la puerta con resignacion y abatimiento, abrióla de par en par, y al ver un guerrero que permanecia en el dintel con los brazos cruzados, retrocedió con asombro y esclamó con alterado acento:

—¡Dios mio! ¿estoy soñando? ¡Gimeno!

—¡Cómo! ¿sois vos? don Gaston, ¿vos en este aposento? ¡pese á mi alma!

—Dadme los brazos, amigo mio, entrad: venid en buen hora: ya no soy tan desgraciado, pues tengo á quien comunicar mis penas.

Gimeno que hace algunos instantes se hubiera abalanzado al seno de su amigo, permanecia inmóvil.

—¿Estais solo? le preguntó dirigiendo furtivas miradas al fondo del aposento.

—¿Solo? No; estoy con un ángel; con una beldad hechicera. Entrad os contaré la mas estraña aventura que pudiérais imaginaros. Pero ahora recuerdo que ha preguntado por vos. Acercaos, amigo mio. ¿Sabeis quién es esa hermosa desmayada? ¿No me diréis quién la trajo aquí?

Al oir estas dos preguntas, asaltáronle á Gimeno dudas crueles, algunas de las cuales, presto habian de quedar desvanecidas.

¿Era el que tal demandaba el poderoso dueño de un castillo, que antes de dar rienda á su generosidad queria saber sobre quién iban á recaer sus favores, ó era además el dueño de un corazon mas grande que su castillo dónde no le

embargaba para dar hospitalidad á un amor recien venido, el tenerle ya ocupado por el amor que debia profesar á su esposa? ¿Se habria propasado don Gaston con alguna accion descortés delante de la princesa? ¿Sería cómplice de su madre? ¿Habría descubierto Blanca que se hallaba en casa de sus enemigos? Y si no, ¿por qué tal desmayo?

Fijóse el capitan en esta última interpretacion, y como saben nuestros lectores, se fijó en la verdad, que alguna habia de ser cierto lo mas favorable. Pero aun en este caso quedaban en pie sus celos avivados por el aturdimiento, por las incoherentes palabras del imberbe mancebo.

Resolvió, pues, Gimeno disimular y observar como prudente, y huir cuanto antes pudiese de un palacio, que ya miraba como la tumba de sus amores.

—¿Callais? ¡Ah! prosiguió el de Fox: ¡no os sorprende su rostro! Sin duda la conoceis...

—¿Y quién diablos os ha dicho tal cosa? respondió friamente el paladin de la princesa: y haciendo una pausa como para notar el efecto que sus palabras producian en su amigo, prosiguió con cierta aspereza: y aun cuando lo supiera, ¿de qué os servirian semejantes noticias?

—¿De qué? ¡Ah!—Teneis razon, amigo mio... Perdonad esta indiscrecion... ¡qué se yo!.. estaba alucinado... crei que...

No sabia el pobre de don Gaston cómo disimular su inquietud, ni cómo recoger las velas que habia largado.

—Vamos, vamos, príncipe, dijo el capitan

con gravedad por disimular su enojo: debiais haber pensado mas en su salud que en sus aventuras.

Y dirigiéndose á la puerta, prosiguió el caballero:

—Entrad, Inés, y prestad vuestro auxilio á esa religiosa desmayada.

Inés entró con harta sorpresa de Gaston, cuya inquietud contrastaba con la calma y el aplomo del recien venido.

Cerró este la puerta, echó la llave; cogió la lámpara; registró la estancia para saber si habia alguna otra salida, y satisfecha su curiosidad, dejó la luz sobre la mesa, y llevando al príncipe al ángulo mas retirado del parage en que estaban las damas:

—Ahora, le dijo, estoy dispuesto á satisfacer todas vuestras dudas.

El hijo de la condesa, conoció sin duda que habia andado muy precipitado en descubrir sus amores, y queriendo afectar ahora tanta indiferencia, y tanta serenidad como pasion y aturdimiento habia manifestado al principio, contestó:

—En primer lugar, quisiera saber por qué feliz casualidad os hallais en el castillo.

—¿Es curiosidad, ó es reconvencion?

—Ingrato amigo, repuso Gaston con verdadero sentimiento: no guardeis, por Dios, esa gravedad que me ofende, ni pronuncieis esas palabras que me hieren. ¡Reconvenciones por verte aqui, cuando eres el único ser á quien echaba de menos en mis fatales bodas! Reconvenciones, cuando yo las dirigia tan senti-

das á mi madre porque no habia cumplido mi encargo de convidaros.

—Estas últimas eran muy injustas: porque tanto vos como vuestra madre, me habeis dirigido un atento mensaje convidándome á la boda.

—Mirad que estais equivocado, porque yo sé de fijo que la condesa ningun mensaje os ha mandado.

—Pues yo no sé como lo dudais, cuando estoy seguro de haberlo recibido.

—Estrañas cosas nos suceden, esclamó Gaston, con el pensamiento en la desconocida.

—Sin duda el cielo las dispone, añadió Gimeno con los ojos fijos en la religiosa.

—Y ahora ¿no me direis quién es ella? preguntó el mancebo.

—¿Lo ignorais de veras?

— Oh! no me hableis con esa sonrisa, ni dudeis jamás de mi sinceridad: puedo cometer faltas, pero no bajezas.

Tampoco se dejó vencer Gimeno por el tierno acento y sincero lenguaje de su amigo.

¡Cuánto debia sufrir para ser tan inflexible!

—Quien puede ser esa señora, yo no lo sé; dijo el capitan, pero lo que os puedo decir, y hasta referir menudamente, son las aventuras á las cuales se debe que haya venido á vuestro castillo.

—Sepa yo lo que vos sabeis, que lo demas lo averiguaremos juntos.

—Decidme ante todas cosas, ¿amais á esa muger?

—¿Podeis dudarlo? nunca supo mi corazon

lo que era amar, hasta que la vieron mis ojos.

—¡Hola! ¿con que no es un amor vulgar, es una pasion verdadera la que sentis? Pues bien, ya me considero en el deber de revelároslo todo, todo.

Dijo el capitan semejantes razones con un acento tan particular, con una voz tan cavernosa, con una sonrisa tan maligna, que hubiera debido sobrecoger á quien no fuese un amante de diez y ocho años, en los ardientes arrebatos de su pasion primera.

Sentíanse en el pecho de Gimeno aquellos profundos bramidos que preceden á la erupcion de los volcanes.

—Pasion verdadera, sí, repuso el mancebo que no escuchaba otra voz que la de su corazon estraviado; pasion verdadera que me hace rechazar á otra mujer, despues de haberle tendido la mano para ser suyo; que es un aviso de la Providencia para apartarme de las combinaciones del crímen.

—¡Basta! le interrumpió Gimeno con voz atronadora.

—¡Pardiez! ¿qué teneis?

—Digo que... basta eso para comprender que amais demasiado, repuso el capitan reprimiendo la furia de sus celos y el horror que le inspiraba revelacion tan sacrílega, hecha con el candor de una vírgen.

Y volviendo luego á su tono sarcástico, prosiguió con afectada tranquilidad:

—Venia yo con mi buen escudero Chafarote por el camino de Orthés, cuando en un barranco, á cosa de media legua del pueblo, senti-

mos ruido de cascabeles y pisadas de cabalgaduras hácia el arrecife de San Juan de Pie de Puerto.

—¿De dónde?

—De San Juan de Pie de Puerto, repuso el capitan acentuando perfectamente las palabras.

—¿Venian de allí?

—De allí venian.

—Proseguid.

—A poco rato descubrimos un peloton de gente: caballeros, pajes, escuderos y mozos de cuadra, armados todos hasta el cogote, y escoltando una litera.

—Alguna dama de calidad que venia á mis bodas..

—Dama era en efecto, porque tan pronto como nos hallamos á corta distancia, una voz femenil salió de la litera diciendo: «caballero, »socorredme, que me llevan cautiva contra »mi voluntad.»

—Y eso, ¿cuándo ha sido?

—Hace muy pocas horas.

—Y vos, ¿qué hicísteis?

—¿Qué habia de hacer? poner lanza en ristre, afirmarme en los estribos, y enderezando mi bridon hácia el que de capitan de aquella gente hacia, decirle con tono firme y ademan resuelto:—«O poneis inmediatamente en liber»tad á esa doncella, ó lo que fuere; ó desde »luego sois conmigo en singular batalla.»—La contestacion no se hizo de esperar: el buen caballero no sufria semejantes indirectas; cargó sobre mí con toda su pujanza; pero como en la embestida se ladease un tanto su troton,

que era mayor que un dromedario, le metí la lanza por un costado y le salió por el opuesto.

—¿Le conocisteis?

—Sí.

—¿Quién era?

—Sancho de Erviti.

— Ah Sancho! el amigo, el confidente de mi madre!

—Y bien, ¿qué?

—¡Proseguid por Dios! no sabeis qué cosas tan horribles comienzo á vislumbrar.

—Ya debeis suponer, continuó con terrible calma el capitan, que muerto el pastor, se dispersan fácilmente las ovejas, como allá nos decia el cura de mi pueblo. Los escuderos, pues, á los pocos botes de mi lanza, se fueron por donde mas en mientes les vino, y solo alguno que otro mal intencionado, se entretuvo en aporrear á Chafarote, á quien, concluida la aventura, encontré mas molido que Cibera.

—¿Y la dama?

—A eso voy. Abrí la portezuela de la litera, y me encontré con que habia salvado á una desconocida. Don Gaston, os juro por mi honor que lo era para mí! añadió Gimeno, en tono grave y solemne.—Y no solo me era desconocida, sino que me hallo con que era una religiosa. Figuraos qué gentil recompensa podia yo esperar, como no fuese en el otro mundo. ¿No os reis del chasco, don Gaston?

El sarcasmo de Gimeno era demasiado acervo, era ya hasta insultante; pero el hijo de la condesa tenia la vida pendiente de sus palabras, y le escuchaba fascinado. No insultar, hollarle

hubiera podido entonces Gimeno, sin que lo advirtiese.

—Proseguid, le dijo con trémulo acento.

—La religiosa me confesó de buenas á primeras que no lo era, que sus mas próximos deudos habian querido sepultarla en una celda...

—¡Callad! ¡callad!

—Y que la llevaban ahora cautiva para envenenarla...

—¡Gran Dios! ¡qué horror!

—Cierto, horrible cosa es; pero habeis de saber que los deudos de esa dama son gente abonada para todo; como que, segun he sabido despues, el hermano mayor de esa pobre religiosa, tambien murió de un jicarazo...

—¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó el mancebo con desesperacion; amar yo por primera vez...

—Sí, ¡y amar á la hermana de vuestra madre! le interrumpió Gimeno con toda la furia, con toda la hiel, con toda la compasion que habia estado atesorando y conteniendo dentro del pecho: ¡y libertarla yo de centuplicado número de enemigos, y ser tan estúpido, tan imbécil que la traigo al mismo punto á que sus enemigos la llevaban!

—Consuélate, Gimeno, tu reina te perdona! dijo doña Blanca de Navarra, que merced á los cuidados de Inés acababa de volver en sus brazos del desmayo, y que habia escuchado las últimas palabras de su esforzado paladin.

—¡Oh! ¡para mí no hay perdon! ¡para mí es imposible que lluevan ya las bendiciones del Cielo! esclamó anonadado el hijo de la condesa.

Terrible era en efecto la situacion de este jóven infortunado.

Acaba de sentir el amor con toda la violencia con que esta pasion impera en un alma virgen: envuelto en las redes de una bastarda intriga, iba á ser arrastrado al altar para unir su suerte á la de una mujer aborrecida: cuando llegaba á comprender el precio inestimable de su libertad, y el sacrificio inmenso que hacia á la ambicion de su madre, se habia enamorado con delirio del primer objeto digno de amor en que sus ojos tropezaron. Acababa de saber tambien, que este objeto sublime, que esta mujer era el blanco de los odios de su familia: deuda suya inmediata, hermana de su madre, á quien hoy de tan estraño modo conocia.

Parece que la Providencia, para refrenar los ímpetus de su corazon audáz, y preveyendo que las pasiones del mancebo romperian fácilmente los diques que suelen contener á otros hombres, habia querido reforzar este dique con otro nuevo, robusto, insuperable, oponiéndole la barrera del respeto debido á la hermana de su madre, despues de la fidelidad que debia á su prometida esposa.

Sin embargo, faltaba todavía otro nuevo obstáculo, invencible para un corazon leal y generoso.

Parecia una lucha titánica, en que los dioses del Olimpo amagados por una pasion sacrílega y gigante, se complacian en echar montañas sobre montañas, para apagar el amor impío del mancebo.

Este nuevo obstáculo debia levantarse, si al-

guna vez llegaba Gaston á conocer la pasion de su amigo. Sin embargo, ¡cuántos esfuerzos debia hacer este por ocultarla!

Gimeno, el capitan de aventureros; Simon, el judío de Mendavia, que por el amor de una villana desconocida, é iluminado al mismo tiempo por la luz de la fé, abjuró la religion de sus padres; Gimeno, que tantas veces aventuró la vida en defensa de la gentil labradora; Gimeno, que tantos prodigios de valentia y de arrojo habia hecho para convertirse en capitan de bandidos, y luego en capitan de aventureros; acababa de medir con una sola palabra el abismo que le separaba del imán de sus pensamientos, del único anhelo de su corazon.

—«¡La reina te perdona!»

¡Ay! Entre la princesa de Viana y el hijo de Samuel, entre la heredera del trono, entre la legítima señora de Navarra y el antiguo salteador de caminos, habia la misma distancia, cabía la misma union que entre la luz y las tinieblas, la vida y la muerte, el polvo y las estrellas.

Alguna vez sospechaba el capitan de aventureros, tanto por el porte distinguido de la villana, como por lo estraño de sus aventuras, que no debia pertenecer ella á la humilde y despreciada clase en que apareció primeramente á sus ojos; mas, por muchas riendas que soltase á su fantasía, nunca sus sospecbas fueron mas allá de tenerla por hija de algun hidalgo. ¿Qué efecto, pues, no debia producirle el inesperado descubrimiento de que la mujer, á quien habia requerido de amores, á quien habia tu-

teado, era nada menos que hija de un soberano, su reina y señora?

—¡Perdon, señora, perdon! esclamó, Gimeno postrándose de rodillas delante de la princesa; y no atreviéndose á levantar los ojos para clavarlos en aquel augusto semblante, que hasta entonces había profanado con sus miradas.

—Alzad, Gimeno, alzad, contestó con dignidad la religiosa, y luego le advirtió con triste sonrisa: No conviene que vean de hinojos ante la proscrita al amigo de la condesa, al que mas sangre ha vertido de los valientes defensores de mi pobre hermano.

¡Era verdad! Y confundido, anonadado con la verdad el capitan de aventureros, no tenia voz para replicar, ni aliento para erguir su frente.

La princesa interpretó desfavorablemente aquel silencio.

—¡Tú tambien, como los demás! esclamó con amargura.

Abrumado Gimeno por una sospecha tan injusta, herido en lo mas vivo de su corazon, alzóse con despecho; pero transcurrido apenas un solo instante, clavó sus ojos en doña Blanca con inefable ternura, cruzó los brazos; raudales de lágrimas se le agolparon á los ojos, y con trémulo acento esclamó sin saber lo que decia:

—¡Gimena, Gimena

Pero asustado de sus propias palabras, añadió de repente con voz humilde y respetuosa:

—¡Señora... señora mia! ¿no me habeis conocido antes de ahora?

Aquella mirada de Gimeno, aquel acento que partia del corazon, aquel recuerdo de bo-

nancibles tiempos, hizo conocer á la princesa la injusticia de sus reconvenciones.

—Sí, sí! lo comprendo, perdonadme! era imposible que el noble corazon que conocí en Mendavia, se hubiese pervertido en el estruendo del combate: era imposible que quien tanto me amaba...

—¡Callad, callad! Gimeno, esclamó mirando con terror á su amigo, tendiendo su brazo á la princesa, como si hubiese querido recoger aquellas palabras.

Gaston levantó la frente de improviso cual si una víbora le hubiese mordido el corazon; miró á su amigo con furor sombrío; quiso hablar y dió una especie de ahullido; lanzóse á la puerta; abrióla convulso y desapareció al instante, haciendo retemblar el salon inmenso al cerrarla de golpe.

—¡Huid, alejaos de aqui! dijo entonces Inés sobresaltada: huid presto: yo voy á contenerle.

Y aquella alma generosa que parecia conservar algunos resplandores de vida, solamente para iluminar á su ingrato amante, voló en pos del mancebo, como vuelan los ángeles custodios para detener la mano del hombre que se levanta para el crímen.

CAPITULO XIII.

De cómo el reprender una cosa en que no se ha pensado, pone en tentacion de hacer lo que se reprende.

No tuvo que dar Inés muchos pasos. Habia llegado Gaston sin saber lo que se hacia, hasta la parte de edificio donde principiaba á sentirse el estruendo armonioso del sarao, el bullir de las gentes, los reniegos de los pages, y tal cual conversacion acalorada de amantes descarriados, que tornaban al salon con las megillas encendidas, y maldiciendo, ¡ingratos! del arquitecto que habia hecho del vasto alcazar un verdadero laberinto.

Allí se detuvo, como si la humana sociedad le presentase un linde que nunca debia atravesar: allí se detuvo por instinto, por ese mismo instinto que hasta aquel punto le habia conducido.

Inés llegó turbada y anhelante, temiendo que

en un momento de celoso despecho, pudiese revelar Gaston á su madre el paradero de la princesa.

—Señor, esclamó Inés al acercársele, ¿adónde vais?

—¿Y qué os importa? le contestó el mancebo bruscamente.

—¡Ah, señor! tened compasion de una mujer inocente y desgraciada; ¡tened compasion de la hija de cien reyes, que se trocára por la hija de un pechero; y respetad sobre todo la vida de un hombre, cuya sola falta es ser demasiado generoso!

—¿Y qué quereis que haga? preguntó confuso el príncipe?

—Lo que os dictaría vuestro leal corazon en momentos mas serenos: ocultar á vuestra madre y mi señora el asilo de los amantes... su vida está en vuestras manos...

—¡Teneis razon! esclamó pensativo el mancebo, á quien por vez primera le acababa de ocurrir una idea de que Inés le suponia, no solo capaz, sino en ánimo resuelto de llevarla á cabo,

—Si el logro de vuestra pasion es imposible, tened al menos la gloria y el consuelo de haberla sabido vencer: algo es, señor, para un alma desdichada, el que la persona, que labra su desdicha le deba toda su ventura; prosiguió la dama con tierna melancolía.

—¡Oh! ¡pero os habeis equivocado, Inés! ¡habeis supuesto que yo...

—¡Perdonad! pero al veros huir de su presencia...

—De su presencia no: huyo de mí mismo:

huyo de este corazon á quien todo el mundo desdeña: huyo... ¡Pero Inés! Inés! el dardo viene conmigo enclavado, y cuanto mas corro, mas profunda va siendo la herida. ¡Inés! ¡Inés! si tú amases, tendrias compasion de mí!

—¡Ah! ¡sí! ¡yo no amo! repuso la doncella con una sonrisa mas triste que el último rayo del sol que dora los bordes de una nube tormentosa. Es cierto, ¡yo no amo! por eso veis que mis megillas compiten en colores y frescura con las rosas de primavera! ¡yo no no amo! por eso veis en mis ojos el reflejo de la felicidad! ¡yo no amo! ¡por eso veis mi frente mas serena que las aguas de un lago en una noche de estío! ¡yo no amo; por eso veis que mis ojos no vierten una sola lágrima; que la fiebre no enciende mis venas; ni los suspiros van consumiendo mi corazon! ¡Ah! ¡yo no amo! ¡por eso veis, que yo, pobre flor de un solo dia, no voy á caer ya marchita en la mañana de mi vida!

—¿Tambien tú, pobre Inés!.. ¿Pero has sentido jamás ese infierno de la vida que se llama celos?

—Señor, ¿os han dicho alguna vez que erais amado?

—¡Nunca!

—¿Os lo han demostrado con dulces miradas, con tiernas solicitudes, con trasportes delirantes, con embriagadora sonrisa?

—¡Oh! ¡jamás! ¡jamás!

—Y despues de haberos empapado en aquellas miradas, y de haberos arrastrado en el vértigo de aquellos transportes, y de haberos hechizado con el dulce reclamo de aquellas solicitudes, y de haber bebido en ardientes labios

el néctar de aquella sonrisa, ¿os han abrevado de hieles, os han abandonado en el lodo de la ignominia, os han hollado con los pies, con aquellos pies cuyas huellas hubiérais besado?

—¡La muerte! ¡la muerte sería preferible al dolor de tan negra ingratitud!

—¿Y habeis tenido en vuestras manos la vida del ingrato...

—¡Ah! Eso sí.

—¿Ha estado pendiente su ventura de un paso, de una palabra, de un gesto, de una mirada vuestra?

—¡Sí! ¡sí!

—¿Y os habeis detenido, habeis sellado vuestros labios, habeis cruzado vuestros brazos, habeis cerrado vuestros ojos, habeis conservado, en fin, la vida de ese hombre, para que otra mujer pueda enseñorearse de aquel corazon adorado?

—¡Inés, Inés, lo mismo que á mí me pasa!

—¿Y lo habeis visto delante de su rival triunfante y orgullosa?...

—Sí!

—¿Y los habeis dejado solos, y habeis huido de ellos, llevando grabadas con fuego en vuestra imaginacion todas sus sonrisas, todas sus miradas, todas sus caricias?

—¡Sí, sí, allí estan, allí están saboreando las delicias que nos arrebatan! allí están...! pobre Inés, tú tambien tienes celos como yo; pero como yo, no tienes sobre tí la maldicion divina! A tí te queda el consuelo de la resignacion, á tí te queda la esperanza de otra mejor vida, y las raices que eche tu dolor en este mundo servirán para que estienda sus ra-

mas en el cielo el árbol inmortal de tu ventura; pero yo, yo que he principiado ofendiendo á Dios con un amor incestuoso, ultrajando las leyes de la naturaleza; yo que he nacido de padres y de ascendientes criminales, y cuyo primer afecto es un crímen; yo tengo que seguir en esta senda fatal por donde me arrastra mi destino. El árbol de la felicidad eterna, estéril debe ser en mi corazon.

—El cielo es grande, señor, y está abierto para todos. Dejémoslos huir...

—¡Huir juntos! ¡Qué diferencia en nuestras almas! Tú puedes conformarte con la pérdida de lo que amas, tú puedes consolarte con su felicidad, yo no. ¿Por qué la Providrncia ha encendido en mi corazon un volcan desconocido? ¿por qué ha presentado delante de mis ojos esa mujer, antes de que su nombre me hubiera puesto la venda del respeto? No, yo no puedo dejar de amarla! yo no puedo consentir en mi suplicio, no puedo ser mi propio verdugo! Dejarlos huir, dejarlos que se embriaguen de felicidad, sin que el recuerdo de nuestra miserable pasion venga á turbarla un solo instante!

—¡Cierto, cierto!

—Inés, mientras nosotros no podemos apartarlos de nuestra fantasía, ellos se dejarán llevar en bonancible impulso del viento de la prosperidad; ellos enagenados de placer, ellos arrullados por el amor, quedarán adormecidos en un éxtasis delicioso, y ni una sola vez despertarán sobresaltados con el ensueño de nuestra miseria, y ni una sola vez pronunciarán

nuestro nombre, ni consagrarán á nuestra desgracia un solo recuerdo!

—¡Callad, por Dios, esclamó Inés, sin levantar sus tristes ojos, fijos sin pestañear en el suelo: callad, que estais renovando todos mis tormentos! Oh! qué amargas son vuestras palabras!

—Tormentos solo y amarguras puede ofrecernos ya la vida!

—¿Y ella en tanto. ...

La voz de Inés era tan sombría, que quedó como apagada en su pecho; Gaston dió algunos pasos.

—¿Adónde vais? tornó á preguntarle Inés con menos espanto, con menos energía que al encontrarle en aquel sitio.

—¡Inés, Inés! esclamó el príncipe, hay familias predestinadas para el crímen, y la mia es una de ellas.

—¿Pero vais á revelar á la condesa...

Don Gaston guardó silencio.

—¡Una accion baja y cobarde! añadió Inés recobrando su antiguo vigor.

—¡No! nada temas, salvaré á la princesa, pero su amante...

—¡Deteneos, deteneos! esclamó la dama, cayendo de rodillas, acompañando con el ademan sus perdidas voces.

Gaston estaba ya lejos, y se habia encaminado al aposento, donde solos quedaron los amantes perseguidos.

En vano Inés hizo esfuerzos para levantarse y correr tras él; las terribles y opuestas sensaciones que habia esperimentado, la dejaron tan

débil, que no podia tenerse de pie sin apoyarse en la pared.

—¡Oh! decia la infeliz con resignacion cristiana, si ha nacido el uno para el otro, ¿á qué turbar los designios de la divina Providencia?

Al poco rato sintió pasos lentos y resonantes, que el eco repetia por aquellas bóvedas: era Gaston que volvia taciturno, y los brazos cruzados con desaliento.

—¿Qué habeis hecho? esclamó Inés estremecida.

—Cerciorarme de que se han fugado.

—¡Gran Dios! ¿están en salvo?

—No, no te sonrias tan presto; por el contrario, creo que han corrido á su perdicion.

—¿Por qué

—Mi madre tiene dadas sus órdenes para que nadie salga del alcázar sin ser reconocido.

—¡Bendito sea Dios! esclamó Inés, y el júbilo parecia reanimar su vida é iluminar su pálido semblante. ¡Bendito sea Dios! Gimeno tiene un salvo conducto, el anillo de la condesa: ya no peligra su vida; ahora no me importa perder la mia.

A esta sazon quedaron sobrecogidos los desdeñados amantes, por un rumor estraño: conmoviose el pavimento, retemblaron las vidrieras de la galerías, y poco á poco se fue notando el estruendo de las pisadas, el estrépito de las armaduras, y hasta se llegaron á oir clara y distintamente el bronco acento de los guerreros, y la aguda voz de la condesa, quevenia hablando con ellos acaloradamente.

—De nuevo nos han burlado, Mosen Pierres, decia doña Leonor.

—Tan de fijo los teneis en el alcázar, como á estas horas está Sancho de Erviti en el infierno.

—¿Pero no veis que en ninguna parte aparecen?

—Los tontos serian ellos en asomar las narices, si pueden esconderse.

—¿Pero habian de ser tan locos, ó tan desesperados, condestable, que huyende de mí, viniesen á mi misma casa?

—Ignoro, señora, si se les ha vuelto el juicio, ó si han perdido la esperanza; lo que sé deciros es, porque yo mismo he tropezado con los villanos que traían de la rienda las cavalgaduras, que el buen paladin, desfacedor de tuertos, les dijo que enderezasen el paso á Orthés; y que si luego, por sospechas ó por antojo, le vino en mientes el despacharlos, amenazándoles con sendos palos, sino tornaban atrás y le dejaban solo; los centinelas deponen contestes haberle visto entrar escoltando la litera y detenerse en el patio.

—Sí, pero en el patio está la litera vacía y el caballo de Sancho de Erviti desmontado.

—¿Pues no conoceis, por San Fermin bendito, que habiendo quedado Sancho tendido en el campo, mal puede haber venido caballero en su bridon?

—Pero nadie ha visto al libertador, ni á la religiosa; ¿qué es esto, Dios mio? ¿se los ha tragado la tierra? esclamó doña Leonor con impaciencia.

—¡Qué diablos! nadie los ha visto, porque nadie mas que los centinelas se curan en un dia de bodas de quién entra, ni de quién sale;

y como habíais dado aquella órden maldecida, de que apenas se presentase una litera..

—¡Oh! es preciso confesar, condestable, dijo la condesa bajando la voz, que si ha venido aquí mi hermana, despues de tan aciagos acaecimientos, Dios nuestro Señor protege mi causa, y la divina voluntad ordena que me siente en el trono de Navarra.

—Y eso que os ha puesto delante sobrados obstáculos la divina voluntad, repuso Mosen Pierres maliciosamente, evocando recuerdos sangrientos, que hicieron temblar á la condesa misma.

—Ya solo nos falta que registrar esta parte de alcázar, dijo Leonor, desviando la conversacion.

—Y aquí está vuestro hijo que nos puede ahorrar tal vez algunos pasos.

—¡Gaston! le dijo su madre, reprendiéndole con una mirada lo huraño de su condicion, y la esquivez de su conducta.

El mancebo, sin hacer caso de las reconvenciones de su madre, dirigió la palabra á Mosen Pierres de Peralta.

—En efecto, condestable, cumplida razon puedo daros de lo que os trae inquieto.

—¡Ah! ¿los has visto? esclamó la condesa con gozo mal disimulado.

—Al apartarme de vos, estaba muy lejos de sospechar, que en mi antigua y apartada estancia, habia de encontrar á doña Blanca de Navarra.

—¿Y con efecto el malandrin es...? preguntó Mosen Pierres.

—El capitan de aventureros, don Gimeno de Acuña.

—¡Vamos, vamos! dijo la condesa dando algunos pasos hácia delante. Y con una carcajada añadió: Veo que el ser valiente no estorba para dejar de ser discreto.

—No os apresureis, señora, repuso el hijo con acento sosegado. Si hace poco los teniais en el castillo, ahora no podeis decir otro tanto.

—¡Cómol

—Como que ya deben estar asáz lejos de esta morada.

—¿Habrás sido capaz tú, mal hijo?... saltó ciega de cólera la condesa.

—¡Ah! nada temais de mi, soy hijo digno de tal madre: no he sido capaz de ser generoso.

—Perdona, perdona, Gaston, hijo mio! pero... por Dios, no te burles asi de tu pobre madre: dime donde estan....

—Señora, os lo he dicho ya, en el campo, en el espacio, disfrutando esa libertad que Dios ha concedido á las aves, á los brutos, á las auras.

—¿Pero quien, quién ha sido el traidor, quién ha sido el infame que les ha dejado partir?

Y Doña Leonor al prenunciar estas palabras, revolvia sus ojos, y se tornaba de todos lados, como basilisco que busca una víctima en quien fijar sus miradas, y repetia con furia:

—¿Quién ha sido el infame...

—Vos misma.

—¿Yo?

—Vos, señora, vos.

—¡Oh! estás loco, andas muy sobrado con

una madre: te burlas muy cruelmente de mis inquietudes: juegas con poco respeto con mi corazon...

—Basta, señora! mirad si en vuestra mano están todos los anillos que llevábais hace algunas horas.

—¡Ah

—Mirad si con el que os falta puede entrar y salir cualquiera libremente del alcázar.

—¿Con que Garcés...

—Garcés, señora..., no sé quien sea Garcès. Pero Gimeno, Gimeno de Acuña se llama el que de vuestras propias manos ha recibido la sortija.

—¡O rabia! Pero Gimeno tiene cómplices, Gimeno no estaba solo, con él ví una mujer: ah ... ya recuerdo, Inés, Inés!

En aquel instante mismo reparó la condesa en la cuitada doncella, que reclinada en la pared, escuchaba temblando las amenazas de su señora.

Los ojos del basilisco habian encontrado la víctima que buscaban.

—Cualquiera ofensa que hagais á esta doncella, me la haceis á mí propio, dijo Gaston interponiéndose con las dos mujeres.

No sabemos hasta qué punto hubiera servido á Inés el amparo del hijo de la condesa, si afortunadamente no se hubiera sentido á la sazon choque de espadas y gritería de combatientes, tras de los cuales se lanzaron precipitadamente todos los caballeros que componian la comitiva de la condesa.

CAPITULO XIV.

De cómo el paje rubio se encargó de una embajada, cerca del capitan de aventureros.

Recordará el lector, si no es desmemoriado, que mas de una vez hemos hecho observar la contradiccion que habia entre las razones del capitan de aventureros y las de la condesa y su hijo, en punto al famoso convite de boda; y aunque en achaque de palabras, mas bien debíamos propender hácia los que atañen á familia de reyes, perdónenos nuestro monarquismo, si por hoy nos inclinamos á creer, que tanta verdad puede decir el hijo de un rey, como el hijo de un judío. Sin embargo, como cuando uno afirma y otro niega, hay allí por fuerza error ó mentira; nosotros, dejando á los ruines el apresurarse á investigar dónde está la mentira, plácenos averiguar primero, si ha podido haber error.

Los reveses sufridos por el bando beamontés en Navarra, y por sus auxiliares de Cataluña, traian asáz descontento y deshumorado al conde de Lerin. Quejábase con razon de la simplicidad del de Pallars en deponer las armas, mientras aparentaba el rey Luis de Francia hacer los oficios de medianero, árbitro y amigable componedor entre los rebeldes catalanes y sus amigos los castellanos, y el monarca de Navarra y Aragon.

El arbitrage salió, ni mas ni menos, como se habia imaginado el condestable, y la sentencia del astuto rey Luis el Onceno, era cosa arreglada ya muy de antemano con una de las partes, y que al de Lerin no cogió de sorpresa.

Sabía él que Luis trataba de emparentar con el rey don Juan, casando al nieto de este con su hermana Magdalena. Presuponía además el conde, que Luis el Onceno no era parte á empeñarse en un negocio del que no sacase honra y provecho; y como ninguna honra podia resultar al francés de enlazar á una hermana suya con el hijo de un conde feudatario, ni provecho alguno, teniendo, como tenian, los príncipes de Fox una hermana mayor delante de sí, heredera legítima del trono de Navarra, de aquí vino á deducir el avisado condestable, que el rey de Francia contaba con cuantas seguridades son imaginables, para que la princesa de Viana no heredára la corona, y para que removido tan principal estorbo recayese esta en don Gaston de Fox, su futuro cuñado.

Sentados estos antecedentes, la imparcialidad del árbitro componedor salta á los ojos: de un lado estaba el pueblo catalan, con el cual no le

ligaban vínculos de ninguna especie; y de otro lado el rey D. Juan, y un poco mas lejos su hermana Magdalena. Disculpable fue por cierto el monarca francés, si decidió que los castellanos, que habian venido en ausilio de los rebeldes de Cataluña saliesen del Principado; que los navarros entregasen á D. Juan cierta cantidad de doblas de oro, la suficiente sin duda para ocurrir con desahogo á los gastos de la boda; y que los catalanes volviesen á la obediencia de su rey, en cambio de todo lo cual se les daba un ámplio y generoso perdon de lo pasado, que de ninguna manera podia recaer sobre las cabezas, que al rey se le pusiese en el magin entregar al hacha del verdugo. Los que no alcanzaban disculpa para el conde eran los pobres corderos que habian puesto su honra y sus haciendas en manos del leon.

Ni se detuvo aqui la severa justicia y la acrisolada imparcialidad de Luis el Onceno; sino que sacando á relucir ciertos viejos pergaminos casi apolillados, probó con incontestables razones, que habiendo invertido Francia sumas considerables en ayudar á matar á uno de nuestros reyes, llamado por ella D. Pedro el Cruel, y por el pueblo español, D. Pedro el Justiciero; se debia agregar á la corona francesa por via de indemnizacion la provincia de Guipúzcoa, con lo cual el el rey Luis se dada por muy satisfecho, y nos hacia gracia de sus derechos como letrado, y no nos pedia ni un solo maravedí por las costas del proceso.

Los españoles, gente de suyo bizarra y orgullosa, rehusaron con buenas razones admitir tan generosa oferta; y respondieron al francés,

que para muestra de su absoluto desinterés é inaudito desprendimiento les bastaba la sentencia; y por lo tocante á los pergaminos podia tornar á enrollarlos buenamente y á sahumarlos, si queria, para que la polilla no hiciese en ellos mas estragos; lo cual seria un dolor, porque tenian por averiguado, que el alma de Beltran Claquin, asesino del rey D. Pedro, no podria gozar de eterno descanso, si se perdian tan inapreciables documentos.

Estas y otras suposiciones fueron convirtiéndose en evidencias para el conde de Lerin, al ver los preparativos de boda, que en aquella sazon se hacian en el castillo de Orthés; y tomando sus medidas para tener conocimiento de todo, averiguó tambien que la princesa de Viana debia ser trasladada al castillo de Orthés y á poder de su cruel hermana, como condicion precisa para el enlace del sobrino.

Paseábase el astuto conde en el salon que ya conocemos de su castillo de Mendavia, cavilando sobre los medios de favorecer á Doña Blanca en la terrible cuita que debia sobrevenirle.

Erale difícil entrar con gente armada en pais estrangero, y aunque pudiera estenderse á una correría, magüer insensata y arriesgada, era inútil empresa, por ignorarse el cuándo, el cómo, ni de donde debia ser trasladada la princesa; y locura mucho mayor aun el intentar un asalto, ó una sorpresa en el castillo de Orthés, poblado entonces mas que nunca de valerosos y afamados caballeros.

No era hombre el conde de Lerin para andar cabizbajo y caviloso mucho tiempo. A los pocos

minutos de meditacion aparecia en sus lábios una sonrisa, nuncio de un pensamiento feliz, ó de una combinacion refinadamente diabólica.

En este momento no solo se sonrió, sino que enarcó las cejas, se dió una palmada en la frente, se restregó las manos, y dijo con cierta satisfaccion, que por hallarse solo no tenia que disimular como de costumbre:

—Por cierto que anduve torpe en no haber topado antes con semejante idea.—¿Ferrando? esclamó en alta voz.

Al poco tiempo se presentó en la habitacion el pagecillo rubio.

—¿Qué manda su señoría?

—Ven aquí, perillan. ¿Quién es, entre toda la canalla de pages, que cuando no me comeis un costado me estais royendo los huesos, quién es el mas audáz, y sobre todo, el mas bellaco?

—Señor, contestó Ferrando con ciertas pretensiones mas que orgullosas, creo que nadie podrá disputarme la supremacía de tan bellas cualidades.

—¡Magnífico! y tu respuesta lo prueba. —Vamos á ver: ¿te atreves á pasar al servicio de los señores príncipes de Fox, mis capitales enemigos?

—Señor, mándeme vuestra grandeza tirarme de cabeza abajo por esas rocas, que sirven de cimiento á vuestro castillo, pero no salir de vuestra casa.

—¿Y sino fuese mas que de mentirigillas?

—Entonces, y placiendo asi á vuestra señoría...

—Pues bien, voy á mandar hacerte una librea blanca y roja.

—¿Los colores del conde de Fox?

—Justamente: te haré tambien una cota con sus escudos primorosamente bordados, en uno de ellos pondremos en campo de gules dos toros, siete roeles, y un castillo sobre puente de plata.

—¿Las armas del conde de Fox, del príncipe de Bearne y señor de Moncada?

—¡Victor, Ferrando esclamó el de Lerin; ostentas una erudicion heráldica, que no esperaba de tus cortos años.—Al lado izquierdo pondremos otro escudo con las cadenas de Navarra, y las barras sangrientas de Aragon.

—Cierto, porque habiéndose enlazado la casa de Fox con príncipes de la sangre...

—Es claro, no hay inconveniente en que coloquemos sobre sus blasones una corona real. Muy bien: apenas el recamador dé fin á su obra, te echaremos á cuestas esas galas, escogerás dos escuderos mas, que se parezcan á tí en lo galopines, y caballeros, tú sobre mi bridon, y ellos sobre sendas mulas, vais á las Bárdenas...

—¡Señor!..

—¡Ola! ¿ya principias á ciar?

—Señor, ¿y los bandidos?

—Los bandidos te respetarán, porque vas á ser el faraute de los condes de Fox, cerca del capitan de la gavilla.

—¿Y si me conoce y me desuella vivo?

—Es que, habiéndote iniciado en mis secretos hasta este punto, repuso el conde clavando en el page sus ojos de águila, no puedes

escapar, ó de salir con lucimiento en la empresa, ó de ser desollado vivo; por mí, si rehusas llevarla á cabo; ó por el capitan, si andas torpe en su desempeño. Escoge.

– Señor, estoy por imitar á San Bartolomé, cuanto mas tarde me sea posible.

—Vas á las Bárdenas, prosiguió con inflexible acento el conde de Lerin, te presentas al capitan de aventureros, y le dices: «Señor capi»tan, los muy egregios y muy esclarecidos »príncipes de Fox y de Bearne, me encargan de »manifestaros su voluntad de que pongais por »obra su deseo, que no es otro, sino el de ro»garos ahincadamente les hagais la alta honra »de asistir á las bodas de su muy amado hijo »don Gaston con madama Magdalena, hermana »del rey de Francia; en lo cual se considerarán »muy honrados, y yo otro que tal, por haber »cumplido su mensage con harta gloria mia, y »complacencia suya.»

—Señor, la leccion me parece un poco larga para que yo la decore.

—Sin embargo, recuerda como suele tratar el conde de Lerin á los indiscretos y á los tontos, á estoy seguro de no tener que repetírtela otra vez para que tú lo hagas al capitan, sin quitarle una tilde. Y por de pronto, para saber algo acerca de tu puntualidad, diligencia y buena memoria, no será malo que yo escoja los escuderos que han de acompañarte.

Y con un gesto severo, despidió el condestable de Navarra al pagecillo rubio.

Salió este, como de costumbre, pálido y turbado. y decia en sus adentros:

—¡Es mucho hombre el conde de Lerin! cuan-

do mas chancero y familiar está con uno, asoma luego las uñas y... só la piel de oveja, se muestra el leon.

—Pues señor, decia el conde tornando á pasearse por el aposento, doña Blanca de Navarra debe hallarse en el castillo de Orthés el dia de la boda: el capitan de aventureros no es capaz de desairar el cumplido mensage de los príncipes; el capitan está perdido de amores por la reyna, sin conocerla; es muy fácil que allí se vean, y mucho mas, que en viéndose haga el bandido alguna de las suyas. ¡Magnífico Por de pronto, les quito á los agramonteses su mejor lanza con otras ciento mas; y sin costarme un cornado, en cuerpo y en alma se pasan todos á mi bando. ¿Y quién sabe, si las fechorías del capitan serán tan estremadas, que de una manera descomunal torne á nuestro poder la reina doña Blanca? Por sí ó por nó, tendremos buen cuidado de acercarnos al castillo de Orthés algunos de sus buenos amigos y leales servidores. Vamos, que tener una buena ocurrencia, vale mas que ganar una batalla.

Y despues de semejantes razones, salió de la habitacion á disponer los medios de llevar á cabo su pensamiento.

Si anduvo el conde de Lerin avisado en sus planes, nuestros lectores han podido verlo en la esplanacion de nuestra historia; y en la prosecucion de ella, verán si fueron acertados sus cálculos de atraerse al capitan de aventureros, y rescatar á la princesa.

CAPITULO XV.

De cómo doña Blanca de Navarra y el capitan de aventureros, intentaron escapárse del castillo, y á donde fueron á dar.

Cuenta la historia, que la princesa de Viana, apenas se vió sola con el capitan de aventureros, comenzó á temblar; pero la historia no cuenta si fue de amor, de frio, ó de miedo.

Y en verdad que no era para menos el terrible apuro en que se hallaba: tan cerca de sus crueles enemigos, sin poder permanecer un instante siquiera en aquella estancia de donde habia salido el hijo de la condesa, con la furia de los celos retratada en el semblante: sin poder huir, porque advertida ya Leonor de su llegada, habria redoblado las guardias y centinelas para impedirle la salida: sin poder echarse á la ventura por aquellos ánditos y galerías porque siendo aquella la parte mas retirad:

del castillo, á donde quiera que fuese, tendria que tropezar con gentes que no tardarian en delatarla: sin poder ocultarse entre la multitud, y confundirse con los demás convidados por sus hábitos religiosos.

—Oh ¡Cuánto sentia entonces no haber nacido bajo pajiza choza, cuánto suspiraba por la libertad de una condicion humilde, cuánto echaba de menos el emparrado de Mendavia, y sus cándidas tocas, y sus toscos sayales, y el moreno vellon de su labrada rueca!

—Salgamos de aquí, señora; no perdamos un solo instante, le dijo el capitan.

—Pero ¿á dónde, á dónde podemos huir?

—Dios nos protejerá.

—¡Desventurada de mí! esclamó Blanca con turbado acento, si Gaston me descubre á la condesa, ¿quién podrá librarme de la muerte? ¿quién me arrancará del poder de mi implacable hermana?

—Señora, respondió Gimeno, acordaos de que yo soy en el mundo!.. perdonadme, princesa, si tengo aun la audacia de querer salvaros.

—¡Ah! ya es imposible, Gimeno. ¡Es preciso resignarse á morir! y como no hay una mujer mas desgraciada que yo, dejar la vida debe serme menos costoso que á nadie!

—¿Imposible? ¿imposible para mi salvaros? esclamó Gimeno con ternura y resolucion.

—Y sin embargo, repuso doña Blanca anudando con las palabras sus anteriores razones y con el pensamiento respondiendo á las dulces baladronadas de Gimeno: y sin embargo, nunca, nunca la vida ha sido mas alhagüeña para mí.

que cuando con mas rigor ha pesado sobre mi frente la mano de la desventura,

— Dadme permiso, señora, dádmelo para salvaros.

— Oh! sí tu eres mi único amigo, y debo arrojarme en tus brazos'

— Pero advertid que son mis brazos los del hijo de un judío.

— Son los brazos de Gimeno'

— Gracias, señora venid conmigo: me siento con ánimo y valor para salvaros contra el universo mundo. Venid, aquí hay una capa y un sombrero, que deben ser del hijo de la condesa, disfrazaos con ellos.— Bien apoyaos en mi brazo. No tembleis, señora, no hayais pavor, que Dios no ha hecho que os conozca de un modo tan desusado, para que yo mismo sea quien os lleve al punto de morir.

Y diciendo estas razones, y callando otras mas tiernas, y practicando cuanto habia indicado, salió Gimeno llevando del brazo izquierdo á la princesa mal disfrazada, y la derecha mano sobre el gavilan de su espada, dispuesto á sacarla al menor asomo de peligro.

Detuviéronse los perseguidos amantes en el umbral de la puerta, tanto para ver si alguien les observaba, como para reflexionar acerca del camino que convenia seguir, que no debia ser otro, sino el que trajeron.

Por fortuna suya reinaba el mas profundo silencio, y algunas lámparas de trecho en trecho colocadas, daban escasa luz á los desiertos corredores.

Sentíase tan solo á lo lejos el sordo rumor

del festin y el mugido del viento que ondeaba en las almenas y agujas del alcázar.

--Por aquí.

--No, por este lado.

--A la derecha.

--Creo que debe ser á la izquierda.

--Yo no sé... ¡Vine aquí tan distraido!

--Lo mismo yo; el gozo de verme en salvo... y salvada por tí!

--Señora, por Dios os ruego que no aumenteis mi confusion con semejantes recuerdos. ¡Haberos traido yo mismo aquí! aquí, donde se os preparaba la muerte

--¿Y qué me importa ya, si te creo inocente? Amargo fuera en verdad morir diciendo: «¡En el mundo que abandono no dejo una sola persona que no me haya engañado!»

--Venid! venid! en el nombre de Dios emprendamos un camino cualquiera! y tal confianza tengo en este instante en la divina Providencia, que todos ellos me parecen iguales, todos nos han de conducir á nuestra salvacion.

--Sin embargo, Gimeno, dices eso como si lo creyeras, lo dices como si Dios te inspirase, y te siento temblar!

—¡Oh! ¿quién no tiembla junto á tí, Gimena?

—Sigamos, ¡ay! sigamos, yo quiero vivir

Y con paso corto y detenido fué avanzando la casi entonces feliz pareja, unas veces por entre la oscuridad apetecida, y otra delante de la luz para ellos tan enojosa.

De repente sintió el capitan una presion y fuerte sacudida en su brazo.

—¿Sientes pasos? le preguntó la princesa.

--Nada!

--Yo si, no hay duda.

--Esta maldita celada, que me tapa los oidos ¿Y hácia donde?

--¡Silencio!

--Cobijemonos aqui, en la sombra.

--El reflejo de la armadura te hará traicion.

--No importa, aqui veré venir de lejos á quien sea, y si necesario fuese, podré embestirle de improviso, y con ventaja.

Los pasos que resonaban eran de dos criados que venian platicando, y entendian sin duda de hacer alguna diligencia de su señora.

Contuvieron en tanto su apresuramiento, y el uno dijo al otro, tirándole de la manga.

—Oyo, Fermin ¿no divisas allá, al fondo del transito, cabe el pasadizo de la torre, asi, como dos especies de bultos, uno de los cuales despide á modo de chispas?

—Parécemo, Juan, que las chispas las tienes tú en la cabeza, con el vinillo de Peralta, que anda por los suelos en estos dias de jolgorio.

—No, pues, por mas que digas, los bultos allí estan, y allí se mueven por mas señas.

Y aunque asi sea, respondió Fermin al medroso, ¿qué tiene de estraño que veamos bultos por estos ánditos, cuando está la casa enchida de gente?

—Cierto, que nada tiene de particular.

—Mira, los bultos han desaparecido.

—Así me lo creo.

—Y sin embargo te paras.

—Confieso que tengo los pies como de plomo.

—¿Pero en que consiste?

—Hum!

—Diantres, no me vengas con aspavientos, porque...

—¿Por que?

—Porque me irás metiendo tanto miedo como el que tienes sobre tu alma, y ya ves, si hemos de cumplir la comision de la condesa...

—Cáspita con la comision! bajar ahora á los sótanos, echar un candado mas á la puerta falsa, y estarse allí de planton para impedir el paso al mismo novio, al mismo príncipe en persona!

—Manias de mujer antojadiza. ¿A quién diablos se le ha de poner en mientes salir ahora por esa puerta falsa, almacen de telarañas, y guarida de murciélagos?

—¡De murcielágos!

—Si, hombre, si; parece que tu tambien te paras?

—Animaluchos son estos, vive Cristo, que no me hacen maldita la gracia. Desde que supe, que esa bruja judia, que Dios maldiga, se convierte todas las noches en una de esas bestias...

—¡Tate, tate! ¿con que tu tambien te acuerdas de la bruja Raquel?

—Pues qué, ¿tu...

—Mira, apenas he visto aquellos bultos y aquellos relumbrones, se me ha puesto en el magin que no debe andar lejos esa bruja endemoniada...

—Silencio, Juan, silencio! por aquí se han escurrido esos fantasmas, y es preciso hablar con mas comedimiento.

—¿Por dónde?

—Por aqui; pero ¡cáspita! no vuelvas la cabeza: pasemos de largo.

—¿Por qué toses?

—Qué se yo! viene un airecillo colado...

—Caprichos son estos de la condesa asaz estravagantes: lo mismo que el de tener tanta amistad, y tanto trato, y tanto aquel con una judia, con mas años que Matusalen, y con mas ribetes de bruja que de santa.

—Bien hace.

—Cómo ¿tú tambien, mal cristiano...

—A Dios una vela y al diablo dos.

Los fugitivos amantes habian escuchado el murmullo de estas pláticas con sobresalto, y de algunos trozos de la conversacion vinieron á deducir, que infundian por lo menos otro tanto miedo como el que esperimentaban.

El corazon de Gimeno latia con violencia al oir nombrar á Raquel, como el de Blanca al nombre de la condesa.

Animáronse uno y otro al ver la felicidad con que habian escapado del primer tropiezo, y afirmándose cada vez mas en seguir la direccion que habian tomado, se encaminaron resueltamente á lo largo del corredor, y sin saber cómo, se hallaron en un cláustro colgado de tapices.

Esta circunstancia, y la de sentir mas próximo el bullicio, les hizo conocer que ya se hallaban en la parte habitada del alcázar, y de consiguiente cerca de la puerta principal, por donde Gimeno, dueño del anillo de la condesa, pensaba salir sin tropiezo, ni dificultad alguna.

Era llegado el momento crítico de saber si

la armadura del Capitan y los hábitos de la religiosa, mal encubiertos con la capa de Gaston, darian que hacer á los transeuntes. Afortunadamente los mongiles era negros, del mismo color de la capa: y fuese por esta circunstancia, ó porque las gentes, con quienes comenzaban á tropezar, iban de prisa, ú ocupadas en sus negocios y absortas sus imaginaciones, ello es que nadie les dijo una palabra, ni les dirigió tampoco una sola mirada.

Alentado con su primera fortuna, casi queria tentar el capitan de hacer alguna pregunta para averiguar hácia donde caia la puerta del alcázar; pero no se atrevió por no infundir sospechas, y determinó de seguir á la primera pareja, embozada en sus abrigos, que se retirase del sarao para su posada, seguro de que tomarian el camino mas recto hácia la puerta, menos sospechoso para los amantes.

Cuando en voz baja se estaban comunicando semejantes pensamientos, sintió la princesa una sacudida algo mas brusca de la que ella habia dado al capitan pocos minutos antes.

—¿Qué es eso?

Nada contestó Gimeno.

—¿Qué pasa? tornó Blanca á preguntar.

Gimeno tampoco la respondió; pero empujándola, menos que suavemente, la hizo ocultarse detrás de las colgaduras, y en el hueco de una ventana, en medio de la cual se reunian por fortuna suya dos tapices.

—¿Pero qué sucede, Dios mio? tornó á preguntar aturdida doña Blanca.

—Silencio! dijo el capitan apoyando la regi-

lla de la visera en el oidode la 'princesa.—¿Oís esa voz?

—Sí, una voz de mujer.

—Es la condesa.

—Mi hermana!

—Silencio, por Dios, y serenidad!

—Oh somos perdidos

—No! no, confianza en Dios decia el capitan apretando con su crispada mano la empuñadura de la espada.—¿Veis ese pedazo de brocado azul, que asoma un poco debajo del tapiz?

—Si, si.

—Es la punta de su manto.

La princesa quedó petrificada.

Sin embargo, un momento despues, fuese curiosidad femenil, ó fuerza de la sangre, doña Blanca quiso apartar un poco las colgaduras, y aplicar la vista por el imperceptible hueco.

—¿Qué haceis? preguntó Gimeno con terror, asiéndola del brazo.

—¡Ah! dejadme... voy á conocer á mi hermana.

—Pero una imprudencia tal os puede costar a vida.

— Dejadme, no la he visto jamás, y es mi hermana.

—No! no es vuestra hermana! es vuestro verdugo! es un tigre sediento de vuestra sangre.

—Ay! nos han mecido en una misma cuna! repuso Blanca con tierno acento, pegando su faz contra el tapiz.

Aunque por el intersticio de una á otra pieza, podian pasar libremente los rayos visuales, la princesa apenas logró satisfacer su tierno

afan, porque las lágrimas, cuajándose en los ojos enturbiaron su vista.

—Oh! qué hermosa es! y qué impulsos tengo de salir y de arrojarme á sus brazos! decia la princesa, enjugando el raudal de su llanto, sin poder contenerlo.

—Guardaos bien de hacerlo: os ahogaría en ellos!

—Teneis razon: esos mismos brazos han sofocado antes á mi pobre hermano; pero... no quisiera oir en este momento semejantes razones.

Mientras esto pasaba en el hueco de la ventana, la condesa departia en el claustro en bien diferente estilo con mosen Pierres de Peralta.

—Condestable, decia, no puedo creer lo que me contais; pero, por sí, ó por no, vamos á recorrer toda la casa, á no dejar piedra por mover. ¡Oh! seria mi ruina! seria mi perdicion tamaña desventura, y no puedo, no quiero consentir en ella!

—Haceis bien, y obrariais mejor en prohibir desde ahora, que ni una mosca saliese del castillo.

—Oh! eso ya está mandado.

—Pues bien, emprendamos ahora una ronda escrupulosa por todo el alcázar, principiando desde aquí.

—¿Solos?

—Solos, voto á Barrabás: para una monja y para un diablo yo me basto, y aun me sobro.

—Sin embargo, ese diablo ha tenido que habérselas con toda una legion, y ya sabeis la cuenta que ha dado de ella. Mas avisado me parece buscar á los caballeros de nuestra con-

fianza, que han vuelto de vuestra inútil espedicion, y puesto que son en bastante número, dividirnos en dos pelotones, para dar antes con antes con mi hermana.

—¿No la habeis conocido?

—Jamás!

—Mucho me temo, que si llegais á verla, la conozcais por breve tiempo.

—¡Pchs!

Doña Leonor al pronunciar esta interjecion, se encogió de hombros, y frunció las cejas, sonriéndose de una manera tan espantosa, que hizo enmudecer á mosen Pierres de Peralta; y adivinando su gesto por el acento sintió el capitan correr fuego por sus venas, y la princesa quedó yerta de terror.

Partiéronse los primeros; y queriendo tomar Gimeno opuesto rumbo, asió á la reina de la mano, y en el hierro ardiente de la suya sintió el mismo frio, que si hubiese abarcado una pella de nieve.

—Señora!...

La princesa guardaba silencio.

—¡Gimena! Gimena mia! vuelve en ti! Dios mio, en qué sazon!

—Abre, abre, por Dios, esa ventana, que me siento morir! esclamó con débil voz la princesa.

Gimeno abrió las hojas, haciendo el menos ruido posible.

La noche estaba lóbrega, el cielo encapuzado de negros nubarrones, la atmósfera mucho mas templada de lo que podia esperarse en estacion tan rigurosa, y ululaba el viento en las empinadas crestas del alcázar.

Al abrir la ventana el capitan, tendió los ojos por el pavimento, y vió que á luz de unos hachones, los criados de la condesa estaban examinando la litera.

No habia duda: aquel era el patio principal: la salida del alcázar estaba en una de sus frentes; en el claustro debia desembocar la escalera, y si la suerte seguia favoreciéndoles dos minutos mas, como hasta entonces, gracias al talisman, de que se habia desprendido la condesa, quedaban libres los amantes.

—Alienta, alienta, Gimena! Ya sé donde estamos... nos faltan pocos pasos que dar... esclamó el capitan volviéndose á la princesa.

El aire puro reanimó su faz; y las palabras consoladoras de Gimeno, habian refrescado su corazon con el aura de la esperanza.

Blanca se sintió con fuerzas para moverse; sacó discretamente la cabeza: la galería estaba desierta. Echan á andar, encuentran la escalera, descienden al patio, y dejan á la espalda muy entretenidos á los pages y escuderos con la litera y el caballo de Sancho de Erviti. Despues del patio, tienen que atravesar un inmenso zaguan abovedado; á la derecha habia una puerta, que daba entrada á las habitaciones del alcaide, otra á la izquierda con el cuerpo de guardia; delante de esta, y en torno de una hoguera, calentábase un grupo de soldados, cerca de los cuales, dos enormes mastines roian huesos y tragaban piltrafas de carne.

¿Quién va? gritó el centinela con voz aguardentosa.

—Amigos.

—¡Atrás!

—Os digo, hermano, que somos amigos... que somos de la casa: que traemos pase de la condesa, decia Gimeno avanzando poco á poco.

—¡Atrás, atrás!

Los mastines comenzaron á gruñir á los gritos del centinela.

—¡Oh! esclamó Gimeno para sí, lo que es con este bribon ya me entenderia yo; pero esos perros malditos, que pueden saltar al cuello de la princesa!—Hermano centinela, añadió en alta voz, no sé por qué os resistís á dejarme libre el paso, cuando traigo el propio sello de la condesa.

—Por aquí no pasa nadie, que no sepa la contraseña.

—Pero advertid, que el sello de la condesa da mas autoridad.

—Atrás, cuerpo de Cristo, sino quereis que os eche los perros encima, y os tire un ballestazo.

—No me opongo: veo que sois buen soldado y fiel servidor de la condesa; pero tened la caridad de llamar al alcaide, y vereis como al punto da órden para que salgamos.

—¡Eh! Manirroto, gritó el desapiadado centinela sin moverse, vé á llamar al alcaide, que aqui le buscan.

Un soldado se apartó de la hoguera y desapareció por la puerta de la derecha.

—Oh! no hay remedio, esclamó Gimeno; si viene el alcaide y os vé con esos mongiles, nos conoce, y todo se ha perdido: es preciso que yo le hable á solas, que no os vea, y tal vez así pueda arrancarle la órden para entrambos. Permaneced un poco aquí, en esta sombra, detrás

de esa pilastra, dijo el capitan, que habia retrocedido hasta el patio.

—¿Me vas á dejar sola?

—Por breves instantes.

—¿Voy á separarme de tí?

—No hay remedio.

—¡Oh!

—¿Qué teneis?

—Crueles presentimientos.

—¡Esperanza en Dios, señora!

—¡Hace tanto tiempo que estoy esperando en vano! —Oh! no nos separaremos! ¡muramos juntos!

—¡Morir!

—Morir ¡ah! tienes razon. ¡Tú no debes morir! Soy una insensata, que no he titubeado en contagiarte con mi desventura.

—¡Oh no me digais eso, cuando es forzoso separarnos aunque por un instante;

—Pues bien, si es forzoso separarnos, por si nos vemos la postrera vez, te diré que te amo!

—¡Oh ¡doña Blanca!

—Doña Blanca, sí, lo mismo que Gimena.

—Ola, caballero, gritó un soldado, aqui teneis al alcaide.

CAPITULO XVI.

Donde se prosigue la materia del capítulo anterior: con otros raros sucesos.

Volvió Gimeno el rostro, haciendo un esfuerzo de valor, y vió no lejos un hombrecillo rechoncho, carrilludo, colorado y fresco, que vestia prolijas galas y bizarrias, con una servilleta al hombro, y mascando todavía á dos carrillos, no precisamente porque estuviese comiendo, sino mas bien por la costumbre de comer. Su vientre abultado y sus ojillos encendidos podian servir de termómetro, para indicar la altura de la cena interrumpida.

Indole tan mansa, y disposiciones tan pacíficas, desde luego sosegaron al capitan, y le infundieron aliento.

– ¿Qué quiere su merced? le preguntó el alcaide, limpiándose los relucientes labios con la servilleta.

—Salir.

—¿Y vuesa merced tiene el santo?

—No.

—Pues entonces puedo tornar á la mesa, y su merced al sarao; y su merced perdone, pues por aquí no pasa su merced: yo lo siento, pero hay órdenes tan severas! ¡no sé qué diablos anda por el castillo hace tres horas que estoy cenando, y me habré levantado mas de veinte veces. Son tan malas estas interrupciones en semejantes negocios... esta noche de seguro tengo una indigestion.

—¿Con que solo el que traiga la contraseña...

—Solo. Si vuesa merced quiere honrar mi pobre mesa, todavía no he llegado á los postres, y...

—Pero decidme, hermano, ¿y si os presentase mas que contraseña?

—¿Mas?

—Sí.

—Difícilmente puede ofrecerme su merced cosa que inspire mas confianza, como no sea alguna estampa del sello de mi señor...

—¡Mas todavía! esclamó Gimeno trémulo de gozo.

—¿Mas? no puede ser.

—El propio anillo con que se estampan los sellos.

—¿ Y ese lo tiene vuestra señoría?

—Miradlo.

El alcaide le tomó algunos segundos en las manos, y despues de haberlo observado atentamente, arrojó la servilleta, se quitó la gorra, y dijo con profundo respeto y admiracion:

—Pero entonces, ¿quién es vuestra grande-

za? ¿Por qué se detiene aquí vuestra escelsitud?

—¿Con que puedo pasar libremente?

—¿Quién lo duda, señor, quién lo duda? Verdad es que mi señora la condesa me ha dicho, que no deje salir un alma, sino repite ciertas palabras de contraseña: pero sería un desacato, un sacrilegio no hacer honor y mesura á sus propias armas.

—Bien, hermano, bien, esclamó Gimeno con visible conmocion: yo contaba con esta seguridad, y por eso he tenido paciencia para aguardar. Y luego prosiguió con aire de proteccion: pláceme ver, hermano alcaide, como sabeis cumplir con vuestra obligacion. Por supuesto, que como yo, podrá pasar libremente mi escudero.

—¿Quién lo duda, señor? viniendo acompañado de vuestra bizarría...

—Es claro, no debe haber dificultad alguna.

—Ninguna absolutamente.

—Pues bien, dad vuestras órdenes al centinela: al punto vuelvo.

Alborozado el capitan tornó al patio apresuradamente, se acercó á la pilastra, y en voz baja llamaba conmovido:

—¡Gimena, Gimena!

Doña Blanca no estaba allí.

Dió vueltas en torno de la columna, hizo otro tanto alrededor de otras temiendo haberse equivocado.

La princesa habia desaparecido.

Agolpósele toda la sangre á la cabeza, sentia en sus oidos un estraño zumbido, como si se estuviese anegando, agudas punzadas en el

corazon, turbia la vista y la respiracion entrecortada.

Uno de los escuderos de Sancho de Erviti, que habian sobrevivido á la catástrofe, el que trajo al castillo las tristes nuevas de la muerte de su señor, anduvo observando á los fugitivos en el claustro de los tapices: siguió sus pasos dispuesto á denunciarlos en alta voz si el centinela no ponia obstáculos á su tránsito; pero al ver sola á la princesa, juzgó que no podia presentársele mas propicia ocasion para apoderarse de ella. Se le acercó, le puso una daga al pecho, y asiéndola fuertemente, se la llevó al interior del castillo.

Esta, ú otra semejante desgracia presumió el capitan que habia acontecido á doña Blanca. ¿Pero en dónde estaba? ¿Qué rumbo habia seguido?

Gimeno necesitaba saberlo, y poco le importaba ya que le costase la vida una pregunta tan imprudente.

Iba á dirigirla con imperio á los pajes y escuderos de la litera, y á llamar á voz en grito á su Gimena, cuando sintió gemidos lastimeros, que salian del fondo de una galeria. El reclamo de la desgracia fué para él anuncio de ventura.

Lanzóse en pos de aquellos ayes, que cada vez le parecian ser mas conocidos. Tras de los ayes iba sintiendo confusos rumores de acentos varoniles, y luego el de pasos cortos y atropellados, y luego... ¡Oh! luego pudo ver á la princesa en medio de un peloton de gente armada, que la llevaba casi arrastrando y

pugnaba por ensordecer sus lamentos con el estruendo de sus voces.

El capitan no contó sus enemigos para caer sobre ellos, espada en mano y con tremenda furia, importándole poco tener un ejército delante de sí.

— Paso, miserables, les decia, paso cobardes, que os valeis de vil industria para apoderaros de una pobre mujer! paso, traidores, que os las habeis con quien tiene costumbre de salvarla!

La cólera daba á su brazo un vigor descomunal; sus golpes eran tan menudos como contundentes, y ni uno solo perdido.

Volvieron cara sus contrarios, y eran tantos en número, que fueron arrinconando poco á poco al capitan. En el ángulo de la galería tuvo que reducirse á la defensa, que tampoco podia durar mucho tiempo, si, como parecia natural, la falanje se iba acrecentando conforme el estruendo de la pelea fuese llegando á oidos de los moradores del alcázar.

El círculo que con su acero trazaba Gimeno se iba estrechando mas y mas, mientras se robustecia la muralla enemiga que le separaba de la princesa, y á pesar de las ventajas que le daba su armadura, no habia remedio, tenia que sucumbir en la lucha.

Sin embargo, no sucumbió.

A la espalda de los raptores vióse brillar una espada blandida por un brazo de hierro, que descargaba en ellos sin piedad.

—¡Cobardes: tantos á uno! esclamó el recien venido, jadeando de cansancio, sin duda

porque acababa de llegar corriendo con toda su fuerza.

Los de la condesa volvieron el rostro á tan inesperado como milagroso refuerzo, y estraño caso! ninguno contestó á sus golpes: todos clavaron en el suelo la punta de su espada, y le abrieron paso respetuosamente.

Era Gaston, á quien Dios le deparaba la fortuna de poder mostrarse con Gimeno tan valiente y generoso, como en las Bárdenas este lo habia sido con él en ocasion semejante.

Abrazáronse los antiguos amigos, y juntos, y sin perder un instante, acudieron á Doña Blanca, haciéndola salir de entre aquellos malandrines.

Guiados por el de Fox los dos amantes, subieron y bajaron escaleras, pasaron y repasaron corredores, para hacer perder la pista á sus contrarios; y por último, con harto asombro se hallaron dentro de la misma habitacion de donde habian salido.

El hijo de la condesa echó llaves y cerrojos: sentóse doña Blanca en un sitial respirando con dificultad, postrada de fatiga; pero ni aun este descanso le fue permitido, porque al poco tiempo, se sintieron terribles golpes á la puerta, y la voz de la condesa, que llamaba á su hijo.

—¡Está visto! esclamó Gimena, Dios no quiere que viva! no os canseis; abrid! es preciso resignarse á morir!

—Todavía no; dijo don Gaston, para vos aun hay consuelos allí arriba, y esperanzas en la tierra!.. Y abriendo una puertecilla secreta, que comunicaba por una escalera con la mura-

lla del castillo, le dió una llave, diciendo con ternura.

—Adios, princesa, podeis salir con vuestro libertador, acordaos de que no todos los que quedan en el castillo de Orthés son enemigos vuestros.

—¡Gaston, amado sobrino, hoy es la primera y última vez que nos vemos, ¿no tienes un abrazo para tu tia?

—¡Ah! esclamó don Gaston, precipitándose en su seno, y estrechándola contra su pecho.

Asi permanecieron algunos instantes.

Los golpes se redoblaron en la puerta. Los gritos de la condesa eran cada vez mas fuertes.

El capitan sufria mil tormentos.

Pero don Gaston, que habia gozado un momento de ventura, creyó que el alma se le arrancaba del cuerpo, al desprenderse de los brazos de doña Blanca.

Por un solo instante vaciló en su resolucion: por un solo instante cruzó por su fantasía la idea de la felicidad que podia disfrutar al lado de la princesa; pero haciéndose superior á sí mismo, repitió con acento dolorido:

—¡Adios, adios, para siempre!

Doña Blanca salió del aposento.

Gimeno iba en pos de su amada, pero le detuvo de repente don Gaston, diciéndole con voz sorda y profundamente conmovida:

—Gimeno, amigo Gimeno, cuando yo muera, le dirás cuanto he sufrido al apartarme de sus brazos, para entregarla á los vuestros.

El capitan de aventureros le apretó la mano, y se dirigió tras la princesa.

Don Gaston cerró la puerta secreta, al mismo tiempo que la principal caia desquiciada en el pavimento, empujada por los robustos hombros de Mosen Pierres de Peralta.

—Profundamente dormido estabais, don Gaston, dijo la condesa de Fox al entrar en el aposento, y dirigiendo en torno las penetrantes miradas del tigre en acecho; y á la verdad que tan profundo letargo puso en alarma mi corazon de madre.

—Y ha sido efecto de vuestra impaciencia, contestó don Gaston de espaldas á la puerta, y no atreviéndose á dar un solo paso. ¿ha sido efecto de vuestra inquietud el tomar por asalto mi morada?

—A qué otra cosa puede atribuirse? estos caballeros son testigos del sobresalto con que he sabido que permaneciais... *solo*... enteramente *solo*, despues de no sé que combate de que me han hablado.

—¿Teniais miedo de que me sucediese alguna desgracia, que habeis venido acompañada de tantos caballeros, y de caballeros armados? añadió don Gaston señalando al escudero de Sancho de Erviti, cubierto con el arnés salpicado de su propia sangre.

—Os habeis separado de nosotros con tal apresuramiento, que antes que pudiésemos alcanzaros, ya habiais dado la batalla. Y luego tras de la victoria, venir á sepultaros en estas *soledades*, me parece sobradamente modesto. Pero las modestias de un hijo no satisfacen el orgullo de una madre. Esta habitacion, además es muy sombría y desamparada; tiene, no debes dudarlo, comunicaciones peligrosas con la

parte esterior del alcázar; y por eso, añadió la condesa con una sonrisa altanera, que contrastaba con la dulzura de su acento; para que no pudiéseis vos temer nada de los muchos malhechores que vagan por estas comarcas, he mandado echar un candado mas á la puerta que está al fondo de la escalera.

—¡Cielos!

—¿De qué te asustas?

—¿Quién tiene esa llave?

—Yo.

—Vos!

—¿En qué manos ha de estar mas segura que en las de una madre?

—Ah! lo conozco, lo sabeis todo, lo habeis escuchado todo.

—Me asombran vuestras razones, y me haceis sospechar, hijo mio, que os habeis visto amenazado en esos ánditos secretos.

—No, por mas que disimuleis lo sabeis todo, madre mia; pero tambien debeis saber los deberes de la hospitalidad.

Al decir estas palabras D. Gaston se aproximaba cada vez mas á la puertecilla, queriendo poner un muro entre los fugitivos y sus perseguidores.

Confieso que son un enigma tus palabras, hijo mio; pero el corazon de una madre, el instinto de su amor le anuncia alguna desventura. Apártate, quiero enterarme por mis propios ojos...

Doña Leonor dió algunos pasos hácia la puerta.

Gaston permaneció inmóvil.

—Abre paso: yo te lo mando.

—No, no os puedo obedecer.

—Abre inmediatamente, repuso la condesa con imperio.

—¡Jamás! volvió á repetir D. Gaston.

— Hola, caballeros, servidores mios! apartad de ahí á un hijo desobediente...

D. Gaston entonces desnudó la espada, y repuso con entereza:

—Quien quiera que se atreva á dar un solo paso, habrá de medir su acero con el mio.

Todos los caballeros desnudaron sus espadas.

Doña Leonor se acordó entonces de que era madre, y viendo amenazado á su hijo por tantos enemigos, esclamó, poniéndose delante del generoso mancebo.

—No hay necesidad de derramar una gota de sangre. Los candados no se rompen fácilmenhayt e... ademas dos centinelas por la parte de afuera... es imposible que los fugitivos escapen por la puerta falsa.

— ¡Saldrán por la principal! esclamó Gimeno, abriendo con estrépito y de par en par la puertecilla secreta. ¡Atrás, atrás, miserables! volvió á clamar con voz rencorosa, blandiendo en alto su tremenda y resplandeciente espada.

Apenas el capitan intrépido y valiente apareció en el umbral de la puerta, todos los caballeros dieron un paso atrás, sin ser dueños de reprimir aquel involuntario movimiento de sorpresa.

Su talla gigantesca, el temple de su armadura, el eco imponente de su voz, profundamente irritada, su arrojo, su decision; y sobre todo, el alta fama de sus formidables tajos y de

comunales proezas, que resonaba muy mas allá de los estrechos límites del menguado reino de Navarra, justificaban aquel efecto súbito de su presencia.

Repuestos sin embargo los caballeros, de la primera turbacion, hubieran arremetido todos juntos, ó uno á uno, contra el audáz aventurero, impulsados por la voz de su honra mancillada en un solo instante de vacilacion, si no viesen al hijo de la condesa de Fox colocarse al lado del animoso paladin, el cual apretándole fuertemente la mano con la suya, revestida de hierro, le decia:

—¡Don Gaston! dejadme solo: con la punta de mi espada he de abrirme paso por medio de esa turba de caballeros descomedidos, que se atreve á desnudar su espada contra el defensor de una dama.

—No, le respondió don Gaston con el rostro inflamado aun por el amor y por la cólera: aunque sea vuestra toda la prez del combate, conmigo debeis partir los peligros.

—¿Los veis que no se atreven á levantar su espada, porque estáis delante de mí? ¡Ea! alejaos de aquí, don Gaston: dejadme solo, y vereis cómo se precipitan sobre mí, como lebreles sobre el jabalí de las montañas.

—Perdonad, amigo: los deberes de la hospitalidad me obligan á no abandonar la defensa de mi huésped.

—Lo que haceis con eso, don Gaston, es cerrarme la salida. Hélos ahí inmóviles, con los brazos estendidos, como el roble de los Pirineos: ¡ea, pues! ó me dejais, ó les obligo á defenderse á cuchilladas.

—Mas prudente me parece aprovecharnos del respeto y consideracion que me tienen, y que escudados por mí, salgais vos y doña Blanca de este alcázar inhospitalario.

Esta propuesta no la hizo D. Gaston en voz tan baja, que dejase de llegar á oidos de la condesa de Fox, la cual se alarmó vivamente por el aspecto que iba tomando aquella aventura.

Hallábase en un momento crítico de duda y de ansiedad.

Si permitia que los caballeros acometiesen al arrogante capitan, no podian hacerlo impunemente, tanto por la pujanza y valor desesperado del paladin, como por hallarse armado con todas las piezas del arnés, mientras que los demas, que no para combates, sino para fiestas y bodas estaban aderezados, vestian finas telas de lana y brocados de seda y oro. Agréguese tambien la defensa que D. Gaston prestaba á su amigo, y sobre todo, que una madre no podia dar la señal de la arremetida para una lucha en que podia perecer su propio hijo.

Esto por una parte, por otra si Gimeno se determinaba á seguir los consejos de su amigo, era indudable que á la sombra y proteccion de este, la princesa y él saldrian sin resistencia del alcázar.

¿Qué habia de hacer la condesa en este caso? Adoptando el primer estremo, esponia á un inminente riesgo la vida de D. Gaston, siendo fácil que los esfuerzos de los jóvenes amigos alcanzasen completo triunfo; resignándose á omar el otro rumbo, se malograban en un ins-

tante tantos años de esperanzas ambiciosas.

Era en vano apelar á la ternura, ó interponer su autoridad para con el hijo, que en pocas horas habia descubierto un abismo de maldad y de crímenes, bajo las floridas alfombras que hollaba: era necesario poner en juego otros recursos; y sea dicho en honor del peligroso talento de la condesa, esta no tardó mucho tiempo en inventarlos.

—Haceis muy bien, caballero, esclamó doña Leonor con un gesto de orgullo, y dirigiendo al soslayo una mirada de desprecio al valiente capitan de aventureros; haceis muy bien en no querer medir vuestra noble espada con la de un villano mal nacido, de cuya ridícula arrogancia tenemos nosotros la culpa, por haberle consentido á nuestro lado.

—Señora, contestó tranquilamente Gimeno á los calculados insultos de la condesa, sois mujer y vuestras palabras no me ofenden; pero si hay una lengua varonil que las repita, os juro que servirá de alimento á los perros de vuestra casa.

—Sin duda sabíais, continuó doña Leonor, sin contestarle, sin dirigirle siquiera una mirada: sin duda habeis llegado á saber, caballeros, que el famoso D. Gimeno es hijo de un miserable judío.

—¡De un judió! esclamaron todos con horror.

—Hijo de un judío! repitió Gaston, mirando á su madre con mas ira que respeto, y luego añadió: desmentid Gimeno, desmentid esa calumnia, y reveladle vuestro apellido.

— Sí! que la desmienta, que lodiga, que revele quién es, repitió aquella mujer implaca-

ble, cuyo semblante rebosaba la satisfaccion del ya previsto efecto de sus razones.

—Hablad, don Gimeno de Acuña, confundidlos con una palabra.

—No le llames Acuña, que como no es su apellido, tal vez no quiera responderte; llámale Simon Leví, hijo de Samuel, judío de Mendavia: llámale Gimeno, con cuyo nombre se bautizó despues.

—¡Cristiano nuevo! repitieron á una voz los caballeros.

—Sí, cristiano nuevo, pero tan bueno y tan honrado, como cada uno de vosotros, esclamó por fin Gimeno ardiendo en ira, y mas valiente que todos vosotros juntos.

—Sí, cristiano nuevo, repitió la condesa con desdeñosa sonrisa, cristiano nuevo que para hacer penitencia de toda una vida de pecado mortal, se retira á la selva de las Bárdenas reales de Tudela, y allí...

—¡Silencio! gritó el capitan vertiendo rábia por los ojos, que como brasas aparecian al través de los calados hierros de la visera.

La revelacion que iba á salir de los lábios de la condesa, era para él muy mas tremenda que todas. No le importaba mucho verse despreciado por su cuna; Gimena la conocia ya: pero la princesa, que le veía armado de caballero, convidado á los régios desposorios y tratado de amigo por un príncipe, la princesa ignoraba su historia de dos años, y en aquella laguna de su vida a¡y! cuántos sucesos habia que pudieran afrentarle! cuántas circunstancias que referidas por otros labios, que no fuesen los de Gimeno y vistos á la luz de otra antorcha que

la del amor, pudieran ser padron de su ignominia.

Doña Leonor le habia hecho vituperio de sus amigos, ahora tenia que hacerle odioso y execrable á los ojos de la princesa; y el mismo terror de Gimeno, le marcaba con seguridad el camino del triunfo. Asi, anudando sus anteriores razones, prosiguió con inflexible acento:

—Sí, en la selva de las Bárdenas, en donde sustituyó...

—¡Silencio por Dios! tornó á gritar el capitan de aventureros, con voz menos arrogante.

—¡No, no me hareis callar, llegó la hora de revelarlo todo...!

—¡Oh! perdon, perdon... señora! esclamó el aventurero cayendo de rodillas delante de la condesa.

—¡Levántate miserable! no quiero que el bandido, el sucesor del famoso salteador Sancho de Rota, llegue á tocar las orlas de mi vestido.

—¡Salteador de caminos!

—¡Bandido!

Estas esclamaciones que salieron con espanto de los lábios de algunos caballeros, y de su amigo... y hasta de la princesa de Viana, acabaron de aniquilarle.

Alzóse del suelo; envainó su espada, y cruzó los brazos con desesperacion.

No tenia ni fuerzas, ni resolucion, para marchar: no pensaba en nada; la afrenta habia llegado á su colmo, y estaba á punto de caer muerto de rábia y de vergüenza.

Doña Leonor veia á sus pies la espirante víc-

tima; pero era una hiena que tenia la complacencia de cebarse en los cadáveres.

—¡Ahí le teneis ... este, que se ha dado á conocer con el nombre de Gimeno de Acuña, el dia en que se vendió al servicio del rey de Navarra, vivió mucho tiempo capitaneando á los bandidos de las Bárdenas.. Vos, Mosen Pierres, ¿no lamentais todavía el saqueo de la villa de Milagro? ¿no escuchais el gemido de los sacerdotes del señor, asesinados al pie del altar; los gritos de las mujeres violadas, de los niños estrellados?..

—¡Oh, no me recordeis sucesos tan espantosos!...

—Pues ahí teneis al capitan de aquella cuadrilla de asesinos.

—¡Señora esclamó Gimeno, queriendo disculparse; mas el peso de la acusacion era tan enorme que le abrumaba, y no tuvo aliento para añadir una sola palabra.

—Vos, marqués, ¿habeis olvidado el incendio de los campos de Tafalla?...

—¡Oh, jamás!

—Pues ese que pretendia medir con vos su acero, iba al frente de la bandada de salvajes que en aquella confusion saqueó las granjas de los labradores, y sus ganados y sus rebaños.

—¡Don Gaston, D. Gaston, defendedme! esclamó Gimeno con voz ronca y desmayada.

—¡Apártate, miserable! le dijo su amigo, volviéndole las espaldas.

—¡Doña Blanca!

La princesa no levantó su frente al escuchar la voz de su querido.

Ya no tenia Gimeno á donde volver los ojos.

Dirigióse á la puerta de la habitacion con paso firme y arrogante: parecia su continente el de un hombre tranquilo y sereno; pero dentro de la celada se ocultaba un semblante pálido como la cera, y por el que resbalaban dos lágrimas de rabia y de vergüenza.

Abriéronle paso los caballeros, alejándose de él, á su tránsito, como de un apestado.

Doña Blanca de Navarra quedó en poder de sus mas encarnizados enemigos.

CAPITULO XVII.

De cómo acaba de contar una judía la historia que dejó interrumpida cierto cristiano.

No se habia separado el capitan gran trecho de aquella habitacion, aborrecido teatro de su ignominia, cuando en lo mas oscuro de los pasadizos, resonó una voz temerosa, que decia:

—¡Simon!

El caballero no se detuvo. Sin duda el ruido del viento y de la lluvia, que azotaban con ímpetu los robustos murallones del alcázar, bramando al atravesar los corredores, impidió que aquel acento llegase á oidos del capitan; ó tan enagenado iba este en sus propios pensamientos, tan envuelto en la nube de su opróbio, que ninguna otra sensacion podia llegar hasta él, como no fuese la de su confusion y vergüenza.

—Simon! Simon! repitió la misma voz.

Pero el capitan siguió su camino sin dar muestras de haberla oido.

—Gimeno! tornó á clamar con mas ahinco, y saliendo de la oscuridad una mujer cubierta con un largo velo, se acercó al capitan, y poniéndose frontera de él continuó:

—¿Será preciso, Gimeno, que venga á interrumpirte el paso; y que me olvide de un nombre de tan dulces recuerdos, para que respondas á mi voz?

—¿Quién eres?

—¿Ya me desconoces?

—Inés!

—Inés, la del castillo de Eguarás!

—Apartate! no te acerques á mí, soy un leproso de quien todos huyen con horror!

—Me verás á tu lado, cuando todos huyan de tí; y me verás huir, cuando tengas quien te consuele.

—Gracias! gracias, Inés! respondió el aventurero, tendiéndole afectuosamente los brazos: no sabes el bien que me haces: una gota de agua, para el labio que se abrasa de sed, es mucho mayor regalo que una corona.

—No sé si puedo aplacar la sed que te devora; no sé si puede darte esa gota de agua que ansías; pero sí te daré la corona que desdeñas.

—No te entiendo!

—Yo puedo hacer que confundas á tus enemigos.

—Sí, con mi acero.

—No, con tu mirada.

—Inés, harto confuso estoy conmigo mismo; no me vuelvas el juicio con tus imaginaciones.

—Andemos aprisa, Gimeno, que vas á sentarte en un trono.

—Infelíz! infelíz! sin duda está demente.

—Sí, loca debo ser, para llevar mi amor al estremo de hacerte dueño de la mujer que adoras.

—¿De la princesa?

—De la princesa, sí! conozco sobrado por mi desgracia el blanco de tu aficion.

—¡Yo su dueño!

—Tu su esposo.

—Oh! deliras, infeliz! estás delirando! quiéres burlarte de mí. Trás de la afrenta, el sarcasmo! Apártate, miserable; ¿no sabes que acabo de ser escupido, pisoteado, aplastado como un insecto asqueroso? ¿no sabes que nadie, ni la mujer que amaba, ha tenido una mirada de compasion para mí?

—Lo sé todo: he sido testigo de tu afrenta y humillacion, como quiero serlo de tu enaltecimiento y de tu gloria: he tenido impulsos de lanzarme al medio de aquella estancia, y confundir y anonadar á tus viles enemigos con una sola palabra. Porque son viles, son infames, y despreciables calumniadores, no lo dudes, Gimeno: ellos saben quién eres tú, ellos te conocen mejor que yo misma, mejor que tú propio, y ellos sin embargo, se complacen en hundirte en la ignominia, para ver si en su fango te desalientas, te postras, y mueres ignorado.

—Pero siendo eso así, prorumpió el capitan, que ya miraba á Inés con asombro y con respeto, ¿por qué te has detenido? ¿por qué no has pronunciado esa palabra?

—Porque en aquella sazon hubiera sido aco-

gida con estrepitosas carcajadas; porque hay palabras que, ó no deben pronunciarse, ó deben serlo por labios autorizados, ó de pruebas irrecusables acompañadas.

—Inés, Inés, Harás que yo te crea; harás que torne á creer en Dios, de cuya bondad he dudado un solo instante; harás que no me arrepienta de haber dejado la falsa por la verdadera religion; harás que me admire de tu constancia, que me asombre de tu celo, que me pasme de tu ternura: harás, en fin, que yo te ame!

—Ay eso no, Gimeno, y ahora menos que nunca me ha costado muy caro el confundir un momento de lástima, de alucinacion, y de cruel bondad, con ese amor ardiente, constante que tienes á la princesa, y que yo codiciaba

—¿Pero qué palabras son esas? ¿qué misterios son los que me rodean?

—Salgamos pronto de este castillo y todo lo sabrás.

—Pero si tal es tu poder, ¿á qué salimos de aqui, dejando...

—¿Dejando á tu Gimena en poder de sus enemigos, no es verdad? le interrumpió Inés con melancólica sonrisa. ¡Para que yo me fiase en sus palabras de amor!—La dejamos, porque asi os conviene á entrambos: la dejamos para volverla á ver muy presto.—Ahora muestra al centinela el anillo de la condesa.

En estas pláticas habian llegado á la puerta principal del alcázar, y Gimeno, en vez de contentarse con manifestar el sello de los príncipes, arrojó desdeñosamente la sortija á los pies del centinela.

—Señor, le dijo este, vuestra señoría tendrá que esperarse un momento.

—Esperarme, ¿á qué? ¿ni me será permitido huir de este infernal castillo?

—Señor, yo lo decia por el tiempo, mucho mas infernal: ¿no vé su merced qué viento y qué lluvia?

—Qué importa? salgamos.

Inés se envolvió en su manto, se agarró del brazo del capitan, y azotados por la lluvia, pasaron el angosto puente levadizo.

—Y ahora, á dónde vamos? preguntó Gimeno.

—A casa de Raquel.

—De mi tia?

—Cuando yo tuve la ventura de encontrarte, que el verte siempre lo es para mí, cuando descendia por la escalera principal, al tiempo en que entrabas tú con la litera, y te acercaste á preguntarme por el hijo de la condesa, acababa yo de oir la narracion de cierta historia, que anudada con otras que me habia contado mi buena madre Raquel, que asi debo llamarla, me arrebató hasta el átomo postrero de una débil esperanza de ser tuya, de que podia estar impregnado mi corazon. No lo estrañes: habia contenido un solo dia este bálsamo de la vida, y ni los desdenes, ni los desprecios, ni un año de olvido, fueron parte para que dejase de trascender en mi pecho aquella fragante esencia; pero hasta entonces, Simon, no te habia conocido; hasta entonces ignoraba que un nuevo abismo me separaba de tí. Repuesta un tanto de la turbacion, que tan próspero y lamentable descubrimiento me causára, me

dirigia con ánimo de reconvenir á Raquel...

—Pero ¿Raquel vive?

—Vive, si; Sancho de Rota, que asesinó á mi padre, la dejó por humilde, la perdonó por pobre. Iba, pues, á reconvenirla por no haber sido franca conmigo, por haberme ocultado los nombres que figuraban en ciertas historias...

—Pero ¿qué nombres son esos? qué historias son?

—Ella, ella te las dirá.

—En el nombre de Dios, Inés, habla; mi ansiedad es grande; prefiero oirlo todo de tu boca.

—Ah! la ambicion! la ambicion! cuán pronto sustituis los hombres una pasion á otra!

—Inés, cuando el corazon de un mancebo acaba de sufrir los primeros desengaños, es muy grato encontrar ilusiones, que ocupen el lugar de las que se le han desvanecido. Acabo de perder un ángel que adoraba, un amigo en quien creía; pero si encuentro en tí una hermana y en Raquel una madre, ya no será tan horrible el vacío que me circunda. En esto solo se cifran mis deseos: aquí mueren ya mis esperanzas. Las promesas que me haceis, son cuentos, que solo pueden distraer un instante la imaginacion de un niño.

—No son cuentos, son verdad, esclamó Inés con firme acento.

—¿Pues qué, tal vez las hechicerías de Raquel pudieran influir...? Advertid, Inés, que soy cristiano, y que mi religion rechaza los encantamientos.

—No es por encantamiento, ni por malas artes como tú debes subir al trono al par de la

mujer que te ama. ¿Has olvidado por ventura aquellas palabras «Simon es digno de tí, y tú eres digna de un príncipe?»

—¡Oh! esplícamelas por Dios.

—Entra, entra aquí, y de otros labios escucharás la relacion.

Hallábanse enfrente de una casucha, cuya puerta despedia vivísimos resplandores.

—¿En dónde estamos? esclamó Gimeno en alta voz.

—¡Voto á cribas! Señor, señor! Entre su merced por aquí, si quiere ser tratado á cuerpo de rey, esclamó una voz que salía del interior de la casa, y muy conocida del capitan de aventureros.

—¡Chafarote! gritó este con agradable sorpresa.

—Entre su marced, que aquí está ardiendo un robledal entero, y hay un vino que consuela.

Inés y Gimeno traspasaron el umbral de la casucha, cuya primera habitacion era la cocina, ocupada casi toda por la anchurosa chimenea. Sendos escaños de nogal estendianse por el frente y á entrambos lados, y en medio ardia un haz de leña, cuya llama clara y brillante iluminaba las denegridas paredes.

En uno de los escaños estaba sentada una vieja de rostro seco y arrugado como pergamino; cubierta la cabeza con una especie de turbante blanco con rayas azules, y los hombros con un manto de color indefinido.

Tendidos á lo largo de los bancos laterales, y al amor de la lumbre, dormian y roncaban dos rústicos montañeses.

La entrevista de Raquel con su sobrino Gimeno, fue al principio fria, severa, y hasta el mismo mancebo quedó cortado con tan inesperada seriedad. La anciana sin embargo, no pudo mantenerse mucho tiempo tan rigorosa; y cualesquiera que fuesen los motivos que le imponian tan estraña indiferencia, fueron cediendo ante el aspecto profundamente distraido y melancólico de aquel Simon á quien habia amado tanto.

Informóse de su querida Inés acerca de los estraordinarios sucesos del castillo, mientras el capitan pasó á ver á su escudero Marin que estaba postrado en un lecho tan duro como pobre, en un camaranchon inmediato á la cocina. Queria Chafarote dar á su amo mas conversacion de la que habia menester, y contarle como despues de habérsele tenido por muerto, se incorporó en el campo de batalla, y ayudado de una vieja judía, que por allí al acaso vagaba, pudo llegar hasta aquelle choza donde la misma anciana le curaba las heridas; pero el capitan tornando á la cocina, sentóse bajo de la chimenea, y sin quitarse una sola pieza del arnés, levantó la visera del yelmo para escuchar mejor la relacion que iba á comenzar la buena Raquel; la cual, mirándole ya de hito en hito con ojos de cariño y de asombro, cogiéndole con solicitud maternal sus frias manos entre las suyas secas y abrasadas, enderezó sus razones de semejante manera:

—Cierto principal señor amaba á una mujer á quien, si él escedia en grandeza, nadie podia igualar en hermosura. Enamorábala tambien otro galan, tanto mas celoso, cuanto me-

nos era por ella correspondido, y á su despecho el amante dichoso solia verla todas las noches, á hurto y recato del mundo entero. Yo sola los conocia: yo sola supe que la dama estaba próxima á ser madre: pero el desdeñado amador llegó tambien á sospecharlo, y una noche, despues que la infeliz dió á luz un hermoso niño, llamaron á la puerta con golpes apresurados. Suponíamos que fuese el padre, que en alas de su impaciencia venia á estrechar contra su seno al hijo reciennacido; cuando apareció en el umbral el receloso y aborrecido amante, que loco de celos y de furor al saber la verdad del caso, atravesó con su daga á la madre desventurada, la cual despues de sus acerbos dolores, apenas habia tenido tiempo de estampar un beso en los labios de su hijo.

—¡Cielos, que horror!

—El bárbaro no quiso perdonar tampoco á la inocente criatura, y con el hierro teñido en la sangre humeante de la madre, fue á traspasar al hijo; pero yo detuve el golpe, que por fortuna solo pudo alcanzarle ligeramente en uno de sus brazos.

—Gran Dios! esclamó Gimeno, poniendo involuntariamente la mano cerca del hombro izquierdo.

—Qué haces?

—Ayudadme, señora, á desnudar este brazal: creo que debo tener aquí una cicatriz.....

—La he visto muchas veces, contestó Raquel sonriéndose cariñosamente.

—Oh! contínuad, continuad, por Dios, esa historia!

—En los momentos de rabia y de furor, cualquier pequeño obstáculo que se atraviese, suele contener el crimen, suele atajar el curso de la desgracia; así fue que mi cuerpo interpuesto entre el acero del homicida y el inocente niño, bastó para salvar á este la vida. Horrorizado el asesino de sus atentados, huyó apresuradamente, dejando anegado en sangre el cuerpo de la madre, que en los esfuerzos para salvar á su hijo y en las convulsiones de la agonia, saltó del lecho, viniendo á espirar enmedio del aposento. Esperaba yo que de un instante á otro apareciese el padre, demandándome á voz en grito por su amante idolatrada. Era yo hebrea; todos los demas cristianos: el amante favorecido ignoraba hasta la existencia de otro rival; las sospechas del asesinato podian recaer sobre mí: todos los de nuestra religion solemos ser tratados bárbaramente por los cristianos; me horrorizaba la idea del tormento, y sentia que se me despegaban las carnes al presumir, que despues de horribles padecimientos, podia espirar en una hoguera: tomé, pues, al reciennacido en mis brazos: recogí la daga del asesino, los papeles y cartas de la madre, todo cuanto pudiera, en fin, justificarme, probar el origen y nacimiento del niño, y asegurar su vida y la mia: solamente para desorientar al padre dije á un criado al partirme que la dama habia dado á luz una niña. En aquella misma noche tuve facilidad de embarcarme en una galera que salia para Barcelona: allí encontré á mi hermana Sara, casada con un judío llamado Samuel Leví, que habia venido desde Navarra para

negocios de mercadería; y manifestándome entrambos que hacia muchos años estaban casados sin sucesion, siendo la esterilidad la nota mas infamante para los judíos, me suplicó le concediese aquel niño, el cual pasaria por hijo suyo, cuando trascurrido algun tiempo, se restituyese á Navarra con su mujer. Juzgué que no habia medio mas á propósito para encubrir el rapto todo el tiempo que me pareciese conveniente. Cediendo, pues, a esta consideracion, consentí en desprenderme de la criatura, para que Samuel y su mujer lo cuidasen como hijo. Tenia tambien un verdadero placer en que aquel que habia nacido para ser enemigo de nuestra religion, fuese instruido y educado en ella por mis hermanos.

—Cielos! esclamó Gimeno que habia escuchado á la hebrea con la mas viva ansiedad; ¿pero ese niño soy yo?

—Tú lo dices.

—Quién fue mi padre? quién fue mi madre?

—Tu madre, Catalina Marini.

—Y mi padre? quién es mi padre?

—Tu padre se llamaba Alfonso el *Magnánimo*, rey de Nápoles y de Aragon.

—Gran Dios! hijo de un rey! y lo habeis callado tanto tiempo? Dónde, dónde estan esos papeles? Dónde están esas pruebas? Dádmelas al punto: vengan pronto; son mios: á mí me pertenecen.

—Esos papeles no estan en mi poder.

—Ah! quién los tiene?

—Doña Leonor de Navarra.

—La condesa de Fox?

—Sí.

—Mi mortal enemiga! Necio de mí, que he creido un solo instante en mi ventura, cuando está vedada para mi corazon. Pero, cómo me habeis desposeido de mis títulos, de mi nombre, de mi familia? Oh! pronto, pronto, esos papeles! esclamó Gimeno cogiendo á Raquel por la garganta: Volvedme al punto lo que me habeis robado, ó habreis de perecer á mis manos.

—Apártate, insensato, esclamó la judía con acento amargo y sosegado; no pagues con un crímen el servicio de haberte salvado la vida. ¡Así son todos los hombres! El primer paso que dan en el camino de la prosperidad es la ingratitud. Víbora, que calentaba en mi regazo, la primera muestra de vida que has dado, ha sido morder el pecho, que te abrigaba.

—¡Oh! perdon, señora! esclamó Gimeno confundido.

—Yo debí haberte olvidado, apenas abandonaste mi religion, y sin embargo, te amaba, te fuí á buscar, llevándote la felicidad en la mujer con quien debias unir tu suerte: porque la felicidad de este mundo, consiste en que el hombre marche siempre entre dos ángeles; á su derecha, el ángel invisible que nos acompaña desde la cuna al sepulcro; á la izquierda, el ángel visible á quien puede dar el nombre de esposa! Tan noble es el alma de la que yo te destinaba, tan celestiales sus virtudes, tan peregrina su hermosura, que obcecado como estabas por otra pasion, al abrir los ojos un instante, le abriste el corazon para amarla. Pero ese amor de un solo dia, ha sido su vilipendio, ha sido su perdicion, ha sido su desventura! La

amaste como la flor que se arranca, se marchita, se deshoja y se olvida... Mírala; mira su semblante estenuado, sus ojos apagados, su sonrisa muerta, su color pálido... Recuerda como apareció á tu ojos, y contempla tu obra, Infeliz! la has hecho desgraciada, la has herido de muerte, le has robado la esperanza, y solo vive porque tiene el instinto de que puede serte útil todavía. Pues bien: esa víctima de tu capricho es el único ser que me ha compadecido, que no me ha despreciado, que me ha querido: es mi hija, es mas que mi hija, es mi madre, es mi ángel, es mi Dios. Por ella hubiese dado yo mil vidas, y por su dicha el mundo entero. Cuando tornó á mi seno, cuando ví sus lágrimas, y supe la causa de ellas, quise vengarla, poniendo en manos de la condesa las pruebas de tu elevado nacimiento, solicitadas con tanto ahinco, con tantas instancias, desde que por algunas palabras mias llegó á traslucir la verdad. Tu aspecto, sin embargo, iba disipando poco á poco la amargura de mi corazon. Desconocia esos arreos que traes; te veía niño, llorando en mis brazos; te veía villano, jugando con tus compañeros: pero al asirme tú con esa mano cubierta de hierro, te he visto cristiano, te he visto pérfido amante, te he visto príncipe orgulloso, tratando, como todos, dura y despiadadamente á la judía, que desde ahora te desdeña.

Calló Raquel: todos los circunstantes guardaban profundo silencio, turbado tan solo por el ronquido de los montañeses, que al parecer dormian á pierna suelta.

—¿De qué me sirve ser hijo de un rey, dijo

por fin Gimeno con abatimiento, sino tengo modo de probarlo, y todos me abandonan?

—Nunca te abandonaré, mientras te vea solo, esclamó Inés con persuasiva dulzura.

—Oh! ser yo hijo de un monarca, igual y superior á los que me han escarnecido, y no poder decírselo, no poder proclamarlo en alta voz, por carecer de pruebas!

—¿Quiéres recobrarlas? dijo repentinamente la judía.

—A costa de mi vida.

—¿Qué harías con ellas?

—Mostrárselas á doña Blanca y abrazarla: mostrárselas á la condesa y á sus secuaces, y arrojarlas al fuego.

—Pues bien, la condesa está dispuesta á devolvértelas.

—¿Todas?

—Todas.

—¿A qué precio? ¿qué exige de mí?

—De tí, nada.

—¿De quién, pues?

—De la princesa, una corona.

—¡Oh Son quimeras!

—Por esos papeles la renuncia de la princesa al trono de Navarra.

—¡Eso, nunca!

—Y como sabe el ascendiente que tienes sobre su hermana, está segura, de que con una palabra tuya, doña Blanca firma la renuncia, á que se ha negado tantos años hace.

—¡Oh! pero esto se asemeja mucho á trama!

—No digo que no lo sea.

—¿En que vos habeis tomado parte?

—Obedecí al impulso de la venganza, como

ahora obedezco al sentimiento de lástima que me inspiras.

—¡Jamás, jamás consentiré en que doña Blanca de Navarra, se despoje de sus derechos por enaltecer á un aventurero

—Gimeno, te creí ambicioso.

—Y era solo altivo.

—Y ahora, qué piensas hacer?

—Volver á las Bárdenas, ponerme de acuerdo con los partidarios de la princesa, y entrar en Bearne con mis valientes aventureros, y arrasar el castillo de Orthés, si necesario fuese, hasta encontrar á la de Fox y rescatar á doña Blanca.

—Y no seria mejor, dijo Raquel, que yo con maña procurase recobrar los papeles que habeis menester?

—Ah, Raquel! seriais capaz de reconciliaros conmigo?

—Yo me reconcilio presto con todo lo grande y generoso.

—Gracias, madre mia! esclamó Inés que hasta entonces habia permanecido tristemente silenciosa; os vuelvo á reconocer en esas palabras.

—¡Voto al diablo, que sus mercedes están hechos unos arbitristas famosos! esclamó uno de los villanos que estaban tendidos en el banco, incorporándose, desperezándose con rústica sencillez, y haciéndose luego cruces en su boca bostezante.

— Cómo, villano! ¿nos has oido?

—De por fuerza, señor, puesto que no soy sordo, y sus mercedes hablaban alto.

—¿Qué gente es esta? preguntó el capitan á la judía.

—No lo sé, nunca pregunto el nombre de mis huéspedes. Llovía, buscaban un albergue, les ofrecí mi casa, no quisieron aceptar mi cena, y se acomodaron en ese lecho.

—No tenga recelo su merced, contestó el villano, no somos espías de la condesa; por el contrario, pensamos auxiliar á nuestra reina y señora doña Blanca.

—¿Cómo?

—Ahora con nuestros consejos, y luego con nuestro valor.

—¿Quién eres?

—Nada hace al caso mi nombre.

Tu semblante no me es desconocido, repuso Gimeno, y creo haberte visto no se en donde.

—Tampoco importa nada para el caso, que su merced me haya visto, ó no, con tal de que no pierda el tiempo en proyectos descabellados. ¡Voto al chápiro! ¿parécele á su merced que el alcázar de Orthés es de torreznos, que así se lo quiere tragar con una manga de aventureros? ¿O se le antoja, que si en él peligrase la reina de Navarra, su hermana doña Leonor la tendria en conserva, para cuando su merced llegase con su cuadrilla?—Y tú judía, crees que la condesa aprecie en tan poco esos pergaminos y papelotes, para que con todas tus artimañas y brujerías, imagines en arrancárselos? ¿Y aunque invoques para eso al mismo diablo, no sabes que el lobo al lobo...

—Pues bien, ¿cuál es tu plan?

—Señor, mi plan es mucho mas sencillo. ¿Qué hace aquí la señora Inés? Perder el tiempo. Torne al alcázar, procure averiguar en qué parte del castillo han puesto á la princesa; si pue-

de, que no lo creo dificil, póngase de acuerdo con ella, y aun con don Gaston, el mozo; avísenos de todo, y vaya introduciendo en el alcázar hasta una docena de hombres fieles, resueltos, temerarios, que en un santiamen se apoderen de la condesa, y rescaten á doña Blanca, la cual emprenderá la fuga, favorecida por media docena de caballeros, que la estarán esperando á la puerta.

—¡Magnífico proyecto! esclamó Gimeno, ¡vive Dios, que es como tuyo, rústico montañés! No nos falta mas, para ponerlo por obra, sino la docena de temerarios dentro del alcázar, y fuera de él la media docena de caballeros.

—Si os place que ahora mismo se presenten esos doce fieles y decididos servidores de la princesa de Viana, no he menester sino sacar este silvato, salir á la puerta, hacer una señal convenida, y al instante vereis aquí los doce, justos y cabales. Si quereis reconocer á los caballeros, venid conmigo, los iréis contando uno por uno.

—¿Pero, quién sois vos?

—Al frente de los primeros ireis vos, don Gimeno de Aragon, y al frente de los segundos, me quedaré yo, el conde de Lerin, dijo el montañés quitándose la montera que tenia sobre los ojos, y echando atrás el grosero tabardo en que estaba envuelto.

—¿Sois vos el que...

—Señor, le interrumpió el condestable con gravedad, no recuerde el príncipe las afrentas del villano.

—¿Y quién es vuestro compañero? le pre-

guntó Gimeno, cortado por las palabras del conde.

—Mi compañero, repuso el de Lerin, es una persona conocida vuestra, y que os probará, que si habeis tenido la ventura de tornar á ver á la princesa, que si habeis podido salvarla, yo tengo alguna parte en vuestro contentamiento.

—¡Eh! señor dormilon, añadió el conde, urgando con poca suavidad al villano. ¡Arriba! ¡voto al diablo con la pereza! Vamos, ya os convencereis, de que este por lo menos, duerme con demasiada buena fé, y pertenece á esa raza de hombres, que dejan á los demás el cuidado de pensar por ellos.-Ferrando! Ferrando!

Esta vez acompañó el conde sus gritos con insinuaciones algo mas eficaces, y el pagecillo rubio se levantó sobresaltado, restregándose los ojos, y volviendo el rostro á la pared, para evitar el resplandor de la hoguera que le ofendia.

—Gimeno conoció el faraute de la condesa de Fox.

Amigos ya, el conde de Lerin y el capitan de aventureros, se retiraron á un rincon del aposento, donde en voz baja, concertaron su empresa.

Como primer indicio de su concierto, se vió salir á Inés al poco rató, y encaminarse apresuradamente al castillo de Orthés.

CAPITULO XVIII

De como Doña Blanca de Navarra se entretenia en el castillo de Orthés.

Volvamos ahora á la princesa de Viana, á quien dejamos en poder de la implacable condesa de Fox, que por medios tan infames la habia separado del capitan de aventureros.

Anonadada doña Blanca por aquel terrible golpe, dejóse conducir maquinalmente por su hermana, que la presentó con el hábito de religiosa en medio del sarao, haciendo creer á todos que habia renunciado, no sólo á la corona de Navarra, sino tambien á las pompas mundanales. Pero cuando la princesa, conociendo tamaña superchería, quiso revelar á todos los concurrentes que aquel hábito se le habia hecho vestir á la fuerza, que jamás sus labios, ni menos su corazon habian pronunciado los votos religiosos; cuando quiso pedir el

traje que le correspondia, y protestar contra la violencia de sus enemigos, doña Leonor la condujo á un aposento retirado, y dejándola en él, cerró las puertas, asegurándolas con llaves y candados. Tornó despues serena y tranquila á los salones del convite, manifestando á los que habian notado la desaparicion de la princesa, que no permitiéndole la austeridad de su nueva vida participar del bullicio y deleites de los festines, se habia retirado á pedir al cielo concediese la mayor ventura á los desposados, cuyo fausto enlace queria autorizar con su presencia, para dar una prueba irrecusable de reconciliacion con su hermana.

Los pocos caballeros que conocian la verdad de los hechos, estaban interesados en ocultarla, y de esta manera, y á favor de tan refinada hipocresía, de tanta audacia y maldad, la condesa de Fox habia conseguido cuanto anhelaba. A los ojos del mundo su hermana habia renunciado á la corona, y para conseguir los efectos de esta aparente renuncia tenia en prisiones á la princesa.

Sin embargo, D. Gaston de Fox no habia dado aun su mano á Magdalena, y despues de las horribles tramas descubiertas, despues de los estraordinarios acontecimientos de aquella noche, era mas que probable que se resistiese tenazmente á dar un paso que tanto le repugnaba.

Prudente y avisada su madre, anunció á los convidados que habiéndose retardado tanto la venida de su muy cara hermana por haber intentado unos malandrines apoderarse de ella mal su grado en el camino, no podia verificarse

aquella noche la sagrada ceremonia, la cual se suspendia algunas horas hasta el próximo dia.

Asi evitó los nuevos escándalos que debian originarse del desistimiento de su hijo, á quien pensó convencer en el corto plazo que habia prefijado.

Para los grandes intrigantes, todas las cuestiones son cuestiones de tiempo.

Efectivamente, poco despues de haber desaparecido los convidados, los cuales unos moraban en el alcázar y otros en la ciudad, doña Leonor se trasladó á la habitacion de su hijo, y con lágrimas, con ruegos, con promesas procuraba convencerle.

Don Gaston, acosado por sus propios remordimientos, conoció que podia hacer un sacrificio no esteril en favor de la princesa, si antes de resignarse á él lograba obtener algunas concesiones en favor de la desventura prisionera.

Ya que su enlace era una especie de inicua contratacion, quiso comprar á precio de su libertad y de su ventura, alguna parte de lo que sus padres vendian.

—Bien, señora, dijo á su madre; daré mi mano á Magdalena; pero la princesa ha de ser tratada con las consideraciones que merece una hermana vuestra.

—Has podido imaginarte nunca otra cosa de mí?

—Y tendrá una doncella de su confianza que la acompañe y la sirva?

—Te lo prometo.

—Por ejemplo, Inés.

—¡Inés! la que contribuyó al engaño de la sortija?

—¡Qué! ¿rehusais? dijo Gaston, en tono de amenaza.

—No, sea Inés.

—¡Madre, madre mia! Puesto que comenzais á parecer generosa, acabad de ser justa. Permitid que doña Blanca, vuestra hermana, inocente, sencilla, sin ambicion, permitid que viva libre, dueña de sus acciones...

—¡Oh! mucho pides, hijo mio, le interrumpió Leonor, con estraña sonrisa, conoces cuanto puedes en mi corazon, y abusas de tu poderio.

— Señora, prometédmelo. Ella no quiere reinar, lo sé madre mia; quiere vivir, y vivir en libertad.

—Bien: no digo que allá.. andando el tiempo..

—Presto, madre mia: no dilateis un placer para vuestro hijo, y ese consuelo para vuestra hermana.

—Muy exigente estás, amigo mio, dijo Leonor con la misma sonrisa: ¡cómo conoces lo que vales,

—¡Ah! ¿Será posible que me concedais....

—Dentro de un mes.

—¡No, no! Es mucho.

—Pues bien, sea dentro de cuatro dias.

—¿Y por qué no mañana mismo?

—Hombre, no seas atropellado: es preciso que Blanca permanezca aquí, siquiera el tiempo que duren los festejos.

—Sea, pues.

—¿Con que mañana la boda?

—Y terminados los desposorios, la libertad de la princesa.

Leonor salió del aposento sonriéndose con aire de triunfo.

Gemia entretanto la malhadada princesa, privada de su libertad, y á merced de sus implacables enemigos, que habian dado ya terribles muestras, de cómo sabian vengar el inaudito crímen de haberse anticipado algunos meses á venir al mundo, y á recoger un cetro, herencia de sus abuelos.

Abandonada y sola, deshecha en un mar de lágrimas, tendia los ojos en derredor, y sus anhelantes miradas estrellábanse contra las sombrías y silenciosas paredes de su habitacion. Asomábase á la reja de aquella torre, y solo veía á lo lejos las azules y empinadas crestas de los Pirineos, por donde ella quisiera vagar olvidada del mundo; y una pequeña parte del inmenso espacio, único término de sus padecimientos, único afan de sus esperanzas; y las aves del cielo, que cortaban rápidamente y á su antojo aquellas auras, aquel espacio, que nunca parece tan grande y magnífico como desde las angostas rejas de una prision.

Pero ni la pérdida de su libertad, ni la certidumbre de su muerte la afligian tanto, como el recuerdo de aquel Gimeno, á quien amaba, y á quien habia visto ultrajado, confundido, vilipendiado delante de sus ojos.

Avergonzábase alguna vez la hija de cien reyes de haber puesto su aficion en el despreciado hebreo, en el execrable bandido de las Bárdenas; y se acusaba las mas, la perseguida, la prisionera, la que debia al trono todas sus desventuras, acusábase de no haber tenido valor un solo momento, para arrojarse á los brazos de

Gimeno, cuando mas cubierto estaba con el fango de la ignominia.

—¡Oh! esclamaba la princesa, reina me persiguen y me encierran: amante de un judío y de un salteador, me hubieran despreciado como á él, y con él me hubieran dejado libre! Y luego añadia:—¡Oh! ¡qué suerte tan miserable, cuando tanto oprobio me parece preferible á tamaña desventura!

En estas y otras imaginaciones, pasó Blanca el resto de la noche y la mañana del siguiente dia. Alguna vez le interrumpieron las importunas visitas de una carcelera, cubierta con un manto, la cual le dejaba el necesario alimento, y se partia sin dirigirla una sola pregunta, una sola palabra. La princesa rehusaba probar aquellas viandas, ni aun aplacar la sed, que le devoraba; pues al acercarse á los labios cualquier alimento, que viniese de aquella familia de envenenadores, hubiera creido que con sus propias manos iba á darse la muerte.

Esperaba la visita de su muda carcelera, para postrarse á sus pies y rogarla que la diese, no la libertad, sino un poco de agua pura, de que ella participase; cuando se abrieron las puertas del aposento y apareció Inés, que con lágrimas en los ojos, la dió un estrechísimo abrazo, diciéndola:

—¡Consolaos, señora, vengo á llorar con vos!

—Aunque sea por algunos instantes, mi gratitud será eterna.

—No, no es por tan corto tiempo, repuso Inés, aunque yo querría que lo fuese; vengo á unir mi suerte con la vuestra, mientras permanezcais en este castillo, vengo á llorar con vos, á vivir

con vos, á conversar con vos, de lo que mas puede complaceros.

—¡Cómo! ¡tú tambien presa! ¡tú tambien privada de libertad! ¿Será tal vez, tu único delito la compasion que mis angustias te han merecido?

—Mi prision es voluntaria, princesa, ó por mejor decir, no lo es: hace tiempo que rige mi alma otra voluntad que la mia!

—¿Quién, pues? ¿quién te envia? ¿qué quieren decir tus palabras? ¿quién se acuerda de mi en el mundo?

Inés conoció que habia andado muy imprudente en proferir aquellas espresiones.

—¡Señora, le dijo, vengo aqui por la voluntad de vuestra hermana...

—¡No digas eso, Inés, te miraría con horror!

—El príncipe D. Gaston acaba de desposarse con una mujer á quien aborrece, y el premio de este sacrificio, exigido por sus padres es, alguna mayor holgura y comodidad en vuestra prision desde este momento, y la compañía de una persona que os ame, Y D. Gaston, señora, ha creido que aqui en Orthés, nadie os amaba tanto como yo. Si D. Gaston se ha equivocado, designad quien me suceda, y yo todavia os pediré de rodillas, que, ademas de vuestra predilecta, me permitais permanecer con vos

—Gracias, Inés; hace algunas horas que te conozco, pero me basta que merezcas la confianza de Gimeno...

—Ah!

—u aprecio, su estimacion.

—Ah, sí! tambien á mí me basta su estima-

cion y su aprecio! esclamó Inés dolorosamente herida.

—Inés, y para qué la estimacion de Gimeno te basta y satisfaga, le conoces? le has conocido siempre? preguntó con inquietud la princesa.

La doncella creyó vislumbrar en estas preguntas una duda, un recelo acerca de la nobleza de alma de su adorado amante, y no pudo menos de contestar con cierta animacion mal reprimida:

—Siempre, señora, le he conocido, siempre! y porque le conozco os digo, que la sonrisa de aprobacion del hijo de Samuel, de Gimeno, del capitan de bandidos, del capitan de aventureros, puede halagar la vanidad de una reina.

—No sabes Inés con cuánto placer te escucho! Ay! no sabes cuán dulces son para mi las alabanzas de Gimeno, ni cuánta necesidad tengo de oirlas en este instante! Gimeno, Gimeno, saliendo de una raza maldecida, puede tener un alma noble, pura, inmaculada. Pero Gimeno, capitan de bandoleros...

—Y por quién, señora, el tímido cordero de Mendavia, se convirtió súbitamente en leon furibundo de las Bárdenas? Por quién? Nadie menos que vos puede echarle en cara sus espantosas proezas. Impotente para vengaros del agravio que sufrísteis en Mendavia, y mas impotente aun para libertaros de enemigos, que debian ser muy principales, aunque le eran desconocidos, hizo esfuerzos de valor, prodigios, para hacerse tambien él temible, fuerte, poderoso. Sus incendios no tenian otro objeto

que el de arrasar castillos, para ver si rompia vuestras prisiones; sus saqueos eran pesquisas que hacia de casa en casa, para encontraros; sus muertes eran solo venganzas de los que sospechaba que pudieran reteneros. Y en todas estas horribles hazañas no hacía mas que castigar á los grandes señores de esta tierra, asolada tantos años hace por su desmedida ambicion. Gimeno empuñaba el azote de la cólera divina, que crujia sin cesar sobre la frente de nuestros verdugos. Grande fué, señora, Gimeno como capitan de bandidos; mas grande aun que como capitan de aventureros; mas grande todavía que como príncipe de Nápoles y de Aragon.

—Què dices?

—Oh! no sé, no sé lo que digo, señora! Pero cuando á Gimeno se le ultraja. .

—Pero has dicho... yo no sé que... de Nápoles... habré oido mal.

—Sí, habeis oido que Gimeno es un príncipe.

—Cielos! no te burles de mí!

—Príncipe de Nápoles y de Aragon.

—Hablais de veras?

—Hijo del rey D. Alfonso el Magnánimo.

—Calla, Inés, que vas á matarme de gozo! Inés, dime la verdad, no te burles de mí: mira que le amo!

—Oh! y habeis aguardado para decirme que le amábais, á saber, que como vos, habia nacido cerca del trono? prorumpió Inés con exaltacion. Creeis que ahora no podeis sonrojaros de un amor, padron hasta aqui de ignominia? Por ventura, este descubrimiento puede dis-

minuir la gravedad de sus crímenes, si crímenes ha cometido? Por ventura vale mas el alma del príncipe como vos le veis, que bandido como yo le ví?

—Cruel estás conmigo, Inés! ¿Qué te ha hecho esta pobre mujer, perseguida desde la cuna, desamparada de todos, casada en sus primeros años con un hombre aborrecido, repudiada por él, arrojada de su tálamo á los pocos dias con escándalo y con ignominia? qué te ha hecho esta mujer, que no ha tenido mas vengador que el cielo, que no ha pisado otro pavimento que el de las prisiones; que no ha sentido los arrullos de una madre; que se vé perseguida por su padre, amenazada por sus hermanos, qué te ha hecho, para que así la trates? Oh! tan honda es mi desgracia, que hasta las que vienen á consolarme, tal vez contra su voluntad, truecan en insultos sus consuelos! ¡Ay ¿amas tú á Gimeno, por ventura? ¿le amas? Escucha Inés, mi juventud ha pasado: perseguida, sepultada siempre en torres y calabozos, no he visto que nadie fijase en mí una sola mirada de amor, que nadie me sonriese dulcemente, siquiera por mi desgracia, ya que no por mi hermosura: porque, Inés, eso sí, hasta mis carceleros me han dicho que yo era hermosa. He llegado á esta edad en que el alma se prepara á despedirse de los placeres, de los amores, y en este otoño de mi vida, y en esta tarde de mi edad, hallé por fin las miradas, hallé las sonrisas desconocidas hasta ahora. Un mancebo, de condicion humilde y de corazon elevado, me amó; ¡quizá para que yo midiese con una de sus palabras la profundidad

del abismo, que hasta entonces me habia separado de la ventura! Le amé tambien. ¿Y cómo no había de amarle, si mi corazon estuvo acumulando tantos años tesoros de ternura, para derramarlos en un solo instante sobre el corazon de Gimeno? ¡Le amé, Inés, le amé! y solo el hábito de ser desgraciada, y mi crianza y la costumbre de ver las cosas desde un puesto elevado, han podido hacerme injusta con él. Responde, Inés, ¿he podido ofenderte por este amor?

—¡Perdon, señora! amo á Gimeno, es verdad, pero amo mas su ventura, y por eso os amo tambien á vos.

—¡Ah! ¡le amas, y le acompañas á todas partes! ¡le amas, le has conocido siempre, y mereces su confianza, y le has recibido al llegar al castillo! ¡y has seguido despues sus pasos! ¡y vienes, tal vez para cumplir su voluntad, no la de la condesa! Le amas... ¡ah! Inés, ¡entre el inmenso catálogo de mis tormentos, hasta ahora no habia conocido el de los celos!

—¡Celosa vos de mí, doña Blanca! ¡callad por compasion, que me mataréis de dolor, sino me haceis prorrumpir en estúpidas carcajadas! ¡celosa vos, cuando los celos han macerado mis carnes, me han robado los colores, el sueño, la tranquilidad! ¡celosa vos, cuando me estoy alimentando con la ponzoña de los celos, que vos me suministrais ¡Oh! basta, basta! ¡Haréis que me arrepienta del generoso intento que aqui me trae. Sabedlo, señora, sabedlo tambien vos. Vengo aquí á proporcionaros la fuga, á entregaros á Gimeno, al Gimeno que yo adoro! Vengo á colocaros en sus brazos, y á miraros par-

tir juntos, para nunca mas volverle á ver! Veréisle cómo se aleja de aquí, sin tornar el rostro siquiera, para dirigirme una mirada de gratitud! Veréis como jamás mi nombre sale de sus labios! ¿Y todavía teneis celos de mí?

—¡Terribles, Inés, terribles! Tanta virtud, y generosidad, y abnegacion, revelan un alma tan simpática, que es imposible deje de ser adorada por Gimeno. Y no solo estoy celosa de tí, sino que en medio de tu amargura misma, te tengo envidia; si, tengo envidia de un corazon tan noble, de una resignacion tan cristiana, de unas virtudes tan consoladoras. ¡Ay, Inés yo no sé en qué consiste!.. quizá como en tantos años no he disfrutado un momento de felicidad, no acierto á desprenderme de ella, cuando con ella comenzaba á regalarme. Quisiera poder imitarte, quisiera hacer tus esfuerzos y sacrificios, pero soy demasiado débil... ¡Inés, arráncame el corazon, pero no me arranques de él la imágen de Gimeno!

—Conservadlo, señora, y sed dichosa con él! Mis sacrificios no son incompletos; y no solo he renunciado al amor de Gimeno, antes de conocer su ilustre cuna, sino que despues de verle tan encumbrado, vengo aquí á proporcionaros la fuga, á daros toda la ventura que podeis apetecer, la libertad y la posesion tranquila de su amor.

—¿Por qué eres tan buena, Inés? esclamó la princesa cruzando los brazos, y contemplándola con absortas miradas. ¡Ay! cuán humillada me siento á tu lado! cuánto no habria de enturbiar mi ventura el recuerdo, de que otra mujer la merecia mas que yo!

—Por ahora, respondió Inés, con triste sonrisa, venid á disfrutar sin temor del escaso alivio que proporcionan á vuestras penas.

—¿A dónde me llevas?

—A esta cámara inmediata; mas alegre, mas espaciosa, mas dignamente aderezada para una princesa.

—Todas las prisiones son iguales, Inés.

—No lo son todas, señora: las hay como esta, que no tienen mas que una puerta: las hay como esotra, que tienen dos, por una de las cuales se puede descender al campo, y...

—Vamos, vamos al punto, la interrumpió doña Blanca acudiendo al dulce reclamo de su libertad.

—A la solicitud de vuestro sobrino y al consentimiento de vuestra hermana, debeis tambien vestidos mas propios de vuestro estado, que esos mongiles.

—¿Qué me importa? Inés, las galas me son odiosas.

—Las vestireis sin embargo, porque esos hábitos pudieran haceros traicion en la fuga.

—¡Inés, Inés! esclamó la princesa abrazándola: tan prevenida, tan cariñosa, tan resignada como una madre, y eres sin embargo mi rival!

—Venid, señora, venid presto; y si tanta bondad se anida en vuestro pecho, no torneis á pronunciar el nombre de rival, y si quereis pagar mi sacrificio, sustituidlo con el de hermana.

— Sí, hermana, hermana mia te doy este dulce nombre, que hasta ahora nunca ha salido de mis labios sin horror!

Y diciendo estas razones, entraron en la cámara inmediata, donde la princesa cambió de vestidos, ayudada por Inés.

—Ahora, le dijo esta, voy á procurar que Gimeno entre en el alcázar, con algunos partidarios vuestros.

—¿Para qué?

—Lo primero, para favorecer nuestra fuga, y lo segundo, para que él se apodere de la condesa, y pueda recobrar á viva fuerza las pruebas de su nacimiento.

— Cómo ¿esas pruebas están en poder de mi hermana?

—Sí.

—¿Estais segura de ello?

—Sí, señora.

—¿Y no teneis otro medio para que las restituya, sino el de la fuerza?

—No ven otro los hombres mas perspicaces.

—¡Oh ¿y vais á esponer á Gimeno entre tanta gente? ¿y no habeis temido que se empeñe un combate disigual? ¿Tú, Inés, tú que tanto le amas, has podido consentir en ser tal vez el instrumento de su muerte?

—¡Oh! teneis razon: no hacia mas que obedecer sus mandatos; pero os juro, señora, que mas me afligía la idea de este riesgo, que la de perderle para siempre.

—Inés, repuso Blanca con resolucion, vé á llamar á la condesa, tengo yo una corona para comprar esos papeles.

—¡Cómo! ¿firmareis la renuncia...

—Sí, la renuncia de todos mis derechos, de mi dignidad, de mi nombre, por dar á Gimeno

el que le corresponde: por él me quedaré reducida á la condicion vulgar; por él seria capaz de descender al puesto de donde se eleva.

—¡Ah, princesa! Y teneis envidia de mí esclamó Inés, dirigiéndole una dulce mirada de inefable gratitud.

—Pronto, Inés, pronto.

La doncella salió apresuradamente.

Sentia doña Blanca un ardor, una sed terribles que la devoraban. En el ligero estremecimiento de sus megillas, teñidas de viva púrpura, se notaban los síntomas de fiebre, producida por tantas, tan violentas, y tan encontradas sensaciones. Mil veces quiso aproximar á sus labios una de las copas, que los fraternales cuidados y desvelos de la condesa tampoco habian olvidado en aquel aposento, templado por la lumbre de una inmensa chimenea; pero otras mil la apartaba con horror, temiendo que en semejantes prisiones el pan que comiese, el agua que bebiese, el aire que respirase, pudieran estar emponzoñados.

En estas luchas y alternativas fue interrumpida por la presencia de doña Leonor su hermana.

Notábase en el semblante de la condesa, una palidez y agitacion desacostumbradas: era, empero, su sonrisa mas dulce y afable que nunca, y las semejantes palabras que salieron de sus labios trémulos, aunque pronunciadas con un acento estraño, rebosaban ternura y mansedumbre.

—Blanca, dijo al entrar á la princesa, he sido agradablemente sorprendida de tu llamada, tengo que agradecerte el recuerdo que has he-

cho de tu hermana, y vengo aquí con el solo afan de complacerte.

—Quisiera poder rechazar toda la ventura, que haya de venirme de tu mano, replicó la princesa con altivo desden.

—Justo es, hermana mia, que me trates con tanta aspereza; tambien es justo, sin embargo, que yo me anticipe á tus mas ardientes deseos.

—Ah! los conoces ya? sabes lo que te pido?

—Ingrata! repuso doña Leonor con aire de reconvencion: acabo de hacer un descubrimiento importante para tu dicha, me apresuro á valerme de él, ¿y con tanto rigor me recibes?—Lo sé todo, lo sé, prosiguió la condesa, con dulce abandono; amas á un hombre á quien hemos creido de la mas humilde estraccion, ¡cuál debió ser tu gozo, cuando llegaste á saber que este hombre es digno de tí por su nacimiento!

—No he necesitado saberlo para amarle, respondió Blanca que no podia vencer su desden.

—Para amarle no, querida hermana, porque el corazon es libre, la voluntad ciega, y no disponemos á nuestro antojo de las afecciones: pero si no para amarla, para confesar que le amas, sí. Tu amor, que ahora es un baldon que pesa sobre tu frente, será despues una aureola que te circunde de gloria y de felicidad.

—Sé que tienes en tu poder las pruebas de su escelso orígen, sé que teniéndolas le has calumniado villanamente, y ya debes saber tú á qué precio quiero comprarlas: ea, pues, dime si te acomoda.

—Nada quiero. Muy pronto te las entregaré todas una por una; muy pronto podrá ser reconocido Gimeno como hijo bastardo de Alfonso V de Aragon, cuya circunstancia poca significacion tiene en este siglo. De un bastardo de nuestro abuelo desciende el conde de Lerin, caudillo de tu bando; de un bastardo de otro abuelo nuestro desciende el marqués de Cortes, mariscal de Navarra, cabeza de mis partidarios. Bien puedes hacer públicos tus amores, y unirte para siempre sin mengua con el objeto de tu cariño.

—Ah!

—Tú, que siempre has sido desventurada, prosiguió Leonor, viendo que su hermana iba cediendo de su rigor, puedes recobrar con usura la dicha que el cielo te ha negado. Con esos papeles te daré tambien la libertad. Salid almas tiernas y enamoradas, salid á respirar en la atmósfera de los deleites: el espacio es vuestro, el tiempo es vuestro: que sea tambien vuestra la fortuna.

—Hermana, hermana mia! dijo al fin con tierna efusion deslumbrada la princesa, qué quieres en recompensa? Habla, responde. Es mi vida la que anhelas? te la doy por una hora de ventura: mi corona? estiende, estiende la renuncia, que yo la firmaré sin verla.

—Tu vida es muy preciosa para mí, respondió la condesa, redoblando su afabilidad acostumbrada, tus años prósperos y dilatados serán el bálsamo que cicatrice las heridas abiertas por el remordimiento. La corona... sí. Verdad es que todavía no ciñe tus sienes, querida hermana, y seria preciso derramar harta

sangre para que tú llegases á sentarte en e trono. Evitemos, pues, á nuestra patria tanta calamidad; renuncia á tus derechos, escribe á los caudillos de tu bando, para que desistan de temerarios empeños. A tí, querida hermana, los goces sosegados de la vida doméstica, la luz brillante de los amores, el deleitoso perfume de las virtudes, el homenaje, el respeto de los buenos, una reputacion sin mancha, una dicha sin término: á mí los azares, las inquietudes que se cobijan á la sombra del trono, el efímero esplendor que le circunda, las turbulencias, el desasosiego de la vida cortesana; y como único descanso, como único consuelo el engrandecimiento de mi hijo y el aprecio y el amor de mi hermana.

—Sí, sí esclamó alborozada la princesa; de buen grado te cedo ese puesto: contenta estoy de mi destino: quiéres mas, Leonor querida?

—Sí, quiero mas, respondió la condesa con la voz sombría y apagada, quiero lo que nunca he conseguido... un solo abrazo de mi hermana!

—Leonor! Leonor! esclamó la princesa, estrechándola contra su seno.

Y las dos hermanas permanecieron largo rato de aquella manera: doña Blanca sollozando con ternura, doña Leonor con los ojos enjutos, la mirada inquieta, torvo el semblante.

—Otro favor voy á pedirte tambien, hermama mia, esclamó la princesa, me estoy muriendo de sed... hace muchas horas que no he probado una gota de agua: perdóname si te

pido que me dés de beber y que bebas tú tambien de mi misma copa.

—¿Por qué no, hermana mia? repuso Leonor con voz un tanto turbada por el gozo, ó por el terror, ¿por qué no hemos de partir el alimento como acabamos de partir nuestros destinos? Siéntate, pobre hermana mia! en el ardor de tus manos he advertido la calentura que te abrasa. Siéntate, añadiré al agua estas gotas de un licor, que refrescará tu sangre, y para que veas que es una medicina inocente y saludable, yo beberé primero la mitad del vaso.

Doña Blanca recordó entonces la muerte de su hermano, y no pudo menos de preguntar á la condesa con sobresalto:

—Y beberás tú de la misma copa, ¿no es verdad?

—La primera, respondió Leonor con dulce sonrisa, y brindaré en ella á nuestra union y amistad eterna, añadió Leonor con voz serena, y acercando la profunda copa á sus estremecidos labios.

La princesa observó que habia bebido casi la mitad del licor sin repugnancia alguna, y como agitada por un profundo pesar, cayó á los pies de su hermana, diciendo con sollozos:

— Perdon, hermana mia, perdon!

—¿Qué tienes? repuso la condesa levantándola con una mano y vertiendo al mismo tiempo con la otra en la copa de oro un licor rogizo, contenido en uno de sus anillos.

—¡Perdon!

—¿Blanca, dime lo que te pasa? ¿qué arrebatos son esos? ¿qué te sucede?

—Leonor, te lo confieso: he tenido sospechas

de tí... la muerte de Cárlos... nuestros odios, me hicieron dudar de la sinceridad de tu arrepentimiento, y aun creí que este fuese un lazo tendido para perderme.

—¡Para perderte! ¿con qué objeto? ¿de qué manera?

—¡Sí! lo diré de una vez... creí... perdona, hermana mia! creí que esta copa pudiese estar emponzoñada!

—Cielos! qué horror! ¿pues no has visto que he bebido la mitad? prorrumpió la condesa con estremecimiento.

— Sí, y por eso he conocido mi error, dijo la princesa; y tomando la ansiada copa en las manos añadió:—A la eterna reconciliacion de dos hermanas, que han de amarse desde hoy en adelante, por lo que han dejado de quererse hasta aquí. ¡Hermana mia, porque el Señor te bendiga en tus hijos! porque te sientes en el trono de Navarra y te sucedan ellos! porque Dios te dé toda la ventura que me ha negado, y se olvide de tus culpas, como yo olvido y perdono los agravios que me has hecho!

Y diciendo estas palabras la incauta, la sencilla, la angelical princesa, apuró el vaso.

La palidez del rostro de su hermana era entonces casi cadavérica, su agitacion febril y convulsiva; queria apartar la vista de la copa, pero á su despecho tenia en ella fijos sus espantados ojos.

Si en aquel momento hubiese alzado los suyos doña Blanca, quizás habria llegado á traslucir un horrible crímen; pero tranquila, con la sonrisa de la inocencia, dijo á su hermana saboreando el ansiado licor:

—Henos aquí ya para siempre amigas, para siempre hermanas!

—Para siempre! repitió Leonor con voz sombría.

—Ahora ve á traerme los papeles, y en seguida firmaré la renuncia.

—Los papeles aquí están, contestó la condesa poniéndose en pié y sacándolos de su escarcela.

—Ah!

—Estos papeles, que valen tal vez un reino, sirven tambien para alimentar el fuego de esa chimenea que se va apagando, repuso la condesa arrojándolos á las llamas.

—Gran Dios! qué haceis?

—Tu renuncia no la necesito, prosiguió Leonor sin alterarse: ya es inútil!

Y se alejó del aposento.

CAPITULO XIX.

En que se da fin á la historia lastimosa de doña Blanca de Navarra.

Turbada y absorta quedó la princesa. Dirigió los ojos á la chimenea... no habia mas que cenizas! La gloria, el enaltecimiento del hijo del rey D. Alfonso habian pasado como un metéoro que en un punto cruza el espacio é ilumina la redondez del mundo.

Gimeno quedaba para siempre reducido á su antigua y miserable condicion.

Golpe tan imprevisto y súbito bastaba para confundir y anonadar á doña Blanca; pero aun le quedaba otro mas fuerte. ¿Qué significaban las últimas palabras de la condesa, y mas que sus palabras, su imponente calma, su mirada siniestra, su horrible sonrisa? ¿Habria dado un veneno á su hermana en aquella copa? y si era

asi, ¿cómo habia participado de la bebida? ¿qué queria decir aquel *ya es inútil*, anunciado con voz seca, tajante y fria como el hacha del verdugo?

Aun permanecia inmóvil la princesa en la misma postura en que acababa de dejarla su hermana, cuando se abrió silenciosamente una puerta y apareció Gimeno embozado en una capa y seguido de Inés.

Lanzó Blanca un grito de sorpresa, ó una esclamacion de júbilo, ó un gemido de dolor; no sabemos cuál de estas sensaciones quiso espresar, ó si espresó todas juntas.

—Blanca, señora mia! esclamó Gimeno desembozándose, y descubriendo su armadura: el cielo se apiada de nosotros. Ah! no puedo espresar el júbilo que siento! Vas á ser libre! vas á ser dichosa! Juntos saldremos del alcazar. Al pie de esta torre nos aguardan los mas valientes y nobles caballeros de tu bando, el conde de Lerin, D. Carlos de Artieda. Ven, espíritu gentil, alma celestial, purificada en el fuego de la desgracia; ven á gozar de la inmensa dicha que nos aguarda!

—Gimeno! esclamó con dolorido acento la princesa, y nada mas pudo decir.

—Blanca! Gimena mia no demores un instante la salida; huyamos de este alcázar maldecido. Conozco el grande sacrificio que has querido hacer por mí, ¡renunciar al trono por conseguir las pruebas de mi nacimiento! ya sé que Leonor se dá con esto por satisfecha; porque Inés, este ángel sublime de abnegacion y de virtud, á quien tanto debemos; Inés, á quien yo debia amar, si no te amase á tí; Inés

me lo ha contado todo, Inés ha visto á la condesa meter en su escarcela tan preciosos documentos. Oh! no te sonrias tan tristemente, Blanca mia; tu renuncia nada puede perjudicarte como arrancada por la fuerza. Ven, sál de aqui, te llevaremos á Navarra, te sentaremos en el trono... Gimena, has oido decir que yo era valiente? pues nadie, nadie ha podido decirlo con razon hasta que me vea esgrimir el acero á la cabeza de tu bando.

—Gimeno, Gimeno! tornó á decir la princesa con un acento lastimoso, que parecia el eco de la muerte, mírame á tus pies de hinojos...

—Qué haceis, señora, qué haceis! esclamó confuso el capitan viendo á Blanca arrodillada delante de sí.

—Pedirte perdon por no haber sido bastante fuerte para arrojarme á tus brazos en el trance de tu ignominia!

—Oh! quién recuerda?..... alzaos, señora, venid... no perdamos un instante.

—No! no! yo no puedo salir de aqui!

—No os comprendo .. qué causa os puede detener en esta casa de maldicion?

—Gimeno! repuso la princesa, señalando con la mano á la chimenea, ¿ves aquel monton de negras cenizas, que vuelan esparcidas al mas leve soplo del viento?

—Y bien, qué?

—Esa es tu gloria! ese es tu engrandecimiento, esa es tu corona!

—Cómo?

—La condesa ha venido aqui para quemar á mi vista tus papeles.

—Ah!--Pero qué importa? mientras no re-

duzca á cenizas vuestro corazon, mi gloria, mi orgullo, mi corona no habrán perecido.

—Ah! esclamó la princesa turbios los ojos por el llanto, tú no sabes que mi corazon, mi corazon no puede ser tuyo por mucho tiempo!

—Dios mio! qué teneis? por qué temblais?

—Gimeno, en pago de la vida que tantas veces has espuesto por mi, en pago de los inauditos esfuerzos, de las increibles hazañas con que has asombrado la gentileza y bizarría de tres reinos, te parece si he correspondido dándote todo, todo mi amor, y queriendo sacrificarte toda, toda mi honra?

—Señora, vuestra bondad no tiene límites, con una mirada vuestra hay para pagar sacrificios cien veces mayores que los mios.

—Pues bien, por todo ese amor, por toda esa bondad que me supones, te ruego encarecidamente que te marches...

—Ah!

—Que me dejes!

—Dejaros yo?

—Que te partas con Inés, y que la ames, que la ames, Gimeno, como has dicho que podrias amarla, si yo no existiese!

—Advertid, señora, que esas son locuras, ó son celos, y que ni unos ni otros vienen bien en estos momentos supremos de los cuales depende toda una vida de felicidad.

—¡Ay! ni celos, ni locuras, ni felicidad! esclamo la princesa con gemidos, yo no puedo ser tuya, Gimeno! no puedo serlo ya, y quisiera que al partirte de aquí, me dejases el consuelo de saber que habias reparado la única falta quizá que has cometido!

—Venid, señora, repuso el Capitan con impaciencia, cada vez comprendo menos vuestra determinacion; podais, ó no, ser mia, yo quiero salvaros, arrancaros de este sitio, coronar mi obra. Venid, ó sino diré que reducido ya á mi antiguo y miserable estado, os avergonzais de seguirme, y no quereis asiros de mi brazo por temor de que os manche.

—¡Gimeno ¡Gimeno, calla, ten piedad de mí! ¿no ves mi rostro? ¿no fijas en mí tus ojos? ¿no ves cuán horriblemente estoy sufriendo?

—Pero bien, si yo os perdono, si yo comprendo todo el orgullo de una princesa, porque tambien yo he sido príncipe una hora, ¿por qué sufrís? ¿por qué llorais? El golpe está dado, señora, y yo beso la mano que me ha herido.

— Cruel ¡cruel gritó con desesperacion la princesa, el veneno de tus palabras es mas activo que el veneno que tengo en mis entrañas!

—¡Dios mio! ¡envenenada!

—¡Sí! ¡envenenada por mi hermana! ¡con un infierno aquí dentro del pecho! ¡sufriendo horriblemente! ¡y no sintiendo mis dolores, porque te veía gozoso, porque te escuchaba amante, porque tus palabras tiernas y apasionadas iban destilando gota á gota un bálsamo en el corazon! ¡y solo, solo cuando me has herido con una sospecha injusta, cuando has dudado de mi amor, de mi generosidad, de la pureza de mi alma, solo entonces he sentido este fuego que me abrasa, ese filtro que corroe mis entrañas! ¡Gimeno, Gimeno! ¡como ha sido mi vida, tal debia ser mi muerte! ¡abandonada de todos y oyendo por último consuelo, ofensas y agravios de la persona á quien mas he querido!

—¡Perdon, Gimena, perdon!

—Sí, perdon; yo tambien diré como tú:—El golpe está dado, y beso la mano que me ha herido!

—¡Pero tú morir, tú morir, amada mia! ¡Oh! Es imposible, viviendo yo. Voy á buscar á la condesa: yo la obligaré á que te devuelva la vida, esclamó Gimeno abalanzándose como un tigre hácia la puerta que conducia al interior del alcazar.

Estaba cerrada.

Empujóla con violencia, con terrible fuerza capaz de derribar un muro.

La puerta no cedia una sola línea.

—¡Oh! ven, no te canses! ¡*Ya es inutil*! ha dicho mi hermana, y ella nada dice en vano.

—Venganza! venganza! gritó el capitan, caballeros hay á la puerta del castillo que me ayudarán á vengaros.

—¡Ven, Gimeno! ven, Inés! y no os aparteis de aquí! que muera al menos en vuestros brazos.

Acercáronse junto al sitial en que estaba sentada la princesa, los dos antiguos amantes del castillo de Eguarás.

—¡Agua! decia la princesa, dadme un poco de agua, que me abraso!

—¿Y si está envenenada? advirtió Inés.

—¿Qué importa ya? repuso la princesa con triste sonrisa, y apuró un vaso que la presentaban.—Y ahora, añadió despues de haber bebido, ahora, Gimeno: ¿harás mas justicia á mis deseos? ¿dirás que me avergüenzo de tí, si te suplico por el Dios á quien voy á ver dentro de algunos instantes, que ames á Inés, que repares las faltas que con ella puedas haber come-

tido, que la des tu mano y la prometas ser su esposo.

— Pensad en vos, señora, y no penseis en mí! dijo Inés.

— Ah! ¡déjame pensar en él! ¡déjame procurar por su ventura; porque, Inés, yo se que tú le amarás, como yo le hubiera amado! yo sé que tú le harás tan feliz, como yo le hubiera hecho!— ¡Gimeno! por último favor vuelvo á pedirte, que la des tu mano!

Gimeno alargó la suya, la princesa tomó la de Inés, y uniéndolas, esclamó:

—No os bendígo ahora, porque dentro de breves instantes voy á bendeciros mas solemnemente desde el cielo.

Los dos esposos deramaban copiosas lágrimas; y era tal su terror, y tan agolpados estaban en su corazon los mas dulces, tristes é inefables sentimientos, que no podian espresarse de otra manera.

— El único consuelo que llevo al abandonar el mundo, es haber hecho feliz á la que me ha tenido por su rival; dijo la princesa con débil, imperceptible acento.

— Para que yo fuese feliz, repuso Inés, seria preciso que vos no hubieseis sido tan desgraciada.

—Ahora dejadme recogida un solo momento, que voy á pensar en Dios.

Dijo doña Blanca, y permaneció silenciosa algunos minutos, cubierto el rostro con ambas manos, debajo de las cuales, corrian lágrimas de arrepentimiento. Inés y Gimeno se hincaron de rodillas, pidiendo al cielo no desamparase en aquel trance á la angelical princesa.

Tan augusto y religioso silencio, fue interrumpido por el estrépito de la puerta principal, que se abrió de par en par.

Blanca levantó la frente pálida y serena como el mármol.

—¡Llegas á tiempo! le dijo á don Gaston que acababa de entrar.

—A tiempo vengo, sí: mis desposorios han terminado, llegó ya el plazo fijado por mi madre para romper vuestras prisiones: ya sois libre.

—¡Todavía no! contestó la princesa; llegas á tiempo para poder decir á tu madre que la perdono, y que le agradezco la libertad que me ha dado.

Despues de los anteriores tormentos, la princesa habia quedado en un estado de dulce languidez y de sosiego, en el cual no sentia ni el mas leve dolor; y su alma desprendida con suavidad de aquel cuerpo inmaculado, voló al cielo, sin que la convulsion mas ténue, el mas pequeño estertor indicase el apacible tránsito de su espíritu.

La que habia sido tan desventurada en este mundo, no debia sentir, sino anhelar otra vida en que habia de ser mas venturosa.

Muerta la princesa, todavía arrodillados Inés y Gimeno delante de ella, la creían conversando con el Señor en oracion profunda.

Don Gaston permanecía en pie, aterrado con aquel espectáculo, que de una sola mirada habia comprendido.

Cuando Gimeno se convenció de la verdad, cuando vió inmóvil y sin aliento á la mujer que tanto amaba, no pudo contener las iras de su

pecho, y dirigiéndose á la escalera, por donde habia penetrado, gritó con voz de trueno:

—¡Navarra por Beaumont! Venganza, amigos, venganza!

Y no pudiéndose contener, bajó hasta la puerta de la torre, y allí se tropezó con el conde de Lerin.

—¡Vengauza! repitió Gimeno.

—¿Adónde vais?

—¡Subid, subid presto! ¡venganza contra la condesa! Incendiemos el castillo, esclamaba el capitan de aventureros con los feroces instintos del bandido de las Bárdenas.

—¡Para que dentro se abrase la reina!

—¡La reina ha muerto!

—Me lo temia. Pero, ¿estais seguro de ello?

—¡Oh! y tan seguro!

—Pues ahora, amigo mio, todos debemos dispersarnos.

—¡Cómo! ¿y no subimos? ¿no la vengamos? ¿y permitimos que doña Leonor?...

—Doña Leonor será tu reina.

—¿Y eso dice el conde de Lerin?

—El conde de Lerin, mientras vivia el príncipe don Cárlos, proclamó rey á don Cárlos de Navarra: el conde de Lerin, mientras vivia la princesa doña Blanca, proclamó reina á doña Blanca de Navarra: y el conde de Lerin, que no tiene ahora rey ni reina á quien proclamar, sería muy sándio en dejar que sus enemigos le lleven esta inmensa ventaja.

Dijo así, y le volvió las espaldas aquel tan mal hombre como eminente político.

Gimeno al verse solo, sacó su espada, y en

una esquina de la muralla, la rompió con indignacion, haciéndola mil pedazos.

Leonor, que habia envenenado á dos hermanos, que había sostenido una guerra civil de veinte años, que habia sacrificado á su propio hijo, y le habia visto morir desastrosamente poco despues de sus funestas bodas, todo por sentarse en el trono de Navarra, lo consiguió por fin, y fue proclamada reina el dia 28 de enero de 1479. El dia 12 de febrero del mismo año de 1479, estaba enterrada...

¡Quince años despues de la muerte de doña Blanca!...

¡Quince dias duró su reinado!

FIN.

INDICE

de los capitulos contenidos en esta crónica.

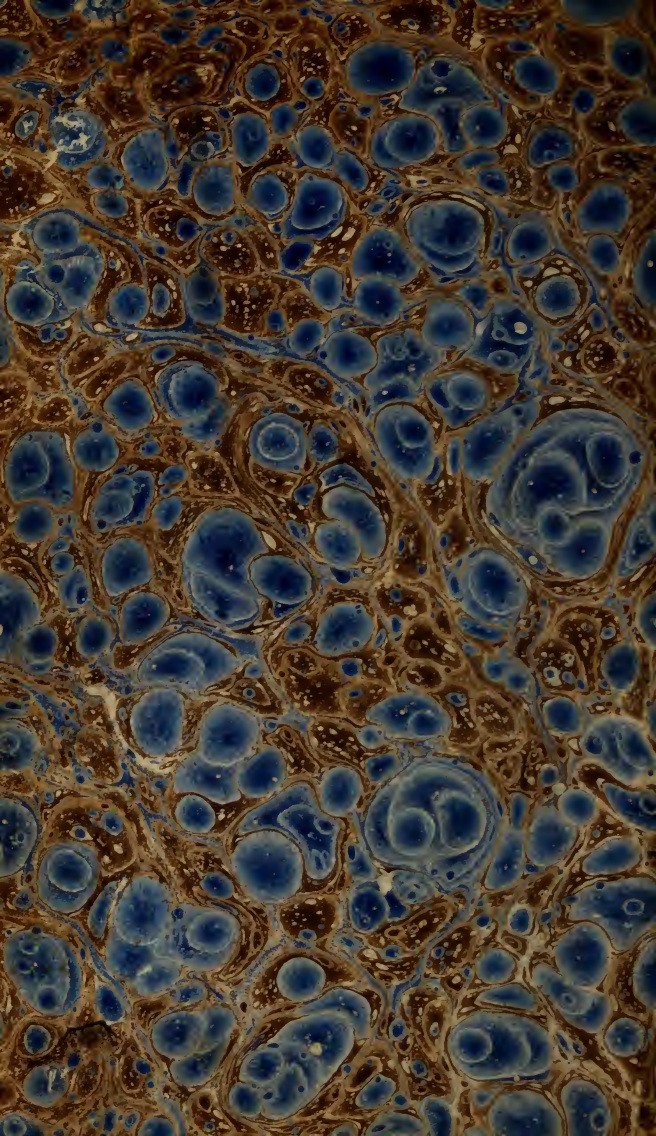
DOÑA BLANCA DE NAVARRA.

Capitulos.		Páginas.
I.	De cómo mosen Pierres de Peralta conoció que la villana de Mendavia no era lo que parecia. . . .	3
II.	De cómo Gimeno dió muchos pasos en valde, para averiguar lo que irá sabiendo el curioso lector, sin necesidad de mover un pié..	17
III.	De cómo Gimeno imitó á David..	34
IV.	De cómo Gimeno, queriendo informarse de los demas, encontró quien le informase de sí mismo.	50
V.	En que el autor suspende los amoríos para tratar de cosas muy	

graves. 71
VI. Del encuentro que tuvo el capitan de aventureros con una religiosa de San Benito. 82
VII. Que está entre el sesto y el octavo, y no sirve para otra cosa. . . . 97
VIII. En que refieren sucesos antiguos, que magüer parezcan impertinentes, atañen á nuestra historia. 104
IX. De cómo D. Gaston de Fox quedó edificado de oir á su madre. . . 121
X. De cómo en casos de amor lo mismo que en los de caza, unos levantan la liebre y otros la llevan á casa. 134
XI. De los consejos que dió Inés al capitan de aventureros.. 147
XII. En que se refieren ciertos amoríos que omite el fraile de Irache, por no escandalizar á sus lectores. . 155
XIII. De cómo el reprender una cosa en que no se ha pensado, pone en tentacion de hacer lo que se reprende. 170
XIV. De cómo el paje rubio se encargó de una embajada, cerca del capitan de aventureros.. 181
XV. De cómo Doña Blanca de Navarra y el capitan de aventureros intentaron escaparse del castillo, y á dónde fueron á dar. 189
XVI. Donde se prosigue la materia del capítulo anterior, con otros raros sucesos. 203

XVII. De cómo acaba de contar una judía la historia que dejó interrumpida cierto cristiano. 220
XVIII. De cómo Doña Blanca de Navarra se entretenia en el castillo de Orthés. 238
XIX. En que se dá fin á la historia lastimosa de Doña Blanca de Navarra. 259

XVII. De cómo acaba de copiar una gacela
y trabajo que dura todavía. 259
XVIII. De cómo llega Alonso de Ercilla
al convento en el castillo de
Orlúa. 268
XIX. En que se da fin á la historia de
nuestra Señora Blanca de Ar-
lanza. 280



D.C.B. 26/2/52

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

LS
N3228d.2

Navarro Villoslada, Francisco
Doña Blanca de Navarra, cronica del siglo
XV.

459625